CECILIA DIGREGORIO

73 MARGARITAS

Una historia de amor y despedidas

73 margaritas

Una historia de amor y despedidas

CECILIA DIGREGORIO

VERGARA

A Luca y a Benicio, por el amor y la alegría.

A Bruno, por las segundas oportunidades y los —muchos— nuevos comienzos.

A Gitana, porque soy el tipo de persona que les dedica un libro a los que más ama y eso incluye a su perra.

Escaneá y accedé a la playlist de la novela



Ver aquí

Hay amores que se quieren
desde siempre,
desde antes de conocerse…
les hace falta coincidir
en tiempo y en lugar.

DAVID BLER

Siempre acabamos llegando a donde nos esperan.

JOSÉ SARAMAGO

Esta historia es una recreación de hechos reales. Los nombres han sido modificados para proteger la identidad de sus verdaderos protagonistas y algunos diálogos, escenas, datos y situaciones narradas forman parte de la ficción.

Prólogo

La historia que voy a contarte en esta introducción nada tiene que ver con la que vendrá después. O quizá sí, pero, como todo, es posible que no entiendas la relación hasta el final. ¿No sucede acaso que tantas veces parece que nada tiene que ver con nada y cuando pasa el tiempo todo cobra sentido? Esta no será la excepción.

Imaginemos a un chico que cada mañana, cuando va a trabajar, ve a la misma chica en el vagón del tren. Nunca se hablan, pero los dos, a esta altura, ya saben que se gustan. Tienen conversaciones silenciosas en las que se sonríen, se avergüenzan, se sostienen las miradas, las esquivan, se rozan al subir o al bajar del vagón.

Un día, ese chico va a viajar por última vez en ese tren porque cambiará de trabajo y entiende que no quedarán más oportunidades para hablarle a la chica y para invitarla por fin a salir. Junta coraje y deja de lado su timidez ya que tiene la sensación de que ella puede estar deseando que eso suceda, que la propuesta llegue, después de semanas de cruces de miradas, de buscarse, de viajar juntos en silencio. Ese último día, el chico entra a la estación ansioso, sube al vagón de siempre y aguarda las dos paradas hasta el momento en el que suba ella. El tren llega al punto en el que habitualmente espera la chica, pero ella no está ahí. El chico mira hacia todos lados, desesperado, incrédulo ante la trampa del destino.

"¿Qué pasó?", se pregunta mientras la busca con sus ojos en el andén, pensando que quizá ella esté por subirse por error a otro vagón. Transcurre el minuto y medio que dura la parada y esta vez es como si ese tiempo fuera más deprisa. Cuando las puertas están por cerrarse, la chica aparece corriendo, agitada; su pelo desarreglado evidencia que se quedó dormida. Es demasiado tarde; las puertas se cierran frente a su nariz y no logra subir al tren. Las miradas del chico y la chica se buscan y se encuentran, ventanilla de por medio, y ellos sonríen con tristeza; él más que ella, porque sabe que todo acaba de terminar y que ya nunca volverán a verse.

¿Es una historia de amor? ¿O no lo es aquella de los que sintieron en silencio, pero jamás pudieron concretar ese sentimiento?

A veces llegamos tarde o demasiado temprano. A veces encontramos a la persona correcta, pero el momento es el equivocado. Destiempo. Pero… ¿Esto es realmente así?

¿Cuánta gente ama en silencio?, ¿cuántos amores no se concretan?, ¿cuántos amantes se aman?, ¿cuántas personas viven pasiones ocultas?, ¿cuántas relaciones no prosperan por

distancias físicas?, ¿cuántas personas sienten un chispazo por otra pero no encuentran el valor para decirlo?, ¿y para irse de dónde no están siendo todo lo felices que podrían ser sabiendo que en otro lugar alguien los espera?

¿Todos esos no son amores? ¿Solo es amor cuando nos emparejamos con otro; planeamos vacaciones juntos; compramos una casa con una hipoteca con interés altísimo; tenemos hijos; hay flores, celos y bombones; pagamos a medias facturas de luz y gas y adoptamos un perro? ¿O puede haber pequeñas historias que cambien el rumbo de nuestras vidas, aunque no compartamos ninguna de esas cuestiones que por tradición hacen a las relaciones?

A veces el destino nos pone frente a los ojos un amor arrollador, que nos aniquila, nos atraviesa, nos desarma y nos arma; un amor que posiblemente no tenga futuro, pero tiene presente, aunque ese presente dure un ratito. Hay que avanzar frente a la vida que tantas veces se pone terca y saca un as de la manga y nos juega la carta del destiempo.

¿Puede evitarse ese dolor, el de los que empiezan creyendo que es demasiado pronto o demasiado tarde? Quizá no. Porque parece que el destino no puede torcerse. Pero, si un amor así surge de repente, no hay que perder la oportunidad de aprovecharlo y vivirlo.

El (des)tiempo que dure.

Capítulo 1
Hoy puede ser un gran día
(plantéatelo así)

Siempre es sorpresa. Las grandes historias, esas que van a torcer o marcar de manera definitiva el futuro, comienzan un día cualquiera, en un instante, sin preavisos. Decidís pispear a un lado o al otro, devolvés un sonrisa, prestás atención a ese al que nunca le mantuviste la mirada. Salís de tu casa y caminás hacia la izquierda o hacia la derecha, frenás quince segundos a mirar una vidriera, te agachás y te atás un cordón, le pedís fuego a un desconocido, cruzás la calle por la esquina o por la mitad de la cuadra y cada acto o pequeña decisión, por mínimos que sean, cada propuesta del destino que decidís o no aceptar, puede cambiar tu vida entera.

Los días en los que el mundo —tu mundo— está por explotar son tan comunes como cualquier otro. Por eso, nunca podés anticipar lo que está por pasar y eso es parte de lo espectacular de la cuestión, de lo emocionante. Tantas veces quisiéramos tener "el diario del lunes" y así evitarnos dolores y amores que no llevan a nada, pero que secretamente nos conducen a todo. Y así como las grandes historias comienzan un día cualquiera, terminan también en el minuto exacto en el que deben hacerlo. A veces, hay señales que nos anticipan el fin; otras, son zarpazos descontrolados que nos arrancan un pedazo de corazón. O de vida. No sabemos qué beso es el último, qué abrazo es de despedida ni qué mirada es el remate de una historia que va a terminar. Nunca lo descubrimos en el momento; siempre nos enteramos después.

Los grandes episodios de nuestras vidas también pueden empezar un lunes, que es quizá el día con menos adeptos del planeta. Nadie nunca creó un club de fans del primer día laboral de la semana y es probable que, si hiciéramos una encuesta, descubriríamos que el domingo tiene peor prensa, pero porque la gente, en general, decide vivir del futuro y no aprovechar el momento en el que está. Seamos honestos, un sábado es igual a un domingo, suele tener la misma cantidad de horas libres, solo que al primero no le sigue el lunes.

A mí, por el contrario que a la mayoría, los lunes me gustan y es porque me permiten escapar del fin de semana, las cuarenta y ocho agotadoras horas que tengo que pasar con un hombre que a esta altura ya no me cae en gracia, es desinteresado, egocéntrico y poco atento, pero paga la mitad del alquiler: mi marido. Sí, es triste, aunque una va haciendo lo que puede, y eso es lo que pude hasta ahora. La vida no es una película en la que todos habitamos en una casa con césped perfectamente cortado, niños impecables y educados, cocinas en las que reposan tortas caseras

con un olorcito increíble que invade los ambientes, ni cenas semanales con amigos regios que se juntan a conversar y planear sus próximas vacaciones grupales en alguna isla del sudeste asiático. Mi vida es común y no me suceden grandes cosas.

Una vez se me cayó una lata de choclo detrás de la mesada de la cocina y aunque ya intenté sacar todos los pedacitos, cuando me agacho veo que algunos quedaron atrapados en el zócalo y no los alcanzo ni con el palo de la escoba. Eso, para mí, es la vida real, porque es mi vida real, que no tiene pasajes para destinos exóticos ni fiestas sorpresa o sábanas egipcias de no sé cuántos miles de hilos y me tiene a mí, con medias viejas llenas de pelotitas y en cuatro patas intentando despegar comida putrefacta de la pared.

Pero siempre te ofrece un poco de revancha, así que en medio de los pensamientos por los granos de choclo atorados, llega un lunes cualquiera, en el que también me cuesta mucho ser feliz y tener entusiasmo, pero en el que abro los ojos, apago la alarma, tomo mis pastillas, desayuno si me da el tiempo, me cepillo los dientes, me visto, corro hacia la parada del colectivo mientras mastico apurada una galletita de arroz, puteo el tráfico y la historia decide torcerse y regalarme un giro inesperado que me saca de esa pausa en la que apenas sobrevivo. Un instante que lo cambia todo. Pasa, eh. Incluso a los que no tenemos una existencia llena de emociones, como yo. Son regalos llenos de magia que hay que aprovechar.

Es mil veces más fácil determinar el momento exacto en el que arruinaste tu vida, pero ¿y el instante en el que empezó a tener sentido? Quizá estabas en el sudeste asiático; o tal vez, como yo, pasabas tus horas libres ideando estrategias para despegar choclo de un zócalo.

CAPÍTULO 2
Un trabajo verde musgo

Trabajo en el sector administrativo de una clínica desde hace varios años. Me habría encantado estudiar medicina, pero me impresiona la sangre y me baja la presión cuando veo una aguja; además, soy demasiado ansiosa y me parecía que no pegaba conmigo una carrera que consumiera tanto tiempo de mi vida hasta que pudiera ejercer. Y después hacer la especialidad, claro. Hubiera elegido pediatría, que era a lo que soñaba dedicarme cuando era chica, pero no me animé, como a muchas otras cosas. Y cuando yo no me animo, no hago nada, es un defecto que tengo; lo reconozco y a esta altura convivo con mis fracasos que son representantes de mi falta de valor. Lo más parecido a todo aquello que me habría gustado ser que pude conseguir fue esto que hago y que me lleva a relacionarme con médicos y aprender sobre enfermedades cotidianas y, otras veces, pocos comunes. Me ocupo, más que nada, de que los pacientes tengan una buena estadía las horas, semanas o meses que pasan internados con nosotros. No es curar, pero sirve —o eso me gusta creer— porque es una manera de cuidar. Por supuesto que, también, los pacientes me llaman porque necesitan un florero más o me insultan por el interno porque tienen una gotera que les cae justo sobre la cama. No soy pediatra, pero mucho menos soy plomero, así que derivo cada asunto al área que corresponde. Cuando el responsable del sector tiene ganas de ocuparse, lo hace y, cuando no, el asunto vuelve a mí y pongo la cara yo. De eso se trata: resolver problemas y recibir quejas todo el día de parte de personas que están viviendo situaciones extremas, felices o terribles, que están celebrando nuevas vidas o acariciando la muerte. Me han revoleado sillas, de bronca e impotencia por cuestiones médicas en las que yo no tenía nada que ver, pero también me han dado propinas en dólares. Por ejemplo, cuando algún visitante extranjero es internado en medio de sus vacaciones y yo le hago de intérprete —por insistencia de mi mamá estudié muchos años inglés— para que el pobre hombre no termine perdido en una pila de papeles sin sentido en los que tiene que completar veinte veces lo mismo. Así que no puedo quejarme. Igual a veces me quejo, porque los dólares son la excepción y la regla es el revoleo de sillas.

Recorro cada día, listado de los nuevos ingresos en mano, las habitaciones para presentarme, repitiendo mi discurso como un disco rayado, dejar mi tarjeta y ponerme a disposición. Mientras camino por los pasillos y converso con los familiares de los pacientes, que me preguntan qué estacionamiento es más barato en la zona o dónde comer rico en el barrio, mi beeper vibra

enganchado del bolsillo del uniforme verde musgo que alguna persona con un criterio estético nulo diseñó para las empleadas. Entonces, cuando termino la "vueltita de reconocimiento" de los nuevos, respondo uno por uno a los requerimientos, pedidos amables y exigencias a los gritos de los que ya tienen un par de horas más internados. En ocasiones me llaman para cuestiones insólitas, como cuando aquella modelo y el actor de moda pidieron a la chica del conmutador que me pasara un radio para que me acercara a su habitación VIP. Recibí el mensaje y fui casi al trote, cruzando los dedos, deseando que no hubiera ningún desastre natural que se estuviera desarrollando justo donde ellos se encontraban, como una catarata de líquidos espesos saliendo de la canilla o de la bacha del baño, cosa que tengo confirmada por mis propios ojos que puede pasar. Y no, simplemente no se ponían de acuerdo en el nombre de su primera hija; ella quería Catalina y él, Lola. Me quedé en silencio un ratito y les dije que a mí con el apellido me pegaba más Francesca, porque no le quise dar la razón a ninguno de los dos y lancé el primer nombre que me vino a la cabeza y al final la recién nacida terminó bautizada por mí.

Me gustan más los días en los que solo hay "civiles", como llamamos a los pacientes comunes, ya que suelen ser personas que me contactan cuando realmente necesitan algo y no por aburrimiento; los otros, los famosos, suelen venir con unos aires de grandeza que muchas veces me resultan delirantes y les tengo que sonreír, porque mi trabajo es sonreír. Para colmo, con estos últimos, la puerta de la clínica se llena de periodistas de chimentos e incluso algunos intentan colarse disfrazados con ambo o guardapolvo. He visto cómo estrellas de la televisión envían asistentes, un par de semanas antes de sus cesáreas programadas, a revisar la habitación que reservarán para que verifiquen empapelados, tapicería de sillones y otras cuestiones que no deberían ocupar ni cuatro minutos de la vida de nadie que está por traer un ser al mundo. Y así es cómo van cambiando los colores de las paredes cada dos por tres. El acompañante de un internado común y corriente puede, en ocasiones, no conseguir ni una manta para pasar la noche; una mujer que acaba de parir puede esperar un día y medio hasta que se libere una habitación en piso, pero una VIP siempre accede a sillones lilas, almohadones forrados con telas importadas y paredes empapeladas con flores a tono si así lo quiere. La vida muchas veces es ridícula y la respetamos, nos quedamos callados, como cuando se puso de moda la ropa batik y andábamos todos por la calle vestidos con trapos desteñidos y nadie decía nada. Con esto es igual, nadie dice nada; pasa en esta clínica y en las otras también; sucede en este ámbito y en muchos otros de la vida. Y no, no decimos nada. Aceptamos que las cosas son como son o llamamos a la chica de Atención a Pacientes que dejó su tarjetita en nuestra habitación y a lo sumo le pegamos tres gritos para rebelarnos contra el sistema. Pero en la vida no hay con quién quejarse… y si lo hubiera, deberían pagarle un sueldo mucho mejor que el mío, duplicarle las vacaciones y darle alguna canasta navideña que no traiga solo un turrón duro y una sidra barata, sin dudas.

CAPÍTULO 3
Bienvenidos al Infierno

Este lunes empieza como otro cualquiera: corriendo hacia la parada del colectivo porque el auto está en el taller —siempre está ahí y empiezo a pensar que el mecánico decidió quedárselo definitivamente, determinando así que mi vida sea incluso más caótica, y lo usa para llevar a sus cuatro hijos a la escuela—; viajando en un tetris imposible en el que siento la pierna derecha a tanta distancia del cuerpo que no entiendo cómo la tengo pegada; haciéndole honor al bueno de Walt Disney y congelándome en un bondi en el que las ventanas no funcionan y están abiertas; soportando piquetes y tratando de sostener la cartera, que queda enganchada entre dos personas, mientras intento hacer pie con los taquitos para no amputarle los dedos a la gente que está a mi alrededor frenada tras frenada del chofer, que parece que aprendió a manejar ayer. Los auriculares quedaron en un bolsillo de la cartera al que no puedo acceder, así que no tengo más alternativa que musicalizar el viaje con los audios de WhatsApp que la chica que está al lado decide escuchar a todo volumen, como si al resto de la humanidad le interesara muchísimo lo que su amiga va a contarle. Es un misterio la gente que tiene tantas cosas para decirse a las siete y cuarenta y cinco de la mañana. Qué vidas emocionantes. Yo no tengo mucho para contar ni siquiera los viernes por la noche ni tanta excitación en casi ninguna circunstancia. Me dan ganas de darle un tip increíble y práctico, que la chica de al lado aparenta desconocer, y avisarle que si acercara el teléfono a la oreja el volumen bajaría y su charla podría ser privada, pero me termino enganchando con la historia de su amiga que cuenta a los gritos cómo encontró a su novio con la prima de su otra amiga el sábado a la noche y quiero saber el final.

Bajo del colectivo y camino los trescientos metros que me separan de la clínica y, como cada día, media cuadra antes de llegar a destino tengo que esquivar la vereda porque el encargado del edificio donde está el kiosco está baldeando. La supuesta limpieza consiste en dejar la manguera con el agua corriendo sin dirección cual serpiente descontrolada y, de tanto en tanto, mover la escoba con un cigarrillo en la boca mientras charla con su colega del edificio vecino.

Llego, ficho poniendo mi número de empleada en la máquina, paso saludando y tirando besos a los muchachos de Seguridad, que agitan las manos del otro lado del vidrio para devolverme los buenos días, mientras revuelvo el fondo de la cartera para encontrar las llaves. Subo pocos escalones de las escaleras internas —que únicamente puede usar el personal— hasta el entrepiso, donde está mi oficina. El lugar parece salido de *Volver al futuro*, pero de la parte en la que viajan

al pasado. Una silla enorme y ruidosa con cuatro rueditas, de las que solo tres se apoyan en el piso; una ventana interna, que da a la nada y que si abro necesito tapones para los oídos por el sonido ensordecedor de motores de máquinas que me devuelve; un escritorio marrón oscuro; un monitor de computadora que muy probablemente haya sido el primero que salió al mercado; una impresora que no funciona y un mueble con unos adornos de dudosa procedencia apoyados sobre las bolsas de papel que contienen gorritos para bebés y que llevo de regalo a cada habitación de maternidad. Si tuviera baño privado, una funda de peluche cubriría el inodoro, accesorio que pegaría perfecto con toda esta decoración sin esmero.

Me derrumbo en la silla, que tambalea por la rueda voladora, y enciendo el beeper que suena antes de dejarlo en el escritorio. La empleada de recepción entra justo en ese momento y, rumiando un “mmmuendía”, apoya de mala gana la lista de ingresos y se va. Agarro mi lapicera para empezar a organizar el recorrido y el beeper vuelve a sonar, así que decido mirar los dos mensajes porque sé que el aparato chillando tan temprano —y tan seguido— no trae nunca buenas noticias.

“Te esperan en la 305”, dice el primero.

“Es urgente”, agrega el segundo.

Espero nerviosa los seis minutos que demora en encender la computadora y verifico en el sistema que en esa habitación esté quien yo creo que está. Y lo confirmo. Viendo el nombre del paciente, que aparece en la pantalla, puedo estar segura de que el lunes cualquiera se va a poner muy especial, solo que todavía no me imagino cuánto.

Capítulo 4
Expectativa vs. realidad

No sé qué fue lo que no funcionó en mi matrimonio. A veces creo que todas las parejas son así puertas adentro y que le venden al mundo una imagen que no existe. Me consuela, porque me da pánico pensar que otros consiguen enloquecerse de amor. Prefiero creer que quizá muchos desatienden a ese con el que eligieron compartir la vida, un montón de veces lo menosprecian, se vuelven arrogantes y pedantes con comentarios que tal vez no sean malintencionados, pero lastiman igual. Puede que sea la disponibilidad del objeto —nosotros mismos— lo que esté atentando contra el deseo, la pérdida de la pasión y de la sonrisa a lo largo de los años. No lo culpo solo a él por la falta de atención y de cariño, por la desconexión emocional que se volvió natural en nuestra relación. También me culpo; ya no soy la que era, no me conmueven las mismas cosas ni romantizo los esfuerzos minúsculos. No sé qué pasó, posiblemente no mucho más que el tiempo y la costumbre que hicieron que se nos fuera escapando el amor de las manos. No mutó, no evolucionó, no se convirtió en amor sólido, de ese que tiene aroma a la experiencia de lo construido; nos transformó en socios que comparten una cama y de tanto en tanto encuentros sexuales, como para despuntar el vicio; una bandera blanca de paz entre las sábanas para quienes enseguida regresan a su pequeña guerra sin vencedores. Seguir intentándolo quizá tenga que ver con las mochilas familiares que cargamos; continuamos las historias de los otros, como si fuéramos todos la misma persona que explotó y de cada fragmento se creó alguien que no puede decidir y que tiene que repetir las buenas costumbres que nos inculcaron, lo que debe ser y cómo debe serlo.

Ya no estoy del todo cómoda hablando de mis sentimientos y necesidades porque intentar dialogar con Nicolás muchas veces es como hablar con una pared, y lo digo en el sentido más literal del asunto. Se pasa el día conectado a la computadora —trabaja de manera remota— o con su volante de carreras, gritándole a la gente que lo escucha del otro lado del micrófono y sale de los auriculares inalámbricos. Entonces, cuando le hablo, ni me mira. Más de una vez le respondo creyendo que me habla a mí y más de un susto me he pegado después de largos momentos de silencio cuando de repente grita “no, no, noooo” y yo me desespero corriendo desde el baño para ver qué le pasa, mojada y enredada en la toalla, pensando que tiene un infarto, y casi siempre resulta que había chocado contra una valla virtual o se le había quedado sin carga el joystick.

El estrés, la rutina, su falta de atención en mis preocupaciones me hacen sentir sola y aislada

de la relación. Ya no tenemos intereses comunes, ni actividades o pasatiempos y eso nos desconecta a nivel emocional. A veces pienso que nos mimetizamos tanto que ya ni sé qué me gusta a mí y qué a él. La ropa, las maneras de hablar, las propuestas de series o películas… ¿Me interesaban a mí las de asesinos seriales o me acostumbré y olvidé lo que realmente yo elegía? ¿Yo usaba estas expresiones al hablar o las adopté de él? ¿Yo odiaba los musicales? Estamos juntos hace tantos años que no tengo idea de si esta soy yo o si soy lo que él fue haciendo de mí.

Es triste dejar correr la vida sin la esperanza de que algo pase, sin aguardar un golpe de magia que te sacuda, te chupe y te escupa en otro lado del planeta. ¿Con qué fuerzas esperás cuando sabés que eso nunca va a suceder? Hay domingos en los que me levanto, me siento a la mesa con Nicolás, lo veo perder minutos enteros untando la tostadita "porque la mermelada tiene que tocar los bordes siempre" y deseo muy fuerte que explote y me queden los pedazos triturados en la cara y en el pelo. Lloraría un rato y a otra cosa, mariposa: podría por fin poner una repisa en el living con libros y margaritas blancas en lugar de la silla gamer, que es el artefacto con menor supremacía estética de la historia. Es loco eso también, cómo los detalles que parecían simpáticos —o al menos soportables— de la personalidad del otro se vuelven características tan irritantes. Y los sonidos, ay, los sonidos. Antes de convivir uno debería grabar una playlist con los diferentes ruidos que hace esa persona que vas a elegir. Soniditos al comer, los decibeles al roncar —ocho microsegundos después de apoyar la cabeza en la almohada—, los estornudos gritados, y no hace falta que ejemplifique más. Si podés escuchar la lista sin desquiciarte, adelante, pero si te resulta insufrible es mejor que lo pienses un poco más porque todo eso se va a convertir en el sonido de fondo que te acompañará siempre. Lo mismo pasa con los tics, que terminan sacándote de quicio y años atrás te parecían hasta graciosos.

Hace poco llegué a la conclusión de que Nicolás y yo somos dos piezas de un rompecabezas que no encajan entre sí porque les falta la del medio; grandes o pequeñas cosas, pero ya no hay mucho que nos una. No tenemos ni vamos a tener hijos; tratamos y no funcionó. Fue frustrante ver durante ese tiempo, mes tras mes, el producto de los intentos fallidos. Poco se habla de esas mujeres, las que no pierden un hijo, pero van ahogándose en la falta de esperanza, aferrándose a atrasos de veinte minutos para finalmente hacerse un test y que el destino sea tan ingrato que, además de regalarte un negativo, te mande una confirmación marcada con sangre momentos después. No falla jamás y pasa siempre lo mismo; es como si una desbloqueara algo haciéndose la prueba y provocara que todo se desencadenara. Nosotras no perdemos hijos, que claro que entiendo que debe ser muy triste, pero no tenemos ni la suerte de sentir excitación por un segundo, ni de ilusionarnos y pensar en comprar una silla mecedora para que después se transforme en perchero —dicen mis amigas que son el equivalente de la maternidad a la cinta caminadora o la bicicleta fija que terminan convertidas en cuelgatutti—, ni un almohadón estampado con nubecitas, ni un móvil con ovejas que gire sobre una cuna, ni de perder tiempo en internet para anticiparnos y decidir si será mejor un sacaleches manual o esos que te transforman

en vaca de tambo. No llegamos siquiera al dilema de si comprar rosa o celeste pasó de moda porque los colores son para todos. No nos ilusionamos con dientes que se caen o con llevar al bebé a conocer el mar o con comprar útiles para el primer día de clases. No compramos nada; no miramos nada, tratando de escapar de publicidades de familias felices, de embarazadas multiplicadas en las calles, de cochecitos que nos chocan sin querer en la fila de la verdulería. No tenemos nada; ni lo bueno, ni lo malo. No perdemos hijos; lo perdemos todo. Y cuando querés y no podés, todo lo que rodea el tema es desolador y un recordatorio cruel de tus sueños no cumplidos; es estar en una desilusión permanente, soportando preguntas desubicadas, "¿y ustedes para cuándo?", como si a la gente le cambiara mucho la vida saber si voy a ser madre, si tendré un caniche microtoy o si voy a cuidar de un potus. Frustra y enoja ver cómo todo el planeta —porque así se siente— tiene un pico de fertilidad y vos estás en tu living intentando conseguir un brote de tu planta para obtener dos. Me saca de quicio escuchar mujeres embarazadas que van por su cuarto hijo diciendo "no lo esperábamos" entre risitas y poniendo caras como si la llegada de la criatura pudiera ser una sorpresa. Dos veces, ya al final de mis intentos, tuve respuestas desafortunadas en público. La primera fue a la prima de Nicolás, que en una cena familiar estaba diciendo eso, riéndose con su marido al lado, que ponía la misma cara de boludo que ella. "¿Vos sabés que podrías haberlo evitado si tu marido se plastificaba el amiguito, por ejemplo?", dije, vulgar y en un tono altísimo, con cara de odio, los ojos desorbitados y un párpado latiendo. El silencio de los ocho adultos de la mesa fue demoledor; se apagaron las risas, todos se pusieron serios, pero al marido le quedó la misma cara de boludo, que evidentemente no era circunstancial. En otra oportunidad, un amiga de mi mamá preguntó en una reunión "cuándo convertiría en abuela a su amiga"; poseída por el demonio le respondí "yo no puedo tener hijos aunque me encantaría" y la mandíbula le quedó descolocada varios minutos. Es que la gente cree que tiene derecho a tirar al aire sus frases —seguro bienintencionadas, pero descerebradas— y nosotros, los del otro lado, debemos maquillar la verdad para contestarles algo lindo y que, pobrecitos, no se sientan mal. Harta. Y entiendo que no es su culpa, pero cuesta elegir dónde depositar la frustración cuando ya no sabés qué hacer. Entonces, llegó un buen día en el que, después de todo ese tiempo intentando un embarazo, no quise seguir. El asunto se había convertido en el único tema que regía mi vida y me cansé, ya que supuestamente no había ningún problema médico para conseguirlo. Hoy estoy convencida de que eso es lo peor que puede pasar: un problema se soluciona; con un no problema, no sabés qué hacer. Al final la angustia me resultó demoledora y me conformé pensando que la maternidad no era para mí, aunque quizá simplemente tuve demasiado miedo a intentar algo diferente, a hacerlo de otra forma, a repetir el fracaso. Lo sé: muchas veces tengo miedo.

Nicolás y yo tampoco nos compramos una casa; ninguno de los dos viene de una familia que pudiera darnos una mano y nuestros sueldos jamás alcanzaron para armar un colchón cómodo como para acceder a un crédito de esos que te convencen de que sos dueño de algo cuando en

realidad el banco es amo y señor de todo. Cuando pedís un préstamo, al menos podés hacer agujeros en las paredes para colgar estantes y no darte por vencido incluso antes de preguntar, como cuando sos inquilino. No alcanzó tampoco para vacaciones extraordinarias ni para pasarse el año planificando qué haríamos en Roma el segundo día, si era mejor ir al Vaticano o si tomar un helado frente a la Fontana di Trevi. Fuimos, los últimos siete veranos, a la casita que tienen mis suegros en Miramar, que queda lejos de la playa y no tiene internet. "¡Contacto con la naturaleza!", grita cada año Nicolás cuando llegamos y yo por dentro deseo que aparezca una cabra y le pegue un cabezazo, así se le cumple literalmente el sueño. Y estoy segura de que podría aparecer una cabra en ese lugar.

Nuestra relación no alcanzó para nada y nuestro dinero tampoco. Salvo para la silla gamer, eso sí; para todos los jueguitos de Nicolás siempre alcanzó, claro.

CAPÍTULO 5
Expedición al chalecito

Salgo volando para la habitación 305 y no tengo idea de con qué o con quién me voy a encontrar. Digamos que sé quién es porque, desde hace meses y de manera intermitente, ingresa y se va de alta la misma persona: Juan Martín Iraola, el sobrino del director médico de la clínica, que tiene una enfermedad en estado muy avanzado y requiere internaciones constantes. La 305 no se usa para otro paciente y se deja cerrada cuando él no está porque puede volver a necesitarla en cualquier momento. No importa quién venga ni que nos quedemos sin habitaciones disponibles; esa es para él y no se le asigna a nadie más.

No somos crueles, pero los empleados de hospitales, sanatorios y clínicas aprendemos a convivir con la muerte, entonces muchas veces nos permitimos bromear al respecto. "El chalecito", le decimos a la 305, como si el paciente viniera de tanto en tanto para pasar unas vacaciones. De verdad, no es crueldad; es un mecanismo de defensa de los que hemos presenciado muertes terribles y tragedias enormes en cada habitación, en cada espacio del edificio en el que pasamos la mayor parte de nuestros días. Vemos novias, padres, hijos, hermanas y amigos derrumbarse sobre el piso frente a nuestros ojos, de manera cotidiana. Más que difícil es volver a casa cuando muere un paciente con el que forjaste una relación; a veces, todo es superficial, pero otras, te involucrás de tal modo que te encontrás, varias mañanas seguidas, sentado al lado de una cama leyéndole el diario entero a alguien que está internado hace mucho tiempo y solo. Nosotros no estamos para juzgar ni para preguntarnos por qué alguien quedaría olvidado ahí, en doce metros cuadrados, entonces simplemente acompañamos y ponemos lo mejor.

Ningún empleado administrativo conoce a Juan. En la puerta de su habitación privada cuelga un cartelito que reza "no se admiten visitas" durante cada una de sus internaciones, por lo que solo pueden ingresar médicos, enfermeros y personal de limpieza. Desde la Dirección se dio la orden por email de que nadie entrara, incluyéndome a mí, que me ocupo de intentar que la estadía de los pacientes sea un poco más "placentera", si se quiere. Juan, además, no pasa por el camino habitual al momento del alta: no tiene que ir a la caja, ni esperar a que el sector de facturación chequee si hay que cobrarle o no algún adicional, como las noches de los acompañantes, por ejemplo. Tampoco lo hace al momento de ingresar; simplemente entra a su suite reservada. Aparece, como un fantasma, y días después se va, de igual manera, rumbo a su

casa o vaya uno a saber dónde, sin haber pagado un centavo ni que nadie haya visto jamás su credencial de la obra social.

Llego al chalecito y el cartel cuelga, como siempre, del ganchito que en las puertas de una planta más abajo sirve para anunciar el nombre de los recién nacidos. “El principio y el fin están separados por treinta escalones”, pienso cuando estoy por golpear. No alcanzo a hacerlo y me quedo con el puñito cerrado, en una pose poco natural, como los Maneki neko —esos gatos de plástico dorado que están en los restaurantes orientales y mueven la pata delantera levantada para atraer la suerte—, porque alguien abre la puerta cuando estoy por tocar.

—Mirá, no llamé a mi hermano, que es el di-rec-tor —dice separando en sílabas para dar énfasis una mujer que saca su cuerpo como si detrás de ella escondiera un secreto y me tapa la entrada—, porque mi hijo me pidió que no lo hiciera, pero la verdad que es una vergüenza…

—Hola, soy Sofía y me encargo de cualquier problema que puedan tener, pero no estoy en tema, ¿podría decirme cómo la puedo ayudar? —interrumpo a esta señora rubia y bajita con mi mejor y estudiada sonrisa, la que practiqué tanto tiempo por si me ganaba un premio de algo y tenía que subir a un escenario, pero al final solo me sirvió para esto.

—Dejala pasar, mamá… —se oye una voz masculina y débil de fondo.

La señora, que después sabré que se llama Norma y tiene un brushing perfecto de peluquería un lunes a la mañana, se hace a un lado de mala gana y me dedica una cara de muy pocos amigos. Quizá tenga muchos, pero está claro que no le interesa que yo me convierta en una.

—Hola, soy Sof… —comienzo a repetir mi discurso, pero me interrumpe el paciente, un hombre que supongo que será Juan Martín y debe tener pocos años más que yo.

—Sí, ya escuché, sos Sofía. Mirá, Sofía, yo soy Juan y me robaron el teléfono —explica dejando claro con sus modales que genéticamente está emparentado con la mujer amorosa que me abrió la puerta.

—¿Cómo que te robaron el teléfono? ¿Acá? ¿El celular? —pregunto y me doy cuenta al mismo tiempo que las palabras salen de mi boca de que acabo de tirar al aire la sucesión de preguntas más pelotudas que podría haber hecho.

—No, acá no. En unas vacaciones hace dos años, esquiando con amigos, pero te llamé a vos a ver si podías hacer algo —responde, con la cara más de nada que jamás alguien tuvo y mirándome fijo casi con decepción.

Me quedo callada porque está serio, y con los nervios yo no sé reaccionar bien, como que mis neuronas se van despertando de a poco, una le escribe en un papelito a la de al lado lo que está sucediendo, se lo pasa a la otra y así hasta que caigo, pero no hay tiempo de esperar a que se produzca la sinapsis porque él, ya fastidiado, decide seguir hablando.

—Claro que acá. Alguien se lo llevó de la habitación y por eso pedí por vos. ¿Es con vos con quien tengo que hablar? No quiero acusar a nadie porque entiendo que el trabajo de una persona está en riesgo y puede haber sido una equivocación. Quiero pensar que así fue.

—Deberíamos llamar igual… —interrumpe Norma.

—No, mamá, lo quiero arreglar yo. Todavía puedo pensar y hablar, ¿está bien? —agrega sin dejar de sostenerme la mirada. La mujer sí baja la suya, creo que con un dejo de tristeza más por el contenido del mensaje que por el tono.

—Decime qué pasó, cómo fue… —pregunto.

—Estaba solo en la habitación, entraron las dos personas de limpieza que vienen siempre por la mañana y son muy amables, las conozco desde hace meses; aproveché que estarían un rato acomodando y ordenando para ir a ducharme. Cuando salí, todo estaba impecable, pero mi celular no estaba más.

—No puede ser, debe ser un error… —digo yo, que no paro de parecer idiota frente a cada afirmación de Juan y de Norma.

—Bueno, es. Así que te pido que te ocupes, así no tenemos que hacer un lío grande, ¿sí? —Juan da por finalizada la charla, girándose en la cama después de tirarme esa frase que no termino de comprender si es una amenaza, pero lo parece.

—Ya mismo me pongo con esto como prioridad. Si llegara a aparecer, por favor, avisame —se me ocurre pedir y me juro en silencio no abrir más la boca, porque cada vez que lo hago doy a entender que lo que me cuenta no es real y que seguro tiene el teléfono en el bolsillo. Esta vez sí me la deja pasar, pero su aspecto me dice que es más por el cansancio propio de su enfermedad que por perdonarme el comentario.

—Sí, ponete con esto, si no vamos a tener que llamar —dice Norma, que me señala la salida y me va achicando el espacio personal empujándome hacia la puerta.

—Vos no vas a llamar a nadie, mamá —llego a oír antes de que el portazo que pega Norma cuando salgo casi me arranque el rodete.

Capítulo 6
Hola, Susana

Al salir de la 305, no sé para dónde disparar. Si siguiera las reglas debería ir a reunirme con Carlos, el jefe de Seguridad, para comentarle la situación, pero decido correr el riesgo de no hacerlo. Si hablo con alguien, el problema podría escalar muy rápido y llegar a oídos del director. Y ahí, tengo la sensación, nos quedamos todos sin trabajo de un plumazo: los chicos de Seguridad, las personas de limpieza que hayan estado en la habitación, algún enfermero que haya pasado justo caminando y hasta Elba, la señora que vende flores en su puestito de la vereda y que nada tiene que ver. Lo más sencillo sería ver a Carlos; él podría revisar las cámaras que apuntan a ese pasillo y al menos determinar si ingresó alguien, además del personal de limpieza, a la habitación mientras Juan se duchaba. No sería la primera vez que alguien se colara en la clínica para aprovechar un descuido y llevarse algo, pero el problema es que sé que si Carlos revisa las cámaras por un posible robo debería notificar a la Dirección lo que está sucediendo.

Se me ocurre ir corriendo a la lavandería, un lugar en el que hace un calor que no pueden soportar los humanos, salvo Susana. Ella siempre está ahí, con sus ojos maquillados de sombra azul brillante, escuchando sin pausa a Luis Miguel. Creo que la gente de Recursos Humanos no recuerda que tiene a esa persona contratada: está metida en ese sauna desde hace años, siguiendo constantemente la dieta de la Luna, que la obliga a ayunar en el cambio de fase lunar y el resto de los días se lleva el almuerzo en un tupper y no sube al comedor porque hace otra dieta combinada, así que nadie jamás la cruza. Susana me ve entrar y se pone contenta porque casi nunca recibe visitas —no por algo contra ella, es que es imposible respirar ahí— y me ofrece una galletita —ella le dice galletita— que parece un corcho quemado.

—Gracias, Susi, pero no puedo, estoy haciendo la dieta de las harinas —le digo rechazando la pelota negra.

—¡Genial, Sofi! Esto no tiene harina —me responde ella.

—No se me ocurre cómo una galletita puede no tener harina, pero diste en la tecla. Ya me conocés, solo estoy comiendo harinas —le cuento guiñando un ojo y Susi sonríe.

Le explico que estoy buscando un celular que se perdió en una habitación y que mi intuición —es más deseo que otra cosa— me dice que puede haber ido a parar a los canastos de ropa sucia porque coincidió con el momento de la limpieza.

—Son los canastos del tercer piso los que necesito revisar, Susi.

—Tenés suerte. Me los trajeron hace un rato y todavía no entraron a las máquinas —dice mientras los señala.

Hay cinco bolsones enormes, que ya no tienen el carrito con el que los veo circular por los pasillos, porque se desmontan y quedan como bolsas de lona desinfladas. Por suerte, están identificados, ya que más allá de que todo se lava a altísimas temperaturas, la ropa de cama de Maternidad no se mezcla con el resto, por ejemplo.

—Agarrá guantes de ahí —agrega Susana haciendo un ademán con la cabeza para que yo sepa a qué estante se refiere y aprovecho que paso cerca del equipo de música para bajar un poco el volumen de Luismi, que grita que le mata mi mirada y algo del perfume de mi piel.

Decidimos separar las bolsas y buscar cada una por su lado. Ella propone que si no lo llegáramos a encontrar, después volvamos a revisar juntas bolsa por bolsa. Pero se me ocurre una idea mejor que puede hacernos ahorrar tiempo.

—Susi, prestame tu interno, porfa.

—Claro, ahí está —contesta señalando el aparato. Al verlo prometo no quejarme más del monitor de mi computadora: el teléfono de Susana se dejó de fabricar en 1990 y tiene cable en espiral. Aprovecho para callar al tipo de los alaridos románticos, bajo el volumen a cero, levanto el tubo y marco 305.

—¿Hola? —responde la voz de Norma en el teléfono.

—Hola, señora, soy yo, Sofía, la chica de Atención a Pacientes.

—Ah, sí, vos. Justo estaba por llamar a mi hermano —escucho mientras imagino su expresión de persona a la que le cayó mal la comida.

—Quería pedirle el número del celular de Juan Martín para ver si puedo ubicar el aparato dentro de la clínica —le digo, haciendo caso omiso a su tono.

—Ah, no. Yo esa información no te la puedo dar, cómo me vas a pedir el número, eso es confidencial, es una locura, no me parece, no debería hacerse así, hay que buscar otra forma, qué barbaridad, ya ni derecho a la privacidad tiene uno, mi hermano se va a enojar muchísimo de que nos traten de esta manera —repite sin control pero es interrumpida por Juan, que en el fondo dice “dale el número de una buena vez, mamá”.

Y Norma me lo da. Mientras me dicta los números los presiono uno a uno en mi celular, que llevo siempre colgado del cuello con un cordón, cosa que me resulta incomodísima, pero no tengo opción porque el trajecito carece de bolsillos en el pantalón y los del blazer son falsos, con un borde que alcanza para enganchar solo el beeper.

Le agradezco a Norma, que corta la comunicación antes de que me despida por el interno, y presiono llamar. Susi y yo hacemos silencio mirando las bolsas como si los ojos nos ayudaran a oír mejor. Pasan segundos. Lo oigo, estoy segura de que no son mis ganas. Y juraría que suena la música de la película *El Padrino*, casi como una advertencia de que si no encuentro el celular del sobrino del director, me van a mandar a matar.

Logramos aislar el bolsón correcto y descartamos los otros. Empezamos a sacar todo con cuidado, porque Susi dice que “podemos encontrar cualquier cosa” y si bien no me lo aclara, entiendo de inmediato que se refiere a fluidos varios. La música suena cada vez más alta y finalmente, enredado en una funda de almohada, encuentro el bendito teléfono. Me incorporo dando saltitos; Susi grita “bieeeen” y me abraza contenta, aunque no sabe qué tan importante era esto, pero por las dudas festeja. Mejor así, que no se lo tome a la ligera, porque estoy convencida de que hasta ella, que es invisible en esta clínica, se habría quedado sin trabajo si el artefacto no aparecía. Antes de irme acepto una de sus galletitas y me ocupo de subir el volumen de Luis Miguel, que, aunque estuvo en silencio, nunca dejó de cantar. “Ahora te puedes marchar”, dice él, y me resulta muy pertinente.

Me voy, comiendo satisfecha el corcho quemado de Susi, ansiosa por volver a la 305. Sofía, heroína silenciosa, salvando puestos de trabajo a mansalva desde las sombras. Es increíble que lo haya resuelto sin haber desayunado antes. Y el corcho no cuenta como desayuno.

Capítulo 7
Desmagnetizados

Cada vez que llegamos con Nicolás a Miramar se da la misma situación. Después del grito con exclamación sobre la naturaleza, desarmamos los bolsos y depositamos toda la ropa en una cómoda que tiene olor a humedad desde siempre, conectamos la garrafa para tener gas y dejamos correr un poco el agua para que se limpien los chorros marrones que escupen las canillas los primeros minutos, mientras encendemos el calefón. Un viaje al Cenozoico, sin la parte de los dinosaurios y los glaciares.

Después, Nicolás infla las ruedas de las bicicletas porque le parece un planazo hacer los kilómetros que nos separan de cualquier tipo de civilización utilizando ese medio de transporte. No pisa el gimnasio en todo el año, pero por algún motivo elige que la única semana que podría ser de disfrute sea más parecida al servicio militar. Las vacaciones son lo opuesto a lo que yo considero un placer: pedaleamos de acá para allá; hay bichos que evolucionan y año a año incrementan su tamaño y son resistentes al insecticida azul, negro, verde y rojo; de la ducha sale un hilo finito de agua que te quema el cuerpo o te lo congela —sin punto medio— y por las noches soportamos un concierto de perros que ladran sin parar, no sé a qué y prefiero no saber. Amanecemos, además, tempranísimo, porque las persianas no cierran completamente y quedan las últimas seis filas separadas, suficiente para que el rayo de luz te pegue en el ojo a las siete. Es muy difícil amanecer de buen humor así.

La primera noche tenemos que ir a cenar a lo de Cacho, sin excepción, llueva o truene. Y vamos en bicicleta, claro. Cacho tiene una parrilla libre; es decir, podés comer todo lo que quieras, sin restricciones en cuanto a la cantidad, y él y sus hijos te van trayendo más y más. El límite es lo que puedas meterte en el cuerpo o tu valentía, porque la carne de Cacho para mí no es la más fresca del condado. “El que tenga miedo a morir que no nazca”, dice Nicolás cada vez que le señalo que la molleja tiene un color que no corresponde y se sigue atragantando sin prestarme atención ni frenando para respirar. Por supuesto que la parrilla no está en el centro de Miramar; queda en un lugar recóndito del que después de salir de comer no podés ni ir a tomar un helado porque no hay nada alrededor. Todo lo que ves es a Cacho, sus hijos, su carne polémica y la inmensidad de la oscuridad. “Es un clásico, Sofi; hay que venir para que nos dé suerte en las vacaciones”, comenta mi marido cada vez que propongo cenar en otro lugar, incluso ya estando sentados a la mesa. “Además, Cacho nos espera”, agrega, y yo me agoto de la conversación y me

meto un pedazo de chorizo en la boca porque sé que Cacho no nos espera; simplemente pone esa cara de alegría cuando nos ve porque ni él mismo puede creer que sigamos cayendo en la trampa todos los años.

Comer en la parrilla que “trae suerte” hasta ahora no nos trajo mucha: en esta ciudad hay viento y cuando venimos nosotros parece que hubiera todavía más. Nos han tocado seis días corridos de lluvia, calles de tierra que se transforman en ríos, cortes de luz y todo yendo a lo de Cacho, así que desconozco qué tipo de buena fortuna debería interpretar de eso.

Como no todo es malo en la vida ni en ninguna situación, también debo reconocer que hemos tenido momentos lindos en esta ciudad. Los mejores, si me apuro a pensar, han sido cuando todavía éramos novios y paseábamos por el “vivero”, un bosque supuestamente energético en el que la gente se pasa las tardes poniendo dos palitos en forma de T, uno sobre otro, y que no se caen. Nunca probé en ningún otro lugar para verificar que el truco de los palitos solo sucediera ahí, pero es una de las atracciones del lugar. Nos íbamos, de adolescentes, con las reposeras, la heladerita de playa, la guitarra de Nicolás, la cámara de fotos con rollo y marcábamos los árboles con nuestras iniciales, enamorados, ansiosos por crecer. No sé para qué. Creo que si fuéramos hoy al bosque, se nos caerían hasta los palitos porque el magnetismo entre nosotros hace rato desapareció, aunque tampoco iríamos a comprobarlo porque queda en la otra punta y hasta a Nicolás le daría fiaca pedalear hasta allá. Además, la última vez que lo intentamos él llevaba una mano apoyada sobre el manubrio y en la otra una linterna, hablaba de la naturaleza, imitaba ruidos de pájaros, mientras yo deseaba que se abriera un hueco en la tierra y me tragara, y de repente, Nicolás pisó una piedra con la rueda delantera, tambaleó y terminó estampado en el piso. A mí me agarró un ataque de risa tal que no lo podía ayudar a levantarse. Así que no, ya no vamos… un poco porque es lejos y otro porque a él le da bronca recordar la anécdota que todavía hoy me hace reír y que lo tuvo cuatro días sin meterse al mar porque con el agua le ardían los raspones.

Capítulo 8
La primera impresión no es la que cuenta

Golpeo la puerta de la 305 y esta vez no me quedo como el gatito de los restaurantes. Pasan unos segundos y escucho un “adelante”, seco y sin estirar la última sílaba, en la que reconozco la voz de Juan.

—Permiso, Juan… Acá estoy —digo, sacudiendo el teléfono de un lado al otro, con una actitud muy de “te lo dije”.

—¡Lo encontraste! ¿Dónde estaba? —me responde él al mismo tiempo que estira la mano para que se lo acerque, y descubro que es un humano que sabe poner caras felices. Como si por arte de magia se hubiera convertido en una persona distinta a la que conocí hace un rato.

—En la nieve —digo, graciosa y con una sonrisa sin mostrar los dientes, esperando que recuerde el comentario de su viaje a esquiar con amigos. Juan lo entiende enseguida y abre bien los ojos. Le divirtió mi respuesta.

—Genia total y absoluta. Te pido disculpas si no me comporté de la mejor manera antes; no me justifico, pero mi mamá me estaba volviendo loco. Te debo una —remarca levantando el dedo para hacerme saber que habla en serio. Su actitud es otra: está contento y casi que hasta parece más descansado, aunque no haya pasado ni una hora y media.

—No hace falta, es mi trabajo; que no me hayan despedido hoy por el incidente ya es más que suficiente. No es que sea el sueño de mi vida estar acá, pero bueno… —aclaro y no sé por qué no pienso lo que digo ni por qué elijo tirarle ese comentario al sobrino del director, que ni siquiera me está preguntando nada.

Él recupera la expresión que le conocí un rato antes y lanza al aire en voz muy bajita algo que, cuando yo realmente lo entienda, marcará mi vida entera: “Un día más y no uno menos”.

Juan se levanta de la cama y parece no sentirse tan mal. Tiene mejor semblante y la piel menos pálida. Es altísimo, mucho más de lo que había imaginado, y tiene cuerpo de deportista, que se marca tras la remera negra y un jogging canchero del mismo color, con puños en los tobillos. Se nota que está más flaco de lo que debe ser, es evidente que perdió muchísimo pelo y por un momento me apena mucho su situación, de la que no tengo demasiados detalles. Me doy cuenta de que percibe que le estoy haciendo una especie de escáner y para disimular le pregunto si necesita algo, si llamo a un enfermero, y me dice que no, que solo quiere estirar las piernas.

—Mañana no voy a poder, así que quiero hacerlo hoy, que tengo fuerzas y todavía puedo. Es

que yo corro con la ventaja de saber que no voy a poder.

Juan termina su comentario filosófico y a mí me cuesta pensar y analizar su teoría porque sigo sin desayunar así que decido hacerme la desentendida, que es algo que me sale perfecto. “Cinturón negro en hacerte la boluda sos vos”, diría Andrea, mi psicóloga, que me conoce desde hace años, pero a la que veo poco, justamente, porque cada vez que toca una sesión difícil, la cancelo.

Saco una de mis tarjetas del bolsillo del pecho de la camisa, el único que sirve para guardar cosas, y me acerco a la mesa de luz, donde la apoyo mientras le digo “cualquier cosa que necesites, ahí tenés el número de mi interno o podés pedir al conmutador que me pasen un radio y yo vengo”.

—¡Un radio! Me reí antes cuando me dijeron que te iban a localizar por el beeper. ¿En qué década se quedaron? —responde.

—Bueno, la excusa es que no hay señal de celular en todas las áreas, cosa que es cierta porque por ejemplo en Terapia Intensiva es así, entonces es una manera de localizarme sin inconvenientes. Yo igual creo que es para no tener que pagar mi línea de celular. Mi abuela dice seguido una frase que me quedó grabada: “Excusas hay hasta para matar a la madre” —le digo y pienso que menos mal que Norma no está en la habitación porque me habría mandado a la hoguera directo.

—Lo positivo es que al menos no te llaman todo el día. Imaginate que si tu celular estuviera disponible, sonaría a cualquier hora y por cualquier cosa —agrega pensativo y yo asiento con énfasis, dándole a entender que no tiene ni idea del infierno que sería mi vida si los pacientes tuvieran mi número.

Me despido, me agradece, me disculpo por la molestia, me pide disculpas por el trato de Norma, me vuelvo a despedir, se despide, repito que cualquier cosa sigo a disposición y parecemos Doña Florinda y el Profesor Jirafales con el “pase usted”, “después de usted”. Salgo del chalecito y bajo por las escaleras, donde intercambio besos con dos neonatólogas a las que no veía desde hacía semanas. Llego a mi oficina y la lista de ingresos me sigue esperando, así que me siento y apoyo todos los artefactos sobre el escritorio. No llego ni a tomar aire cuando recibo un mensaje en mi celular.

“Yo sí tengo el número. Y hay que hacerle caso al destino cuando te pone enfrente a la excepción”.

CAPÍTULO 9
Nunca hay que googlear

Me genera sorpresa y un poquito de emoción el mensaje de Juan. Quizá porque nuestro primer encuentro tuvo los condimentos para que terminara todo muy mal y recién ahora me siento tranquila de haber resuelto el problema. Pienso dos segundos en cómo habrá conseguido mi número hasta que me doy cuenta de que obviamente tiene una llamada perdida desde mi celular, de cuando intentaba recuperar su teléfono en los bolsones de la lavandería. Qué tonta.

"Hubo otra excepción —le respondo—. Una vez una mujer estuvo internada por una fractura en la pierna y en la habitación vecina había un paciente que roncaba mucho. De alguna manera que jamás llegó a confesar, la paciente consiguió mi número y me llamaba de noche para decirme que el señor de la 422 roncaba fuerte. Le expliqué varias veces que yo estaba en mi casa, que era fin de semana y que no era mucho lo que podía hacer desde ahí, pero nunca lo entendió y me llamó la noche siguiente también varias veces. Tuve que tramitar el cambio de habitación el lunes cuando volví porque me estaba volviendo loca".

"No podés negar que entre las dos excepciones yo soy mucho más simpático", contesta Juan a mi papiro y pone un emoji que llora de risa.

"Después de un rato sí", retruco con una cara que guiña un ojo.

El día continúa de manera habitual, con el recorrido por las habitaciones, la repartija de gorritos de bebés y felicitaciones para las mamás que estrenan el título y algunas pocas complicaciones que resuelvo con el sector de Mantenimiento. Estoy pendiente del celular, esperando que Juan me siga dando charla, pero no sé por qué. Tal vez, haber conocido al "fantasma del chalecito" despertó mi curiosidad.

Se acerca el momento del almuerzo, que es uno de mis preferidos. Al revés de lo que los pacientes suelen decir, a mí la comida de la clínica me encanta. El comedor de empleados está en el sexto piso, subimos en un ascensor al que se accede pasando un largo pasillo interno, por lo que nunca aparece algún paciente o familiar perdido. Si no sabés el camino, no podés llegar ya que deberías haberte perdido demasiado en el laberinto y aún así haber seguido avanzando. Comemos algo diferente cada día y, salvo contadas excepciones, es todo muy rico. En invierno nos sirven unas sopas de entrada que son espectaculares y siempre tenemos varios platos y postres para elegir. Además, hay una heladera con diferentes bebidas para que cada uno tome lo que más le guste. Compartimos mesas grandes; en una se ponen los médicos, en otra algunos

administrativos, en alguna otra hay mezclas extrañas que después generan rumores de romances, que nunca faltan… las historias falsas y los romances reales. Hay una tele a la que nadie le presta atención salvo en momentos importantes como elecciones presidenciales, mundiales de fútbol o escándalos mediáticos; si no, está ahí de fondo, sintonizando un noticiero que nadie mira.

Me siento a almorzar con mis compañeras después de haber elegido mi menú. Hoy hay milanesas con puré —el más cremoso que comí en mi vida, incluso más que el de mi abuela, que es decir un montón— y mientras empiezo a comer saco el celular para googlear —lo que no se debe hacer— sobre la enfermedad de Juan. Me quedo en shock cuando leo. Aunque sé que en Google aparece primero lo peor, lo único que retumba en mi cabeza es que no tiene cura.

—Se te enfría, Sofi, ¿qué hacés? —me dice Caro, una hematóloga que almuerza con nosotras porque se turna con sus compañeros de sector para que siempre haya alguien disponible en su servicio.

—Hoy conocí a un paciente y estaba investigando sobre lo que tiene… —respondo.

—¿Quién es? —vuelve a preguntar ella.

—El de la 305, el chalecito —le contesto en voz baja, aprovechando que el resto de las chicas conversa sobre la separación de un cantante, con infidelidad incluida, que estalló en los medios el fin de semana y cuyas imágenes están pasando en el noticiero.

—¿Iraola? ¿Cómo lograste entrar a ver a Iraola? —indaga abriendo los ojos y levantando la voz de la sorpresa.

—Shhhhhhh… es larga la historia —le digo apretándole la mano para que hable más bajo.

—Está complicado, Sofi. Él ya lo sabe. No tiene un buen pronóstico porque su enfermedad avanzó mucho, ya lleva demasiado tiempo y se intentó de todo con él —me responde en ese tono en el que hablan los médicos muchas veces, podrían estar dando una pésima noticia o comentando el resultado del partido de fútbol del domingo entre Patronato y Gimnasia de Mendoza con la misma expresión.

—¿Se va a morir? —le pregunto y me siento una nena chiquita, pero es la frase que me sale sin meditar mucho.

—Sí, Sofi, se va a morir —me contesta mientras se lleva un poco de puré a la boca.

—¿En qué andan ustedes dos? —grita desde el otro lado de la mesa una de las chicas al vernos cuchichear.

—Estábamos hablando de fútbol —respondo yo con un hilito de voz. Caro, la hematóloga, me mira desconcertada y lo está tanto como yo, que no tengo idea de por qué razón la noticia me atravesó así.

Capítulo 10
Lo simple es más bonito

Yo no tengo muchas cosas que me gusten. No gasto mucho dinero en ropa ni en cremas que me dejen la panza firme o hagan desaparecer las patas de gallo que empiezan a asomar al costado de mis ojos; no tengo paletas de sombras para maquillarme más allá de las que consigo en la tienda de los chinos, que tienen unas lindas, con brillitos y son baratas; no me compro botas espectaculares para alguna salida ocasional ni tengo una colección de carteras. Ando siempre con una carterita negra ya bastante gastada que uso para trabajar y tengo otras dos: una del mismo color, pero más linda, que me regaló Nicolás para mi cumpleaños hace dos años y otra marrón tan oscuro que es casi negro, prácticamente igual, porque cuando recibí la cartera negra y le dije a mi marido que el regalo me había gustado decidió que era mejor no exprimir su cerebro al año siguiente y regalarme lo mismo, pero en otro tono. "Equipo que gana no se toca", me dijo con una sonrisa satisfecha mientras yo abría el paquete y descubría que estaba recibiendo lo mismo que el año anterior y en un color casi idéntico.

A mí, más que la ropa o los maquillajes, me gustan las plantas —sobre todo las que tienen flores— y soy muy buena cuidándolas. Es algo que se me da bien, aunque a nuestro departamento no entra mucha luz del sol, pero igual tengo algunas cuantas perdidas por algunos lugarcitos que quedaban vacíos. No hay mucho espacio porque el departamento es bastante chiquito: en la única habitación entran la cama de dos plazas y un roperito, además del empotrado, que es el que usa Nicolás para sus cosas, pero pude poner un gancho desde el barral de la cortina y colgar una planta con hojas enormes y bien verdes, me gusta ver cómo cae enredada. La cocina es mínima, por suerte cuando el dueño compró este departamento para alquilarlo decidió tirar una pared que la separaba de un pasillo y poner ahí una barra tipo desayunador con dos banquetas que se esconden debajo cuando no están en uso. Funciona como mesa para nosotros porque en el living tenemos el sillón, la tele y el sector de los jueguitos de Nicolás que hace que a veces sienta que vivo en un cibercafé. En la cocina entra una sola persona que debe girar sobre su propio eje para usar el horno, abrir la heladera o poner en funcionamiento el lavarropas, que está ubicado de forma estratégica debajo de la mesada y tapado por una puerta que disimula su presencia.

No tengo balcón, pero hay una ventana en el living en la que puedo apoyar macetas y debajo, un mueblecito en el que guardo el mayor de mis tesoros: un equipo de música con CD que era de

mi abuela. A mi abuela le encanta la música, su casa jamás está en silencio. Tuvo tocadiscos enormes y yo me pasaba horas metiendo cada vinilo en su funda de cartón; también radios modernas de estilo vintage, y finalmente, este equipo de música, que todavía funciona perfecto, me lo regaló hace unos años cuando ella se compró el siguiente. Nicolás se ríe porque me dice que ni califica como antigüedad y es una porquería que ocupa espacio —sabe dónde me duele y ahí me da—, yo lo ignoro porque me resulta un despropósito discutir al respecto con alguien que ocupa medio living con sus chirimbolos para jugar, como si tuviera siete años. Cuando él no está en casa, pongo un CD; a veces uno original de la colección de mi abuela y otras alguna de las compilaciones que ella hacía y dejó de hacer hace años. Armaba las listas de temas en un papel y después grababa, porque sabe hacerlo también. Y ahí, me pierdo, entre el silencio colmado de su música, mis plantas, mis flores y mi paz. No son muchos los momentos que tengo para hacerlo, pero cuando lo consigo, por ese ratito soy feliz.

Los tesoros tienen eso: no deben ser enormes o caros, sino proporcionarte algo que no puedas conseguir de otra manera. Cuando yo me pierdo en la música que escucha mi abuela y cierro los ojos, el momento es tan valioso que no hay equipo moderno con ecualizadores de última generación que le pueda ganar. Son momentos, no son cosas. Algunas personas, como Nicolás, no lo pueden entender. Son ellos los que se lo pierden.

Mi abuela Margarita es mi persona favorita. Es quien me iba a buscar al colegio y con quien pasaba las tardes horneando galletitas; escuchábamos música, me prestaba sus collares y sombreros para disfrazarme y yo le hacía shows de baile en el living de su casa. Ella tuvo cuatro varones —uno es mi papá— y cuando llegué yo “la vida se transformó en una fiesta de colores y brillitos”, en sus palabras. Soy hija única, así que por un lado muchas veces sentí un poco de envidia de ver a mis amigas jugando y peleándose con sus hermanos, pero por otro tuve el inmenso honor de que mi abuela fuera casi toda para mí, a excepción de cuando venían mis primas, con quienes me llevo muy bien.

Mi abuela a veces se pierde. Confunde las personas, cuenta como ciertas algunas historias que son imposibles, llama por teléfono a mi papá creyendo que es mi abuelo —que falleció hace muchísimos años— e incluso tiene contestaciones violentas que me hacen desconocerla. Pero a mí no me confunde nunca. “Vos sos mi Sofita”, me dice cada vez que me ve, tocándome la cara, como si quisiera confirmar que soy yo, que no me olvidó y guardarse el mapa de mis facciones para siempre. Sigue viviendo en su casa y logramos convencerla de contratar a alguien que la acompañara —costó muchas discusiones—, así que la señora Estela está con ella, es muy amable y le tiene paciencia.

Yo sigo visitándola todos los jueves, como desde siempre, y le llevo flores como cuando era chica. Ella se hace la sorprendida, pero no hace falta más que mirar que el jarrón nunca está vacío porque reemplaza con las nuevas margaritas blancas las de la semana anterior, que también llevé yo y que todavía se mantienen erguidas.

“¡Margaritas blancas, mis preferidas!”, exclama cada vez que me ve entrar con el ramo. “Ya sé, abu, por eso te las traigo”, le respondo yo, bajo la mirada cómplice de Estela, que presencia la misma conversación todas las semanas. “¿Y sabés por qué son mis preferidas…?”, retruca siempre mi abuela. “Sí. Porque son simples y duran mucho”, contesto yo.

Por eso también son mis preferidas y cuando hay algún huequito libre en casa y quiero adornar compro estas flores. Porque son simples y duran mucho. Como mi Margarita.

CAPÍTULO 11
Un chihuahua de rehén

Me paso la tarde del lunes solucionando algunos problemas que al menos me distraen y uno hasta me hace reír. En la habitación 318 hay una mujer internada que logró colar a su perro, un chihuahua que le trajo su hermana —bastante anciana como ella—, escondido en la cartera. Una enfermera descubrió el plan macabro y antes de hacer un escándalo me llamó, porque la señora le cae bien. Encuentro a María, la paciente, muy preocupada porque la van a separar del perro. Le explico que no pueden ingresar animales y me ofrezco a enseñarle a su hermana a enviar fotos por celular para que ella vaya viendo minuto a minuto lo que hace López, su chihuahua. Me causa gracia el nombre y le pregunto por su origen. Me cuenta que al principio se llamaba Tito, pero que ladraba tanto que le recordaba a su marido —"que en paz descanse", dice mientras ella y la hermana se persignan tres veces—, un tipo terco que rezongaba todo el tiempo. "Y bueno, se lo cambié por el apellido de mi marido". El truco de las fotos no la convence del todo, entonces le digo los riesgos que correría López si se quedara en la clínica: podría ladrar, como es su costumbre, y ahí se involucraría el área de Seguridad. "¡Hasta le podrían quitar la tenencia!", exagero. María se preocupa y se abraza al perro, que tiene muchísima cara de pedido de auxilio más que ganas de quedarse, mientras su hermana me mira con lentes de sol, como si fuera un agente secreto que cumple misiones imposibles. "Además, podría tragarse algún medicamento… ¡o una jeringa! Hay jeringas por todos lados acá", digo ya sin muchas esperanzas de poder resolver el tema y sin ideas que se me crucen por la cabeza para convencerla. "Ah, no. Eso sí que no. Poner en peligro a López, no", me contesta e inmediatamente levanta con sus brazos flacos al perro, que no debe pesar más de medio kilo, y lo extiende hacia su hermana. "Llevátelo a casa, Azucena. Y ponele el suetercito rojo que dejé guardado en el primer cajón de mi armario para que agarrara mi olor. Y después volvé, que estamos a la mitad de la partida", le ordena María a Azucena, señalando unas fichas de rummy esparcidas sobre una mesita.

Metemos con cuidado al perro rehén en la cartera y la Paris Hilton de la tercera edad se va de la habitación, bolso con chihuahua de un lado y bastón del otro, con tanta intención de disimular que es evidente que algo esconde. Logra salir de la clínica y se lo avisa a su hermana por audio de WhatsApp dos minutos después, cuando yo todavía estoy con ella, lo que me hace pensar que seguro ambas sabían también enviar fotos. Me gusta participar de estas pequeñas historias, ser testigo de amores y estrategias como la de estas hermanas para lograr sus cometidos. Le doy un

beso a la paciente, un poco porque ella me lo pide y otro poco porque me recuerda a mi abuela, con su colonia Heno de Pravia en la mesita de luz. A veces no nos damos cuenta de pequeñas cosas que pasan desapercibidas en nuestros días, pero cuando prestamos atención, podemos identificar mimos del universo que aparecen para acompañarnos o hacernos reír. López, María y Azucena, un poco, me alegraron la tarde. Cuando estoy por salir, María me pregunta si estoy muy apurada; la miro y sonríe con una expresión tan pilla que imagino que es una mujer que siempre se sale con la suya. Me pide que me quede a jugar una partidita hasta que vuelva Azucena, y elijo no discutir. Me gana; haciendo trampa, pero me gana.

Capítulo 12
El ladrón de azúcar

El lunes termina y a mí me queda una sensación extraña. Vuelvo a casa, pero estoy pendiente de que Juan me escriba un mensaje y no sé bien por qué. Tengo claro que solamente nos cruzamos algunos minutos y que intercambiamos algunos mensajes y nada más. Incluso así, estoy atenta. En las novelas de la tele pasa mucho eso: Thalía queda prendada del chico apenas lo ve por primera vez; yo no tengo perro, ni una choza en la playa en la que vivo con mis abuelitos, pero reconozco que Juan llamó mi atención y me gustaría saber de él, qué siente, qué pasa por su cabeza sabiendo que tiene poco tiempo por delante, cómo será su vida. ¿Tendrá una mujer que lo acompañe? ¿Hijos?

—¡Noche de fernecitooooo! —Nicolás interrumpe mis pensamientos apareciendo en el living vestido con jeans (su ropa de gala), un buzo y una campera cuadrillé que detesto y que usa sobre los hombros, y se frota las manos, como quien se prepara para algo espectacular.

—¿Ya te vas a lo del Negro? —pregunto, fingiendo interés.

—Sí, vamos a jugar un torneo en su casa. Van Pico, el Tuli, el Naco, el Nariz y Hamburguesa —responde mientras yo pienso que es rarísimo que en todos los grupos de amigos varones haya apodos tan confusos. ¿Cómo a alguien pueden llamarlo “Hamburguesa” y estar conforme con eso?

—Genial, planazo… —digo yo, tratando de parecer entusiasmada, sabiendo que preferiría quedarme a organizar tuppers para hacer coincidir cada recipiente con su tapa desaparecida, ordenar alacenas o desarmar el lavarropas para encontrar las medias que se traga antes que ir a un plan de ese estilo.

—No tienen chance, igual. El Burger es malísimo en el FIFA —agrega, con la misma excitación que mostraba en el Daytona a los quince años.

—Qué copado, vas a ganar —contesto yo, esperando que caiga la guillotina invisible y me libere de esta conversación, aunque sea matándome.

Nicolás sale de casa a paso acelerado con un pack de cervezas y una bolsa que esconde y que después descubriré que es la de mis chocolates. Yo no me tomo a la ligera nada que tenga que ver con el placer y cuando más tarde me entere de que me faltan, me sentiré estafada por haberme despistado con la conversación sobre los jueguitos mientras se llevaba el botín más preciado frente a mis ojos. La alegría de quedarme un rato sola en casa, poder cenar un

sanguchito y pintarme las uñas mientras miro cualquier serie de las que a mi marido no le gustan y a mí me encantan, porque me pierdo en los personajes y sus historias de amor, es abofeteada por la desaparición de mi bolsa de chocolates.

Ya no me quedan fuerzas para discutir y plantar mi bandera, entonces me vengaré a lo grande: "Voy a pedir helado —digo en voz alta—, un kilo entero que no voy a llegar a comer, solo para que cuando vuelvas te emociones al ver el pote en el freezer y se te rompa el corazón cuando veas que es todo de menta granizada. Tomá, Nicolás, por estafador. Los malos solo ganan si los buenos los dejamos ganar. Y, ¿sabés qué? Ignorar a alguien, a veces, es la única forma de sacarle el poder y hacerlo desaparecer. Desaparecer, como la ropa sucia que dejás tirada al lado del cesto especialmente pensado para eso y que por arte de magia aparece dentro del lavarropas. Desaparecer, como mis gustos, mis elecciones, mis ganas. Desaparecer, como los festejos por aniversarios, las sorpresas, las emociones al planificar algo nuevo entre los dos".

Desaparecer. Como muchas veces quiero hacer yo. Y como desaparecieron mis chocolates.

Capítulo 13
Las venganzas deben ser siempre hipercalóricas

La mañana del martes trae un nuevo aire. Tomo una decisión rebelde: voy a ir a trabajar en taxi. Nunca lo hago, me da mucha culpa gastar dinero en cosas innecesarias, pero me puso de tan mal humor el cuento de los chocolates que voy a cumplirme un capricho porque considero que el pote de helado de menta no fue suficiente. Camino hasta la esquina de casa, a la avenida, y veo venir un taxi con su luz de libre avanzando despacio, buscando pasajeros o vengadores, como yo. Me apuro un poco porque detrás de mí aparece un hombre con la intención de robarme el lugar y hoy no estoy para permitir que me pasen por encima de ninguna manera. Hago un trotecito levantando el brazo para hacerle señas al conductor, que nota la disputa y me elige como vencedora. Primera batalla del día ganada; me aguanto las ganas de darme vuelta y sacarle la lengua a mi competidor y subo a mi podio calmada. Me acomodo, le doy la dirección de la clínica al chofer y ni le indico el camino más corto. Si voy a vivir la experiencia, quiero vivirla bien, completa y como se debe, incluyendo la parte en la que me pasean para cobrarme una fortuna, dando vueltas en círculos por la ciudad para terminar llegando al mismo destino al que habríamos llegado en línea recta.

Suena una linda canción y la tarareo. El conductor me relojea por el espejo y cuando me ve hacerlo, sube el volumen. Le agradezco con una sonrisa y aprovecho que la ventana está abierta para sentir el vientito en la cara y disfrutar el camino. “Por eso esperaba con la carita empapada que llegaras con rosas”, dice la cantante cuyo nombre nunca recuerdo y yo canto con ella e imito su acento español precioso. Me siento como en esas películas en las que “la chica de pueblo” llega a la gran ciudad y se sube a un taxi y va descubriendo todo, con medio cuerpo asomado por la ventanilla, con la música a todo lo que da, gritando, solo que en este caso estoy vestida con un traje verde espantoso, me estoy yendo a laburar y no me escapé a Los Ángeles para ser actriz. Algo es algo. Unos minutos después, comienza un informativo. No demoro demasiado en comprender que algo extraño sucede con las noticias que escucho, cosa que confirmo cuando el conductor del programa dice el valor del dólar, que es unas treinta veces inferior al actual. No sé si mi cerebro está a punto de colapsar o qué es lo que sucede.

—No entiendo… ¿qué está pasando? —le consulto al chofer.

—Todos me preguntan lo mismo. No te asustes, no entraste a un universo paralelo; es un programa grabado de hace algunos años —responde sonriendo.

—¿Y por qué escuchás un noticiero tan viejo? —me río.

—Porque las noticias de antes eran mejores, ¿o no? Me hace pésimo a los nervios el mundo en el que vivimos, nena, entonces mi psicólogo me dijo que si me hacía mal, me creara mi propio mundo. Me ayudó a encontrar en internet informativos viejos, de hace años, y los grabamos juntos. Y así voy por la vida más feliz. ¿Vos vas a terapia?

—Sí. Bueno, debería ir más seguido. Igual, sin siquiera conocerlo, creo que me cae mucho mejor tu psicólogo que la mía —le contesto y nos reímos.

Después de algunos minutos, llegamos a destino. Miro el reloj del taxi y le pago al conductor. Me da el vuelto y me desea un lindo día al mismo tiempo que lanza una palabra al aire.

—¿Chocolate?

—¿Eh? —digo yo saliendo del trance en el que estaba intentando guardar la billetera en un bolsillo de la cartera que tiene el cierre fallado, sin entender si el tipo sabe leer mentes y percibe que estoy ahí por una venganza con exceso de azúcares involucrados.

—Que si querés un chocolatito. O un caramelo puede ser también. Les doy a los pasajeros cuando se bajan, para que tengan un lindo día.

—¡Ah, gracias! ¡No te había entendido! Un caramelo te acepto —respondo, saboreando mi pequeña venganza, y me bajo del taxi de este señor tan evolucionado, con tiempo de sobra para comer mi golosina en paz antes de entrar.

No alcanzo a pisar la oficina que ya suena el beeper: “Te llaman de la 305 otra vez”, leo en la pantalla. Se me pone la piel de gallina por un instante pensando en que Juan quiere verme, pero caigo en la cuenta de que si quisiera charlar, podría haberme escrito un mensaje. Temo que sea Norma y me preocupa muchísimo que haya habido otra situación que desencadene un mal momento. No estoy preparada para afrontar otro día en el que sienta que me están por despedir. Subo, con la cartera todavía colgando del hombro, para ver qué me depara el destino hoy.

Llego a la puerta de la habitación, no sin antes recibir el aviso de las enfermeras del piso que me previenen diciéndome que Juan se siente mal. Vuelvo a pensar, entonces, que probablemente no sea él quien haya pedido que me acercara. Golpeo y espero.

Norma abre la puerta y me dice “ah, vos”, a modo de saludo. Al menos no me empuja y hace un poco de espacio para que yo pueda pasar. Juan está en la cama, pero vestido, y se incorpora un poco cuando me ve entrar. Se le nota en la expresión que no se siente muy bien, y percibo que hace un esfuerzo por sonreír cuando me ve.

—Hola, Sofía, buenos días… —adivino que dice, porque habla muy bajito.

—Buenos días, Juan, ¿cómo te sentís hoy? —le respondo mientras apoyo la cartera en una silla porque no sé cuánto tiempo tendré que estar ahí, y me arrepiento al instante de la actitud confianzuda que me salió; seguro es mi subconsciente queriendo quedarse a pasar un rato con él.

—He estado mejor, pero también peor. Bueno, en realidad es una linda frase que no es cierta. Cortémosla en la parte en la que digo que he estado mejor —me contesta, sonríe y Norma

rezonga por lo bajo. Es evidente que a la señora no le divierten los chistes que Juan hace sobre su estado. Menos mal que no conoce el concepto de “chalecito” porque ahí sí que no solo haría que me echaran; intentaría por todos los medios, y moviendo sus influencias —las de su hermano—, que no consiguiera trabajo nunca más y que me dieran años de cárcel, dentro de lo posible.

—Espero que con el correr de las horas te vayas sintiendo mejor. Si te puedo ayudar en algo, ya sabés —le digo y le devuelvo un intento de sonrisa mientras sigo sin entender bien para qué me llamaron, me empiezo a poner nerviosa y me doy cuenta por cómo muevo las manos cuando hablo.

—Te quería dar algo en agradecimiento por la ayuda de ayer —me responde y se gira hacia Norma haciéndole un gesto y señalándole algo.

Norma camina lentamente hacia su bolso, uno de marca, que tiene letras doradas enormes y que ni vendiendo todo lo que tengo podría comprarme jamás. Miro de reojo mi carterita con el cierre falseado, ahí sola y humilde, apoyada en la silla, y casi dejo salir una carcajada que por suerte logro contener. La madre de Juan saca una bolsita de papel madera y me la acerca con mala cara. Con la cara habitual, digamos.

—¿Qué es esto? —pregunto, sosteniendo el paquete que resulta ser bastante más pesado de lo que aparentaba.

—Una tontería, pero me quedé ayer toda la tarde pensando en vos y en cómo me ayudaste y, como yo no puedo salir, le pedí a mi mamá que te comprara algunas cositas. No sabía qué te gustaba, así que hice una lista, a ver si le pegaba —me contesta Juan, que ni se percata de la incomodidad de Norma al estar presenciando el momento en el que su hijo le dice a una chica que estuvo pensando toda la tarde en ella. Yo también me pongo incómoda y me quedo con la bolsa, como si fuera el Doctor Chapatín, sin abrirla y sin saber para dónde mirar.

—Dale, abrila… es una pavadita igual… —insiste Juan.

La abro y veo, por lo menos, seis chocolates distintos. Estoy tan sensible y herida por el episodio de anoche que, sin aviso previo, me cae una lágrima que intento disimular.

—¿No te gustan? —pregunta Juan, al verme ahí parada, casi llorando por tener chocolates en la mano. Una imagen espantosa.

—Me encantan, gracias —le respondo y miro a Norma para agradecerle también por la molestia, pero más que nada para desviar mi mirada de la de Juan. La mujer me analiza como si yo fuera la persona más ridícula con la que se cruzó en sus setenta y pico de años; la campeona de la ridiculez que pone en duda que la especie humana haya evolucionado.

—Mi preferido es el blanco bañado en negro, que tiene pelotitas de aire —dice él, intentando rellenar el silencio y también convencido de que tengo un desorden mental, algún problema cerebral que me impide comportarme de manera normal.

—¡El mío también! —contesto rápido para salir de la vergüenza y agrego—: Para la vida no, pero para el chocolate el relleno de aire está buenísimo —y me quedo pensando que quizá acabo

de decir la verdad más absoluta del mundo y que debería tomarme muy en serio las premisas espontáneas que a veces salen de mi boca sin querer y pintan mi presente de cuerpo entero.

Capítulo 14
Chicken pasado por agua con finas hierbas

Un rato más tarde y con mi recorrido ya hecho, decido enviarle un mensaje a Juan. Dudo, porque sé que se siente mal, no lo quiero molestar, y además podría ser Norma quien tuviera su teléfono, pero me arriesgo. Su detalle, el de los chocolates, me hizo muy feliz y me parece al menos significativo en un día en el que yo venía tan cruzada por el mismo tema que siento que es una pequeña señal del universo. Yo no creo mucho en eso, pero cuando las cosas se muestran tan claras, no hay que mirar hacia otra parte.

"Juan, gracias por los chocolates. No tenías la necesidad de hacerlo, pero quiero decirte que me cambiaste el día", escribo después de borrar y tipear seis veces y finalmente presiono enviar.

No pasa demasiado tiempo antes de recibir una respuesta.

"Me alegra. Yo te agradezco a vos y te vuelvo a pedir disculpas si no te traté muy bien. Quería darle un lindo marco al día 2", responde él.

Me quedo unos momentos pensando si debería entender a qué se refiere, pero no lo descubro, así que dudo un poco antes de volver a escribirle. ¿Día 2? ¿Será una canción? No sé de qué me habla y no quiero meter la pata; ya fue suficiente papelón andar lagrimeando con la bolsa de papel en la mano hace tan solo un ratito.

"¿Día 2?", envío, algo desorientada, sin arriesgar.

"Si venís a almorzar conmigo te lo explico. Voy a tener papas hervidas y pollo mojado, un manjar irresistible que podría compartir con vos si traés tus chocolates. No te lo pierdas", responde él y me hace reír en voz alta, a la vez que me entran unos nervios tremendos porque de cordial pasó a lanzado.

Me quedo pensando en los problemas que podría traerme esta situación. No sé si Juan me hace esta propuesta en serio, pero quiero ir. Por otro lado, que alguien me descubriera almorzando con un paciente que justo es el sobrino del dueño de la clínica no sería para nada acorde con la política de Recursos Humanos, que de humana no tiene nada. Pienso excusas que podría poner si alguien me viera ahí y demoro tanto tiempo en responder que vuelve a llegar un mensaje.

"¿Me pasé?", pregunta él.

"¡No! Solo pensaba cómo podría hacerlo… porque entenderás que puedo tener problemas en mi trabajo", respondo rápido para que no piense que mi lentitud es por falta de ganas.

"Si no puede ser almuerzo, que sea merienda, cuando termines tu horario. Ahí ya nadie puede

impedírtelo, ¿cierto? Además es mejor para mí, que me puedo comer todo el pollo mojado sin compartirlo con nadie", contesta Juan y me hace reír otra vez.

"Ahí estaré", confirmo tan velozmente que no tengo ni tiempo de pensar la propuesta que acabo de aceptar, pero lo cierto es que el plan me tiene el resto de la mañana ansiosa y contenta, y pienso cuánto tiempo pasó desde la última vez que me sentí así.

Almuerzo con el grupo de siempre. Es día de pizza —nunca nos toca el mismo menú que a los pacientes, que, efectivamente compruebo cuando camino por los pasillos, hoy comerán pollo y no tiene la mejor pinta— y hay helado de postre, lo que ya nos predispone a todos de otra manera. Me siento al lado de Carolina, la hematóloga, que me pregunta por lo bajo —ya entendió que no debe gritarlo a los cuatro vientos— si volví a ver a Iraola.

Le cuento rápido que sí, que me llamó para agradecerme y darme unos chocolates por un tema en el que lo había ayudado.

—¡Me muero! Es el tipo más antipático del mundo. Porque no es solamente conmigo el asunto, lo hemos charlado con varias de las chicas del servicio. ¿Qué hechizo le tiraste, Sofi? —me pregunta sorprendida, al mismo tiempo que yo me arrepiento de haber abierto la boca.

—Naaaa, ninguno. Bueno, creo que nadie estaría muy alegre en su situación, ¿no? Es comprensible. Igual arrancamos con el pie izquierdo, pero como el tema se solucionó, quedó todo buena onda —contesto, haciéndome la superada.

—Algo especial tendrás. Llevo meses viéndolo y no me regaló chocolates ni me dedicó media sonrisa nunca —me responde encogiendo los hombros.

—Guardame el secreto, igual, ¿sí? Ya sabés cómo son acá y justo es el sobrino del jefe. Además es una pavada, no hay mucha historia; fue un paciente más al que le solucioné un asunto y me quiso agradecer. No hay que darle más trascendencia que esa —le pido.

—Tranqui, soy una tumba… sé cómo son acá y los chismes vuelan. Igual, Sofi, creeme que es raro todo porque es un tipo muy especial, así que insisto en que algo habrá visto en vos… ¿Qué te puedo cobrar por el secreto? ¡Ya sé! ¡Chocolates! —me contesta riéndose por lo bajo mientras me guiña un ojo en señal compinche, y me río con ella, aunque por dentro no dejo de pensar en lo que acaba de decir.

Capítulo 15
Un día menos (o un día más)

El reloj marca las seis de la tarde y me corren unos nervios por el cuerpo que me parecen excesivos hasta a mí. Por un lado, estoy haciendo algo, digamos, indebido por donde lo analicemos; por otro, cientos de veces he compartido charlas y budines en alguna habitación con algún paciente. No sé qué es lo que me genera tantos nervios ni lo que me hace sentir que esta situación es diferente a las demás. Me justifico, me peleo y me reconcilio todo el tiempo con mis propias contradicciones.

Paso por el vestuario del subsuelo a retocarme el pelo, que después del día de trabajo y de ponerme y sacarme la mascarilla cada vez que ingreso a la habitación de algún paciente de terapia está bastante enmarañado. Me cruzo a Susi, que justo está ahí maquillándose —agregándose kilos de sombra azul en los ojos— para ir a juntarse con una amiga.

—Tomá, ponete un poco de brillo labial con gusto a frutilla y colorete, que estás muy pálida —me dice, usando la misma palabra que usa mi abuela para el rubor.

Le hago caso y me aplico lo que me ofrece, pero apenitas, ya que no quiero que parezca que voy a un casamiento ni que Juan vea que me maquillé para ir a comer chocolates con él. Mientras estoy haciendo muecas con la boca para esparcir un poco el labial que parece pegamento escolar, aparece Susi desde atrás y me baña en un perfume tan fuerte que casi me provoca arcadas y me genera un dolor de cabeza automático.

—¡Se van a ir derrumbando todos a tu paso! —exclama, contentísima de haberme empapado con su eau de toilette berretón.

—Ya lo creo, Susi —le respondo, sacudiendo la manos para desparramar el olor por el ambiente y que no se me quede tan impregnado.

Salgo del vestuario, camino por el pasillo interno del subsuelo y subo por las escaleras hasta la planta baja. Mi intención era tomar desde ahí el ascensor principal, pero elijo seguir a pie por dos motivos: a esta hora hay pocas chances de cruzarme con conocidos, son más de las seis y todos los administrativos que cumplen el mismo turno que yo ya se fueron, y demorar un poco más de tiempo puede ayudarme a que se me despegue algo de este olor a animales de la pradera encantada que me está asesinando. Llego al tercer piso después de haber subido un total de cuatro con la lengua afuera —me anoto en una lista mental invisible que, además de las patas de gallo, tengo que hacer algo con este estado físico deplorable— y voy hacia la puerta de la

habitación 305. El cartel que indica que no se aceptan visitas sigue colgado en su lugar; golpeo despacito, mirando a ambos lados para comprobar que nadie me haya visto llegar, y espero con la cartera colgada y la bolsita de papel madera.

No hay respuesta y estoy por volver a golpear, pensando que quizá lo hice demasiado suavemente, cuando la puerta se abre. Es Juan, que está levantado y me sonríe. Me pongo colorada y él, muy relajado, me saluda con un beso que no esperaba y me deja peor.

—Bienvenida al palacio con vista al mar —dice, mientras mueve su brazo como mostrando la inmensidad de un espacio paradisíaco que ninguno de los dos ve.

—Medio embrujado tu castillo, ¿no? —le respondo, irónica.

—Ni me lo digas —agrega él con media sonrisa.

Hay una mesita con dos sillas junto a la ventana que da al patio interno y es ahí donde nos acomodamos. Veo que Juan está mucho mejor que esta mañana, pero todavía no sé bien hasta qué punto tocar el tema.

—¿Te sentís mejor?

—Sí. Las primeras horas son duras, por suerte después se me pasa. Cada vez que tengo que atravesar eso me siento fatal —me contesta. Entiendo que “eso” es quimioterapia. No necesito preguntar, lo tengo más que claro.

—¿Y tenés para muchas veces más? —digo, sin saber si hago bien en hablar y con la voz de mi amiga hematóloga retumbando en mi mente.

—Quizá mañana me vaya a casa hasta la próxima vez. Siempre hay próxima vez, porque las sesiones que estaban programadas ya se cumplieron y, como ves, nada cambió y me siguen agregando más —me responde, con tristeza.

—Bueno, pensemos en esa parte: mañana te vas a tu casa. Debés estar podrido de estar acá tantos días. No sé, estar en tu espacio, con tus cosas. Imagino que es eso lo que querés hacer —digo intentando cambiar el foco.

—A veces. Tengo momentos en los que sí y otros en los que prefiero estar acá, con el cartel colgado de la puerta, en silencio y sin hacer nada. Soy un sube y baja de emociones y sensaciones. Esta vez, en particular, me da pena perderme el día de mañana, que es el día tres —contesta.

—¡Cierto! Hoy es el día dos según me dijiste, pero no sé qué significa…

—Te lo voy a explicar. Cuando me enfermé pasé por varias etapas. Primero atravesé una sensación de incredulidad gigante y estaba convencido de que todo era un error, que se habían equivocado, que yo no podía estar enfermo. ¡Imaginate! Deportista, mucha vida al aire libre… ¿cómo me va a agarrar una porquería semejante porque sí, de la noche a la mañana y sin ningún tipo de razón? —dice y pone cara de sobrador—; después, me enojé. Me enojé porque tuve que aceptar que era cierto, que me había pasado a mí y que no había ningún motivo para que no me tocara. Me enojé y me calenté tanto con el planeta que me la pasaba puteando todo el día. No

quería hacer tratamientos, no quería que me hablaran, no me interesaba nada. Pero después entendí que con esa actitud tampoco iba a llegar muy lejos y no me iba a favorecer, entonces entré sin escalas en la etapa siguiente. Acepté, pero me puse tan triste que casi no me muero por esta enfermedad de mierda y me muero de tristeza. Lloré, no sabés cuánto, empecé a ver todo empañado, como si mi mente fuera una especie de prisión. No podía levantarme de la tristeza que sentía. De a ratos, una tristeza algo egoísta, la del "no me quiero morir", y por momentos, una sensación de puñaladas al sentir que era inevitable y pensar lo que iba a sentir mi mamá. Los hijos no tienen que morirse antes que las madres; lo repetimos un millón de veces, pero cuando esa situación se vuelve una realidad que cada vez se te acerca más es aterradora. Es como si ya no sintiera pena por mi propia vida, por mi fecha de caducidad… es eso lo que más me duele —me responde con los ojos un poco húmedos.

—Lo entiendo. Bah, no. Esa es otra de las cosas que decimos siempre y supongo que no entendemos cómo es hasta que nos pasa. Creo que lo entiendo, que me lo puedo imaginar. Lamento mucho que estés pasando por esto… —digo, y me angustio al imaginar lo que sería para mis viejos o para mi abuela Margarita tener que atravesar algo así.

—Es duro. Pero esas etapas van pasando. Por supuesto que todos los días te despertás y deseás que se haga la magia y cambie la historia, pero no sucede. Nunca sucede, lo que es es. Y aunque hay milésimas de segundos por la mañana, apenas abrís los ojos, en las que olvidás la realidad, no podés escapar de ella, porque vuelve, momentos más tarde, porque siempre estuvo ahí. Y entonces es cuando te quedan dos caminos. Elige tu propia aventura…

Yo lo miro extrañada, sin entender bien a qué se refiere, intentando comprender su teoría sobre que haya algo que él en verdad pueda decidir en este momento.

—Podés elegir entre todo o nada —dice.

—¿Todo o nada? ¿Cómo sería? —pregunto yo, todavía perdida.

—A ver, te lo voy a explicar con un ejemplo fácil. Pensá en vos. Te voy a hacer una pregunta y tenés que responder tomándote tu tiempo, analizando todo lo que te venga a la mente, ¿te parece? —me desafía.

—Dale.

—¿Sos feliz? —indaga Juan.

—¿Eh? No esperaba eso. Sí, supongo que sí… —respondo yo rápidamente.

—No, pará… Te dije que te tomaras tu tiempo, si no no sirve. No quiero la respuesta veloz, quiero la real, para que entiendas mi teoría. ¿Sos feliz?

Yo dudo unos instantes antes de responder. Por mi cabeza pasan miles de imágenes, como una película en fast forward en la que los protagonistas son Nicolás, mi departamento alquilado y sin lavadero, mis amigas, el bebé que no logré tener, mi familia, mi abuela, mis miedos, mis traumas, mis plantas y mi trabajo.

—No sé si vivo en la felicidad plena. Tengo momentos —contesto.

—Me gusta tu respuesta. Ahora decime qué cosas se te cruzaron por la cabeza que no te hacen feliz. Si se te hubieran cruzado puras imágenes lindas, me habrías respondido que sí; entonces sé que hay algo que no anda.

Me sorprende su análisis, que bastante de cierto tiene, pero me genera dudas la idea de tirar titulares que impliquen que tenga que ir a lo profundo, así como así.

—Mi trabajo no me hace tan feliz. A ver, me gusta, pero también me cansa. Por favor, no se lo digas a tu tío —digo, sonriendo y él se tapa la boca con las dos manos, prometiendo implícitamente que no dirá nada—. Me pasa que no es lo que siempre soñé y me fui adaptando y aceptando que es lo que podía tener. Me hubiera gustado hacer algo más, pero ya no me lo planteo mucho. Me pasa con otras cosas también, claro —agrego, mientras pienso en Nicolás y mi matrimonio, que está para hacerlo un bollito y tirarlo al tacho, cosa que no pienso declarar.

—Ajam… ¿Y por qué no renunciás? —me propone, con una sonrisa burlona y de lado, como si supiera lo que voy a responder.

—¡Porque tengo que comer! No sé cuál habrá sido tu situación financiera en la vida, pero yo no puedo darme el lujo de no trabajar —contesto casi ofendida por su sugerencia ridícula y de burbuja.

—No, pará. No me refería a que no trabajaras, quiero decir que podrías buscar trabajar de lo que te guste. Como vos decís, “no sabés cuál es mi situación” y te cuento que “mi situación” es que siempre trabajé. Y no siempre de lo que me gustaba y me arrepiento.

—Bueno, es cierto, podría. Pero en la vorágine del día a día, de la vida que te pasa por encima, no encontrás el tiempo, las ganas, las fuerzas, qué sé yo. O la oportunidad. No lo descarto, eh. Quizá en un tiempo.

—¡Ahí estamos! —exclama él y enfatiza apoyando el dedo índice de punta sobre la mesa.

—¿Qué? ¿Dónde estamos? —pregunto desorientada.

—Tiempo. Lo que tenés es tiempo —me contesta abriendo los ojos como si estuviera revelándome el mayor de los secretos de la creación del universo.

—Sí… Creo…

—Exacto, Sofía. Creés. No sabés. Y si hoy salís de acá, te atropella un colectivo y se baja el telón, habrá dos verdades: la primera, desperdiciaste tus últimos momentos hablando con el paciente tan fachero de la habitación 305; y, la segunda, me voy a sentir muy culpable por haber sugerido en esta conversación que podías morir estampada y que finalmente sucediera —se ríe.

—Entiendo a qué apuntás —río también.

—Yo sé que me queda poco tiempo y esa certeza me hace valiente y me obliga a aprovechar. No me puedo guardar nada. Vos no sabés cuánto te queda y en ese desconocimiento, posponés. No digo que lo hagas vos, me refiero a que lo hacen todos. El que está enfermo soy yo, pero ¿cuál de nosotros está disfrutando más? —me mira con expresión de haber ganado la partida.

—Punto para vos.

—No, para vos, si te das cuenta a tiempo. Porque si mezclás la valentía, los desafíos y el tiempo que quede, sos la campeona del mundo.

—Quizá los humanos necesitamos estas cartas documento del destino —digo y me arrepiento automáticamente de haber sugerido que él podría haber necesitado enfermarse tan grave para aprender una lección. Por suerte, no se ofende y entiende el punto.

—Claro que sí. ¿Viste cuando conocés a alguien que acaba de perder a su mamá y te jurás que no vas a discutir más con tu vieja y la vas a abrazar todo lo que puedas? ¿Qué pasa una semana después? Estás discutiendo otra vez. Es así, no podemos escapar de lo que somos, hasta que nos pasa a nosotros, nos quedamos en carne viva y actuamos en consecuencia. Las circunstancias y experiencias de los demás son eso: de los demás —agrega muy seguro mientras yo asiento con la cabeza.

—Estoy de acuerdo con todo lo que decís, pero sigo sin entender qué significa "día dos" o "día tres". No encuentro todavía la relación.

—A eso iba. Como te conté, pasé por diferentes etapas desde que me enfermé. Al principio y hasta hace un tiempo, sentía que cada día que pasaba era un día menos que me quedaba por delante. Un día menos para disfrutar, para compartir con amigos, para viajar en globo aerostático, hacer parapente y el tipo de cosas que se nos ocurren cuando nos dan noticias tan extremas como la que me dieron a mí. Estaba restando, haciendo una cuenta regresiva hasta el momento de desaparecer por completo. Cuando acepté la situación y me amigué con lo que me pasa, decidí que quería vivir al revés. Me costó, eh, pero fue una decisión. Un día más no es un día menos, quiero sumar. Entonces, en lugar de ir contando hacia atrás, sumo todo lo que me hace bien. Lo que me gusta. Ayer fue mi primer día con vos y hoy es el "día dos"; por alguna razón sé que vamos a seguir viéndonos, hasta el final, y eso, por alguna otra que todavía desconozco, me gusta. Voy acumulando sensaciones placenteras porque las quiero vivir todas y cuando vos apareciste, tan desfachatada y hasta un poco torpe, sentí que mi círculo de "sumar" volvía a empezar.

—Me encanta lo que decís —respondo con una sonrisa, bajando la mirada y con la seguridad de que estoy fosforescente de vergüenza y tratando de controlar los pies que repiquetean de nervios bajo la mesa.

—El universo dice cuándo es hora de encontrarnos. Por algo estás acá y yo sumaré cada uno de los días hasta averiguar por qué apareciste. Pero estoy convencido de que algún motivo habrá —me dice, llevándose un pedacito de chocolate relleno de aire a la boca mientras me guiña un ojo.

CAPÍTULO 16
Suave (es el perfume de tu piel)

Charlamos tanto y tan profundamente que el tiempo pasa volando. Una empleada le trae la cena a Juan y caigo en la cuenta de las horas que hace que estoy en su habitación, conversando y comiendo chocolates. No conozco a la chica que entra porque no somos del mismo turno, pero ella me saluda y me mira de reojo al ver que tengo el uniforme de la clínica y que estoy instalada en el sillón de acompañante de la habitación de Juan como si fuera el living de mi casa.

Me levanto y busco el teléfono en la cartera, que quedó en silencio y veo que tengo mensajes de Nicolás. Nueve.

"¿Dónde estás?".

"¿Seguís en la clínica?".

"Avisame si venís".

"¿Comés en casa?".

"Tengo hambre".

"¿Cuánto tiempo hay que poner el arroz para que no se pegue?".

"¿A la plancha para bifes le tengo que tirar aceite o algo?".

"¿El arroz que no se pega es el de la caja amarilla?".

"¿Lo pongo con la bolsa o lo suelto dentro de la olla?".

Confirmo que no era preocupación por mí, que jamás llego tarde a casa ni desaparezco sin avisar, pero no me sorprende; era la incapacidad de apoyar un bife en una plancha y de meter una bolsita de arroz en un cacharrito con agua.

Me despido de Juan, sabiendo que la mañana siguiente se irá a su casa y que por unos días no lo veré. "No importa, los días siguen contando", me dice y me da un beso en el cachete, que se apoya más tiempo de lo normal, como si fuera dado en cámara lenta. La empleada que trajo la comida sigue haciendo tiempo para chusmear lo que está pasando, acomoda los platos muy despacio en la mesa auxiliar de la cama y está atenta a nuestra despedida. Juan huele rico; no parece que el olor a hospital se le quedara pegado en la piel, que es lo que les suele suceder a todos los pacientes. Yo huelo a perfume de Susi y no me importa. Al celular que está en mi cartera deben estar llegando más mensajes de Nicolás preguntando dónde están las compoteras de vidrio y tampoco me interesa. Salgo de la habitación después de haber compartido una tarde con Juan en la que me olvidé por un rato de mi vida y cierro la puerta casi feliz, con la panza

llena de chocolates y de aire.

Capítulo 17
La esponjita en alto como declaración de principios

Abro la puerta del departamento y Nicolás está sentado en su silla en calzoncillos y con las medias puestas, conectado… y desconectado. Entro y ni me registra, sigue gritándole a alguien que supongo que lo escucha del otro lado. "¡Dale, boludo! ¡Para la izquierda! ¡Para la izquierda!".

Apoyo la cartera en el sillón y me quedo parada esperando que gire la cabeza para saludarme.

—Llegaste… Tuve que cocinar —me larga a modo de bienvenida.

—¡Uy, pobre! Trágico, Nicolás —respondo yo, que jamás me quejo y por eso pasan estas cosas. A veces estamos tan presentes, tan disponibles, tan dispuestos, que nos volvemos invisibles, haciendo trabajos más invisibles todavía y que nadie quiere hacer.

—¿Y dónde estabas? Son más de las nueve de la noche.

—Me quedé con un paciente —digo rápidamente porque no sé mentir, pero igual me pongo nerviosa—. Tiene pocos años más que nosotros y una enfermedad terminal y, bueno, me quedé haciéndole compañía, acompañándolo —y en mi cabeza agrego "y comiendo chocolates", pero no lo digo.

—Buuuaaaa, cualquiera —responde Nicolás y se ríe.

—¿Cualquiera qué?

—Quedarte mil horas de más. Tampoco es que vos, que sos empleada, le vas a salvar la vida a nadie.

No le respondo porque se me llenan los ojos de lágrimas, y enfilo para el pasillo. Mi marido lanza al aire su frase que está llena de menosprecio como es su costumbre. Que me quedara no solamente no le genera celos, sino que además planta una bandera explícita que demuestra que nunca me admiró y entiendo que no hay mucho que admirar en mí, pero las palabras, tan gratis que parecen, muchas veces las pagamos carísimo. Él nunca vio algo de valor en mí, jamás me impulsó ni me apoyó en nada de lo que tuve ganas de hacer. ¿Es su culpa? Sí. ¿También mía? Claro. Pero siempre fue un tipo al que le di la mano y me agarró el codo, incluso peor: le di amor y me masticó el corazón. Y después lo escupió.

La cocina es un escándalo. No comprendo cómo Nicolás pudo sacar tantos cacharros cuando eran necesarios solo dos. Todo está fuera de lugar; es evidente que hoy usó cinco vasos y los fue acumulando en la mesada; hay granos de arroz por todas partes y no cerró la puerta de la

habitación para hacer los bifes, así que el olor quedará en el ambiente algunos meses. Abro la heladera buscando mi plato para calentarlo en el microondas y lo primero que llama mi atención es la jarra de agua, tan vacía como de costumbre.

—¿Dejaste la jarra vacía en la heladera por si viene alguien de visita y no quiere tomar nada, Nicolás? —le grito desde la cocina.

—Uy, sorry… —responde despreocupado.

—¿Y mi comida? —le pregunto, aunque es obvia la respuesta porque no existe ningún plato con carne y arroz en medio de este caos.

—Ah, no alcanzaba. Te dejé arroz. ¡Dale, boludoooo! ¡A la izquierdaaaa!

Quedan cuatro granos de arroz en el fondo de la cacerolita y para mi sorpresa están pegados y negros, aunque el arroz que compro se publicita como que no se pega ni se pasa; el resto está desperdigado por el piso de la cocina, los azulejos y la mesada. Me quedo mirando fijo la bacha, tratando de dilucidar si poniendo el tapón y llenándola de agua y lavandina podría meter mi cabeza, ahogarme y morir. No por deseo, pero al menos así todo este quilombo lo limpiaría él, en un hecho sin precedentes. Nicolás saldría en las tapas de los diarios sosteniendo en alto una esponjita y los periodistas titularían la nota “Lo logró: el hombre que jamás levantó un plato consiguió lavar un vaso y dos utensilios”.

Limpio en silencio, despego la porquería del fondo de la cacerola con una espátula, lavo vasos y paso un trapito sobre el vidrio de la ventana que está salpicado con un líquido de origen desconocido. No limpio la suciedad de Nicolás sino que siento que estoy limpiando la mía, intentando sacar todas las manchas, todos los residuos pegoteados que son consecuencia de las decisiones que tomé. Y de las que nunca tomé. Nada bueno podrá crecer de la basura, así que saco la mugre por mí porque tengo muy claro que si no empiezo a tirar las bolsas que estoy acumulando mentalmente, todo empezará a desprender muy mal olor.

Capítulo 18
Inexperta

Las semanas pasan y Juan y yo compartimos momentos juntos cuando está internado y conversamos todo el tiempo por WhatsApp cuando está fuera del hospital. Me gusta hablar con él; es extraño, siento que me levanta el ánimo él también a mí y no solo al revés. Uno pensaría que una persona que atraviesa una circunstancia así, como la que le toca a él, tendrá varios bajones, más allá de la buena predisposición para enfrentar lo que vive, aunque Juan lleva muy bien la situación. Lógicamente, los días de quimioterapia lo dejan un poco peor, pero son consecuencias físicas las que lo afectan, porque su sentido del humor y sus ganas quedan ahí, intactas y predispuestas a disfrutar, o al menos eso es lo que me demuestra.

Hace un rato, cuando venía para la clínica, me llegó su mensaje, como todas las mañanas. "Buen comienzo del día 23", decía el texto acompañado por un corazón blanco. Mañana vuelve a internarse, pero no podré quedarme mucho con él fuera de mi horario laboral ya que será jueves, que es el día que visito a mi abuela Margarita, aunque estoy muy ansiosa por verlo.

Para esta tarde tengo planes; voy a reunirme con una amiga de mi mamá que es dueña de una inmobiliaria y va a mostrarme algunos departamentos disponibles para alquilar. Le pedí que no comentara nada con nadie y va a guardarme el secreto. Cuando le blanqueé cuál era mi presupuesto me dijo que sería muy difícil encontrar algo para mudarme lo más pronto posible.

—Yo te quiero como a una hija, Sofi, y me parece que nada de lo que tengo por ese precio iría para vos.

—Vos mostrame igual lo que tenés que quiero saber cuáles son mis posibilidades —la convencí.

Nicolás no sabe de mi búsqueda, pero yo ya estoy atorada hasta el cuello de nuestra situación. De nuestra relación, bah. Me pasa que estoy segura de querer separarme, pero no quiero hacer flamear la bandera de la independencia sin tener un lugar al que ir. No quiero estar en esa posición incómoda de los que se separan y quedan atrapados bajo el mismo techo, conviviendo en treinta y ocho metros cuadrados, sin hablarse y con uno de los dos durmiendo en un futón destartalado, así que necesito resolver, armar un plan de acción que me deje mejor parada.

Juan sí conoce mis intenciones, cada vez más va descubriendo mis tristezas y, aunque entiendo que no quiera emitir opinión respecto de Nicolás, siento que está orgulloso de que esté tomando las riendas de mi vida. O al menos intentándolo. A veces pienso que es solamente por mí y otras,

porque tiene interés en mí.

“¡Hoy voy a ver tres departamentos!”, le escribo como respuesta a su mensaje.

“¡Esaaa! Estás imparable, Sofita!”.

“Mi abuela me dice Sofita y nunca nadie me había llamado así…”.

“¿Y yo puedo?”.

“Claro que podés. Feliz día 23”, respondo y agrego otro corazón.

Pasamos el día charlando en los huecos que me deja el trabajo en la clínica y, durante el almuerzo, jugamos a la guerra de stickers, tenemos conversaciones largas sin palabras, solo con imágenes. Carolina me ve y no necesita que le explique nada porque con el tiempo se fue dando cuenta de todo.

—¿Iraola? —me pregunta, aprovechando que el resto de las chicas están haciendo la fila para servirse una segunda porción de flan mixto. Yo asiento con la cabeza—. Te veo más feliz que nunca, Sofi. Se te nota hasta en la piel —agrega.

—¿Qué decís? ¡Nada que ver! Nos hicimos amigos, Caro. Tenemos buena onda, charlamos, nos contamos nuestras cosas…

—Y estás hace semanas pegada al celular. Sí, claro, claro… amigos —responde ella, moviendo dedos en el aire, como si pusiera comillas en la última palabra.

Me quedo pensando qué responder porque ni yo entiendo lo que me pasa con Juan, pero ella lo hace por mí.

—Estás enamorada, Sofi. Mirate al espejo, no sabés lo mucho que se te nota.

Yo no contesto, pero creo que es así. En pocas semanas, Juan se volvió imprescindible para mí. Me hace reír, lo hago reír, compartimos charlas eternas que no empiezan ni terminan porque duran el día entero mediante mensajes en los que nos contamos cosas tontas y profundas. Yo no sé qué significa enamorarse a esta edad porque mi única experiencia es Nicolás, mi novio de la adolescencia, con el que empecé a estar en nuestra época de compañeros de colegio, me casé con él y listo, el resto es historia. Entonces me siento un poco perdida, experimentando sensaciones casi adolescentes de nervios y ansiedad cada vez que Juan me escribe. Supongo que enamorarse es parecido en cualquier momento de la vida y tiene mucho de infantil; no por estar dibujando corazones con nuestras iniciales, como hacíamos Nicolás y yo en los árboles, pero sí por esa ola de sensaciones tan rejuvenecedora que te recorre cuando te ves con el otro. Juan nunca se me acercó en estos días que llevamos de conocernos aunque sí se me insinúa y me habla con doble sentido cada vez que le doy pie. Creo que también lo hace porque disfruta de ver cómo mis cachetes se ponen como dos tomates.

CAPÍTULO 19
Se equivocó la paloma

—Bueno… y esta sería la habitación —aclara Raquel, la amiga de mi mamá, que le dice “real estate” a mostrar sucuchos.

—O sea que la habitación es el mismo ambiente que la cocina, pero hay un mueble que separa la hornalla de la almohada.

—¡Te dije, Sofi! Con tu presupuesto es muy difícil. Los alquileres están carísimos porque como no hay créditos la gente no tiene más opción que alquilar, entonces hay mucha demanda y los valores se van a las nubes.

—Nubes que tampoco se ven desde acá… ¿Esa es la única ventana? —pregunto señalando un rectángulo mínimo de vidrio que parece no poder abrirse y desde el que me mira una paloma, que según parece vive ahí y quiere saber si tendrá una compañera de cuarto.

—Sí, porque esto era un depósito y lo convirtieron en loft.

—Loft. Amo a la gente con aspiraciones así de elevadas. Bueno, este está descartado, pero me dijiste que tenés dos más, ¿no?

—Sí, pero son peores. Sofía, yo no entiendo por qué no hablás con tus padres, ¡ellos seguro pueden darte una mano! —exclama Raquel.

—Es que ya no quiero depender de nadie. Te diría que es más importante para mí poder hacerlo sola que hacerlo. Tengo treinta y cinco años, ya no quiero depender de los demás. Ni de mis viejos, ni de Nicolás, ni de nadie. Ni quiero tener choclo en el zócalo, ni arroz que no se pega pegado, Raquel, ¿entendés?

—Casi todo, menos lo del choclo y lo del arroz.

Convenzo a la amiga de mi mamá para que me lleve a las otras dos propiedades que tiene para alquilar. Quedan a cien metros una de la otra y están a cinco cuadras de donde estamos, así que vamos caminando.

La primera es marrón, como si hubieran tirado un balde de caca de pájaro y con eso tiñeron piso, techo, muebles, sanitarios y apliques de luz. Es todo del mismo tono, marea porque sentís que estás dentro de un espejismo y es posible que compita por ser el monoambiente más deprimente en la historia inmobiliaria del país.

El segundo tiene potencial; si pusieras una bomba y te quedara limpio, podrías armar algo lindo ahí, pero está en un sexto piso sin ascensor. Pensé que ese tipo de edificios ya no existía

más.

—¿Dónde está el horno? —pregunto.

—Ah, no… este no tiene.

—¿Y el espacio para la heladera?

—Yo la pondría ahí, entre la cama y la pared —me responde Raquel, haciendo un esfuerzo enorme por intentar mostrarme que este lugar es habitable.

—Listo, ya entendí. Es imposible. No voy a poder alquilar nada —le digo decepcionada.

—Creo que no, Sofi. Pensá que incluso a mí no me tenés que pagar comisión, pero con lo que me dijiste que podrías destinar para el alquiler es poco probable que consigas. Yo te prometo estar atenta y si entra algo lindo que puedas pagar, te lo muestro antes que a nadie, ¿dale?

Me despido de Raquel en la puerta del departamento con estilo caja de zapatos y camino vencida y sin ninguna esperanza rumbo al que comparto con Nicolás. Preferiría vivir con la paloma chusma o tener un bidet arriba de la cama antes que tener que volver, pero hoy por hoy no tengo opción.

Lo bueno es caro y lo malo es barato, pero dura poco tiempo. Lo eterno ya comprendí que no existe, pero lo que cuidamos dura más. Si lo hubiésemos cuidado, habría durado más. Si lo hubiésemos cuidado, al menos estaríamos mejor. Aplica para todo siempre y sin excepciones.

Capítulo 20
Las celebraciones son con bonete

Hoy estoy muy ansiosa por ir a lo de mi abuela porque está de visita mi prima Clara, que vive en Barcelona con su novio Diego, y hace muchísimo tiempo que no la veo. Es mi prima preferida, con la que hacía pijamadas en la casa de mis abuelos cuando éramos chicas, festejábamos nuestros cumpleaños ahí y llenábamos el living de adolescentes que se tomaban el alcohol caro de mi abuelo para después rellenar las botellas con agua, creyendo que él nunca se daría cuenta, cosa que por supuesto no era así, pero hacía la vista gorda porque le encantaba que celebráramos en su casa.

Clara y yo somos primas segundas. Mi abuela y su abuela eran hermanas y vivieron con sus respectivos maridos en el mismo edificio, a dos pisos de distancia casi toda la vida, así que las nietas de ambas partes crecimos juntas. La abuela de Clara falleció hace algunos años, pero ella quiere tanto a Margarita que cada vez que está de visita en Argentina viene a verla.

Tuve una linda infancia en casa de mi abuela: juegos en el jardín; experimentos con mi abuelo; noches en las que Clara y yo nos agarrábamos de la mano y ella me contaba historias hasta que nos quedábamos dormidas —era muy buena haciéndolo y hoy es escritora—; carreras en zancos; investigación de bichos, y clases grupales de truco, dictadas por mi abuelo, que se dejaba ganar. Recuerdo todavía una latita azul en la que se guardaban los porotos que luego servirían para ser canjeados por pesos en efectivo: si mi abuelo ganaba alguna vez, jamás cobraba ni canjeaba sus porotos, pero para darnos a nosotros tenía siempre. La costumbre de darnos dinero incluía algún billete bajo el plato los días veintinueve de cada mes cuando disfrutábamos de los insuperables ñoquis caseros de mi abuela o al revisar algún bolsillo al salir de su casa, ya que ella y mi abuelo te dejaban un rollito hecho con algunos pesos por las dudas. Todavía sucede hoy, cada jueves cuando salgo de lo de Margarita encuentro plata en el bolsillo de mi cartera. Ya no peleo con ella para devolvérsela porque sé que dejar eso ahí la hace feliz.

Antes de salir de la clínica para ir hacia lo de mi abuela, debo solucionar varios asuntos de algunos pacientes y visitar a un señor de ochenta y seis años que está internado por una fractura de cadera y que ayer, cuando fui a verlo, me dijo que estaba contento de poder pasar su cumpleaños acá. “Por lo menos no voy a estar solo, nena”, comentó al tiempo que me contaba que sus hijos y nietos viven en Uruguay. Conversamos un rato y me dio la sensación de que sus ojos se llenaban con la humedad de la soledad, así que preparo mi bolsa para situaciones

especiales y subo a saludar a Juan antes de ir a ver al cumpleañero.

—Permiiiiso… —digo después de llamar a la puerta y de abrir cuando escucho que una voz me autoriza a entrar.

—¡Sofi! ¡Hola! Llegué hace un rato —me responde Juan, bajo la mirada reprobatoria de Norma, a quien no esperaba encontrar ahí.

—Hola, Juan; hola, señora Norma —saludo con una sonrisa incómoda.

—¿No funciona más el cartel de la puerta? —pregunta Norma mirando a Juan, como si yo estuviera dibujada, pero él la ignora.

—Venía a ponerme a disposición una vez más, por cualquier cosa que pudieras necesitar —me apuro a decir y le guiño el ojo a Juan de manera compinche ya que su mamá me da la espalda.

—Muy amable, señorita —me sigue el juego él y pregunta—: ¿Qué llevás ahí? —señalando la bolsa.

—Es un kit de emergencia, digamos. Tengo bonetes, globos, guirnaldas… antes tenía papel picado, pero me retaron y no lo uso más. Lo fui armando con el tiempo porque cada vez se volvió más necesario, hay mucha gente que pasa su cumpleaños internada y trato de alegrarlos un poco —respondo en tono de carmelita descalza, intentando caerle bien a Norma, objetivo que por supuesto no consigo.

—¿Y fuiste a celebrar el cumple de alguien? —interroga Juan.

—No, voy a ir ahora.

—Genial. Te acompaño.

—¡¿Qué?! —exclama Norma girando para mirarme con odio, y yo la miro mientras me agarro la cara intentando esconderme detrás del pelo.

—No pasa nada, ¿por qué no podría ir? ¿Qué enfermedad tiene el paciente? —me consulta Juan.

—Enfermedad… ninguna. Está quebrado —contesto.

—¡Espectacular! Bueno, no me refiero a que sea espectacular que se hubiera quebrado, pero sí que no esté internado por nada que nos pudiera perjudicar a alguno de los dos. No es peligroso ni para él ni para mí, así que acabo de decidir que nos vamos a celebrar el cumpleaños. Espero que haya sanguchitos.

—Hijo, es una locura. No vas a ir haciendo esa pavada por los pasillos de la clínica del tío. Además, andando por la clínica te ponés en riesgo, ¿qué sentido tiene? —dice Norma, intentando convencerlo, aunque a esta altura si yo sé que Juan es un testarudo supongo que su mamá lo debe tener mucho más claro.

—En riesgo me pongo si me quedo encerrado, mamá. De verdad, no pasa nada. En este momento me siento bien y quiero ver la cara de alegría de un nene que celebra su cumpleaños —responde él.

—Perdón que interrumpa, pero el nene tiene ochenta y seis años —digo, conteniendo la risa.

Juan se asombra, pero le encanta la idea, así que se levanta de la cama en la que apenas estaba recostado, se pone sus zapatillas y me estira la mano pidiendo algo.

—Deme el mejor bonete que tenga, señorita —dice, mientras Norma lo mira y creo que también sonríe un poco.

Salimos de la 305 con los gorros de cumpleaños puestos y a esta altura ya no me importa mucho a quién pueda cruzarme en el pasillo; la compañía de Juan hace mis días mejores y consigue que lo cotidiano se transforme en extraordinario. La habitación del paciente al que vamos a ver no queda lejos, así que tenemos que recorrer una distancia muy corta hasta llegar a destino. Pasamos el box de enfermeras, que nos ven atravesar el tercer piso y se codean entre ellas de la forma menos disimulada del mundo. Alguna lanza un “me encanta esta pareja” por lo bajo, pero que se escucha clarísimo; yo ignoro el comentario y Juan me mira a los ojos, se saca por un momento de la boca el globo que está inflando y me dice “a mí también”.

Capítulo 21
De pendientes, espadas y Hakuna Matata

Los días siguen corriendo y yo tengo una sensación muy contradictoria: por un lado, cuando veo a Juan siento una felicidad que baja hasta las uñas de mis pies; por otro, cada vez lo noto peor. Se interna más seguido que antes, sus recuperaciones después de la quimioterapia son más y más lentas, le cuesta comer, se cansa de solo atarse los cordones o sacarse el abrigo, bajó de peso y se queda muchas veces dormido cuando le hablo. Lo veo esforzarse y simular constantemente, pero me doy cuenta de que su cuadro va empeorando sin pausa y más rápido de lo que yo esperaba.

No hablamos de su enfermedad; no es que sea un tema tabú, pero respeto que a él no le guste que todo gire alrededor de eso. Conversamos horas y horas e intento quedarme cada vez que puedo cuando termina mi horario de trabajo. Nicolás, de todas formas, ni registra mis llegadas tarde, ya no hace demasiadas preguntas y las cosas en casa van de mal en peor.

—¿Qué te gusta? Decime algo que te guste mucho —pregunta Juan, mientras le hago unos masajes improvisados en las manos.

—¿Cualquier cosa? ¿O hay una temática?

—Cualquier cosa. Lo primero que te venga a la mente —responde.

—Las margaritas.

—¿Son margaritas las flores que le llevás a tu abuela?

—Sí, siempre. Son sus preferidas y las mías también.

—Qué linda esa ceremonia —me responde y yo asiento.

—¿Y a vos? Decime algo que te guste —interrogo.

—Me gusta el cine… también la música. Cuando era chico me compraba los discos de las bandas sonoras de las películas, esos que nadie compraba.

—¿Y cuál es tu peli favorita? —pregunto.

—Arriesgá. A ver si al menos le pegás al género… —contesta Juan.

—Mmmm… qué difícil… Mi respuesta es *El Padrino*; tenés ese ringtone en tu teléfono, así que me la dejaste servida.

—Error. Mi película preferida es *El rey león*. —Y se asoma una media sonrisa en la comisura de sus labios, sabiendo que me voy a reír.

—¿*El rey león*? Tenés treinta y nueve años, imposible —contesto yo, riendo.

—Sí, mi preferida es *El Padrino*, pero ojo que la historia del leoncito que lucha contra todos

los males no está nada mal.

Nos reímos juntos y pasamos un largo rato hablando de cine y de música. Juan me cuenta que hace algunos años viajó con Norma a Nueva York, la ciudad de los musicales. Recorrieron Broadway, en Manhattan, y asistieron a espectáculos nuevos y clásicos. Ambos morían por ir y cumplieron juntos ese sueño.

—Cada dos o tres años organizábamos un viaje con mi vieja, siempre a destinos diferentes. Ese fue el que más me gustó, porque estuvimos meses buscando entradas, organizando la previa juntos. Este año pensábamos viajar a Egipto, a conocer las pirámides… —dice Juan y su expresión pasa de la alegría a la tristeza.

—Qué bueno que pudieron hacer tantos planes. Yo nunca hice un viaje así con mi mamá y me habría gustado —respondo, intentando mostrarle el vaso medio lleno.

—Todavía podés, Sofi. No importa el destino, lo más valioso que tenés es el tiempo. De cualquier forma es cierto: me quedarán pendientes las pirámides, pero compartí mucho tiempo con ella. Es un check en mi lista para no dejarlo pendiente.

—¿Tenés verdaderamente una lista o es una forma de decir? —pregunto.

—Claro que sí. ¡Soy un moribundo con todas las letras! —se ríe y yo le devuelvo la sonrisa aunque sienta una estaca clavada en el pecho.

—Contame. Quiero saber qué planes tiene este moribundo.

—¿Conocés la historia de la espada de Damocles? —me consulta Juan y yo niego con la cabeza, así que me explica—: Cuenta la leyenda que Damocles, integrante de la corte de Dionisio el Viejo, tirano de Siracusa, se mostró envidioso por la vida lujosa y poderosa que llevaba el monarca. Dionisio, queriendo enseñarle una lección, invitó a Damocles a cambiar lugares y experimentar la vida de un rey por un día. Al sentarse en el trono, Damocles notó que sobre su cabeza pendía una espada afilada, suspendida tan solo por un hilo de crin de caballo. La espada obviamente representaba la amenaza sobre él y el concepto de la “espada de Damocles” se usa para ilustrar una situación en la que hay una amenaza latente y constante, o sea, un peligro inminente. Describe muy bien el sentimiento de vivir en riesgo. En todo lo que hago, la sombra de la muerte está presente y esa es la espada sobre mi cabeza, que me recuerda la urgencia de aprovechar cada instante y lo valioso de cada momento.

Juan hace una pausa y se levanta con esfuerzo para trasladarse a una de las sillas junto a la ventana. Los rayos de sol se filtran por la cortina y lo iluminan, como si estuviera en un escenario. Me levanto y me acerco a la otra silla para quedar frente a él. Juan me agarra la mano y la mira con expresión tierna. Suspira y sé que quiere hablar, pero se queda en silencio.

—¿Hay algo que yo pueda hacer por vos, Juan?

—¿Más? Vos no te das cuenta de todo lo que estás haciendo por mí.

Aprieto su mano sin hablar y decido esperar a que él quiera agregar algo, si es que lo necesita.

—Tengo una lista de cosas que quiero hacer. Son todas cosas chiquititas, pero para mí son

enormes.

Juan saca un papel doblado del bolsillo del pantalón y lo apoya sobre la mesa, sin desplegarlo.

—Siempre la llevo conmigo, no sé para qué, si ya me la sé de memoria —confiesa y agrega—: Quiero ir al cine, pero ya sé que no podré: me mareo mucho, lo intenté y me revuelve el estómago; quiero sentarme frente al río en un lugar al que iba con mis amigos cuando éramos chicos y empezábamos a hacer nuestras primeras salidas y a sobrevivir a nuestras primeras borracheras en un bar que ya no existe en una especie de playita en San Isidro; quiero escribir algunas cartas, no de despedida, sino de agradecimiento para ciertas personas que marcaron mi vida; me gustaría comer mi comida favorita y atiborrarme de chocolates para el postre; caminar bajo la lluvia; pasar un día entero con mis viejos…

En la lista solo hay cosas simples y conmovedoras, las cosas que representan lo realmente importante de su vida. Momentos de amor, conexión y gratitud que quiere experimentar antes de que su tiempo se agote. Yo asiento con comprensión y con un nudo en la garganta y en el alma, entendiendo la importancia de esos momentos tan sencillos como especiales. Me recuesto en la silla, pienso unos segundos para finalmente tomar la decisión de meterme de lleno en esta historia, con el pedacito ínfimo de corazón que intentaba mantenerse reticente a involucrarse, quizá como un mecanismo de defensa.

—Juan, no hay ningún paracaídas en el plan, porque ahí sí que no te seguía, pero te doy mi palabra de que las vamos a cumplir todas. Punto por punto.

Y él me devuelve la sonrisa más hermosa que le veo desde que lo conocí y me besa la mano, como si en la historia del rey y la espada hubiera también lugar para una princesa bastante destartalada y vestida con un precioso traje color verde musgo.

Capítulo 22
Hakuna Matata

Tengo todo preparado para la celebración del día cincuenta. Esta noche no voy a dormir en casa y mi prima Clara es mi coartada; le avisé a Nicolás que me quedaría en la de ella, aprovechando su visita a Argentina, y su respuesta fue "espectacular, así les digo a los pibes que soy sede hoy". Encontraré mi casa arrasada por un huracán mañana y no me interesa en lo más mínimo porque mi plan me entusiasma tanto que no pienso permitir que nada lo empañe.

Termina mi jornada laboral —bastante intensa, por cierto, incluyó un escándalo a los gritos en la puerta de la habitación de una reciente mamá cuya familia está enfrentada con la del recién estrenado papá— y dejo todo preparado para esta noche, ya que volveré a la clínica en unas horas, después de pasar por lo de mi abuela Margarita a retirar algunas cosas que está preparando especialmente para mí. Escondo en el armario de la oficina la caja que contiene la pieza clave para la velada, por si llegara a entrar alguien de limpieza y pudiera golpearla sin querer, y salgo rumbo al supermercado a hacer compras.

Elijo chocolates —rellenos de aire y de los otros— y también unas golosinas que sé que son las preferidas de Juan, camino dos cuadras más hasta el negocio que vende los pochoclos acaramelados más ricos del mundo, compro bebidas y me meto en un taxi rumbo a lo de mi abuela, ya que Estela acaba de escribirme un mensaje para avisarme que el plan que estaba en marcha fue un éxito.

Margarita preparó su plato especial: estuvo toda la tarde amasando ñoquis; una excepción porque le llevan tanto tiempo que ya no los hace. "Sin explicaciones, Sofita; si vos me estás diciendo que hay una razón para que haga los ñoquis, no se diga más", respondió cuando algunos días atrás la llamé para pedirle el favor.

Estela estuvo dos tardes buscando la conservadora en la baulera mientras Margarita dormía la siesta y finalmente la encontró y la limpió a fondo. "Estas no las hacen más… ahora son todas una porquería de plástico que no mantienen la temperatura", diría mi abuela al enterarse de que había aparecido. Es un armatoste gigante y pesado, pero cumple su cometido, que es uno bastante difícil. ¿A quién se le podría cruzar por la cabeza ir trasladando por la ciudad ñoquis recién salidos del agua caliente en un taxi? Juan me dijo, cuando hablamos de su lista de asuntos pendientes, que lo que más deseaba comer eran ñoquis de calabaza con salsa rosa, sus preferidos. Nada de cosas difíciles y todo muy a tono con la sencillez de sus cuestiones y deseos por

cumplir. Margarita es especialista en ese plato y, aunque solía hacerlos de papa, no puso ninguna objeción ni hizo preguntas a la hora de tener que variar la receta.

Llego a lo de mi abuela y tanto ella como Estela me esperan en la puerta y aguardan a que baje del taxi, que queda estacionado en doble fila. Margarita me abraza y me mira con complicidad, como si supiera todo sin tener que decirle nada, y Estela me entrega la conservadora. "Hay pancitos caseros también, porque tu abuela dijo que sería una falta de respeto a la salsa que no hubiera pan que humedecer en ella". Les doy un beso rápido, les agradezco a las dos y regreso al coche, en el que acomodo el enorme chirimbolo a mi lado en el asiento y arrancamos. Estela me saluda con la mano y Margarita, con el rostro iluminado, me tira un beso cuando me ve partir.

De regreso en la clínica, bajo del taxi e ingreso por la puerta lateral. Ahí me espera Carolina, que conoce el plan y esta noche está de guardia. Le entrego la conservadora, que ella se ocupará de subir hasta las chicas del tercer piso, que también están complotadas conmigo para no servir la comida del menú y reemplazarla por la que yo llevo. Todas están rompiendo una regla para ayudarme, pero ninguna puso objeción; más bien al contrario, les pareció emocionante participar del plan. Carolina, conservadora en mano, levanta el pulgar en señal de éxito y se va, mientras yo cargo las bolsas con las compras y me dirijo hacia mi oficina, para buscar la caja. Una vez que tengo todo conmigo, solo queda ir a sorprender a Juan.

—Loca estás. ¡Loca! —grita Juan con ojos llenos de felicidad después de verme entrar a esa hora a su habitación cargada de bolsas y sacar el proyector de la caja.

—Te dije que íbamos a cumplir todo… y si no podés ir al cine, el cine viene a vos —contesto, acomodando el aparato para poder enchufarlo en un lugar que nos permita usar la pared completa como pantalla.

La noche arranca de manera perfecta: los ñoquis de mi abuela son un éxito rotundo, llegaron todavía calentitos, y el pan está exquisito —punto para Margarita que tenía razón y terminamos pasándolo por la salsa hasta que no queda una gota—, atacamos los chocolates y Juan reboza de alegría y lanza la carcajada más fuerte que le oí al enterarse de que conseguí *El rey león*. Está tan sonriente que parece recuperado, con una felicidad tan palpable que se puede percibir en el aire.

Preparo los pochoclos no sin antes enviarle un mensaje a Clara para confirmar que me cubre las espaldas y me responde, graciosa, que no hay moros en la costa. Acomodo el silloncito junto a la cama de Juan y él me mira sorprendido.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—¿No vas a venir conmigo? ¿Vas a estar ahí sentada en el sillón ese? Después vas a necesitar treinta sesiones de kinesiología, Sofita. Vení acá, entramos los dos —me dice dando palmaditas sobre el colchón, mientras yo me pongo toda colorada de los nervios.

—Bueno… —digo, tímida y tensa.

Me acomodo a su lado, le doy su bolsa de pochoclos y él pasa su brazo por detrás de mi cuerpo. Y así me quedo, aunque estoy un poco incómoda, reposando sobre su pecho, sin prestar

atención a la película, que de todas maneras conozco de memoria, pero sí a su corazón que, contra todo pronóstico, siento latir con toda la fuerza.

Capítulo 23
La bola de cristal

Andrea, mi psicóloga, siempre me dice que no me animo a nada. “Una Penélope sos, Sofía, pero de la vida. Te quedás sentada esperando y no actuás, no te movés”, me ha lanzado tantas veces y con relación a temas diversos.

Su sala de espera tiene un sillón tapizado en turquesa, con chinches doradas que se te clavan por todas partes, es la antesala perfecta porque empieza a generarte incomodidad antes de arrancar la sesión. Yo no sé qué hace Andrea en el consultorio mientras uno espera, pero cada vez que vengo me deja quince minutos afuera y, cuando me hace pasar, no sale ningún paciente. A veces creo que lo de las chinches realmente forma parte de la sesión y ella te obliga a sentarte ahí como una terapia de choque, para que identifiques lo que te va pinchando en la vida y entres a conversar con ella con la lista bien presente y clara.

Cumplido el cuarto de hora, la puerta se abre y Andrea aparece con su look de tarotista: la mirada aguda, esa expresión desafiante de quien puede analizarte con solo mirarte de arriba abajo, sus anteojos con marco grueso, los rulos desordenados y su bijouterie dorada. Ella no suele decir mucho, más bien escucha, hace gestos y ruiditos desaprobatorios y con sus “ajammm” y “ujummm” te indica si le parecen buenas las decisiones que estás tomando o si las considera una pelotudez.

—Ufff, qué sesión vamos a tener hoy. Pasá, Sofía —me dice luego de haberme observado apenas un segundo y dándome la espalda sin que yo haya siquiera abierto la boca.

Me levanto y entro al consultorio, que sí tiene un sillón cómodo en el que nunca sé si acostarme como hacen en las películas o si quedarme sentada en una esquina, intentando pasar desapercibida, casi escondida.

—Vayamos al grano y contame qué te trae por acá, porque convengamos que sos una máquina de posponer sesiones, así que cuando vi que no cancelaste la de hoy supe que seguro había algo importante para conversar.

—Estoy enamorada —digo, porque se me sale solo y, aunque no incluya la cuestión completa, mi cerebro decide arrancar por ahí, que es algo que hasta yo misma venía negando.

Andrea me escucha con atención y arquea una ceja, pero no emite sonido.

—No de Nicolás —agrego.

—¡Pero claro que no de Nicolás, Sofía! —se ríe Andrea con la boca tan abierta que llego a ver

los arreglos de sus muelas del fondo, que son plateados y no le combinan con la cantidad de dorado que carga en el cuello y en las orejas—. ¡De Nicolás estuviste enamorada a los quince! Y ni siquiera, te diría, porque ya sabemos que a esa edad las hormonas nos emparejan con cualquier papanatas. No es el tema de hoy, volvamos al punto. ¿Quién, cómo, cuándo y dónde?

—Se llama Juan Martín y es un paciente de la clínica…

—Me encanta. Por fin, Sofía. Siempre supe que tarde o temprano te enfrentarías a este desafío: enamorarte —dice con una risita burlona—. ¿Sabés? En mis años de experiencia como psicóloga, he llegado a la conclusión de que el amor es como el juego de la ruleta rusa: nunca sabés en qué momento va a salir la bala, pero en algún momento seguro saldrá. Y por fin salió para vos. En sentido figurado, claro —me dice Andrea, con una emoción que se corresponde casi con la de una tía.

—Se está por morir —suelto yo, un poco para no adornar la realidad y otro porque no me quiero perder su cara cuando confirme que yo sigo siendo como esos casos criminales sin resolver que mira Nicolás en la tele.

—¡Ay, Sofía! —exclama y baja la cabeza, se la sostiene con las manos y se tapa la cara, para que no se le vea la decepción.

—No sé qué hacer con esto… no sé para dónde disparar…

Andrea saca las manos de su cara abruptamente y todas sus pulseras chocan entre sí, me mira fijo, casi enojada.

—Para el único lugar posible, para el de vivirlo. Sabés que no soy fanática de los consejos, pero si no corrés el riesgo, te perdés la oportunidad de vivir algo hermoso —me responde y la veo acariciar una alianza que lleva en su dedo y aguantar una lágrima.

—Es que me da miedo…

—Si dejás de buscar, la que se pierda podés ser vos, Sofía. Hay cosas que no duelen para que sufras; hay cosas que duelen para que cambies y el tiempo está lleno de imprevistos que se te presentan en el camino, pero, cuando miramos hacia atrás y vemos cuánto recorrimos, entendemos que fueron necesarias todas esas partes rotas y algunas cascaritas que van sanando para llegar hasta acá —agrega mientras sigue acariciando su anillo y siento que se lo dice a ella misma más que a mí.

Me quedo pensativa por un momento, procesando sus palabras.

—Supongo que es hora de ser valiente, ¿no? —pregunto, sin esperar respuesta, pero determinada y segura.

—Hace rato, Sofía. Y hoy ni te imaginás la cantidad de historias que surgirán de tu valentía —me responde con determinación, como si una vez más ella viera el futuro que yo todavía no puedo ver, como si tuviera una bola mágica que le mostrara aventuras que tengo que vivir y que no imagino. Andrea siempre me observa, sarcástica y desafiante, como si ella lo supiera todo.

Conversamos un rato más hasta que termina la sesión y por primera vez no percibo el

momento en el que ella —que está sorprendentemente verborrágica— mira el reloj que está sobre su escritorio y que en cada encuentro chequea sin parar y sin disimulo. Le echo un vistazo al aparato y me doy cuenta de que faltan más de veinte minutos para que acabe nuestro tiempo.

—A veces solo hay que decir lo que hay que decir —señala cuando me ve confundida mirando la hora y se levanta, invitándome a hacer lo mismo y a salir de su consultorio.

—Gracias, Andrea. Nos vemos la próxima —me despido.

—Sí, sí. Avisame. Suerte, Sofía. Disfrutá. Que mientras haya tiempo nunca es tarde —y me abraza de manera incómoda, sin que yo lo espere y me deja marcado el cuello con sus aros gigantes, ásperos y dorados.

Capítulo 24
Visitas inesperadas

La película termina y seguimos recostados en la cama de Juan. Creo que disfrutó mucho del plan porque no paró de cantar cada una de las canciones, de sonreír y tiene una sobredosis de pochoclos, música y alegría que me reconforta. Es como si por dos horas nos hubiésemos metido en un paréntesis de todo lo que nos rodea, de lo que le pasa a él, de lo que me pasa a mí y de lo que nos pasa juntos.

—¿Ya te vas? ¿O podés quedarte un ratito más? —me pregunta.

—Sorpresa… me voy a quedar con vos hoy si querés.

—¿De verdad me decís? Pero… ¿no te trae problemas eso? —pregunta en principio feliz, pero cambiando la cara abruptamente en clara referencia a Nicolás, al que no nombra.

—Vos tranquilo. Si vos querés, yo me quedo con vos.

—Imposible negarme a esa oferta.

Juan se gira haciéndome más lugar en la cama y quedamos frente a frente, cerca, demasiado cerca. Me mira sin hablar y su sonrisa se dibuja como la de un nene que tiene delante un deseo cumplido.

—Ey, Sofita… —me devuelve a la realidad, sacándome de las fantasías que mi cabeza estaba inventando.

—¿Qué? —le respondo mirándolo a los ojos.

—Juntos somos imparables.

Le sonrío y me quedo callada mientras nos seguimos contemplando, tan cerca que su respiración se siente en mi nariz. Él juega con mi pelo, despacio, pasando cada dedo lentamente por entre los mechones. Juan se estaba convirtiendo en el lugar al que siempre volvía y en el que nunca me quedaba. Hasta hoy.

Se acerca a mí y me recorre un escalofrío porque sé que va a besarme. El ambiente no es lo que se vería en ninguna película de amor: se escuchan toses, pasos y alarmas de llamado a enfermeros y se siente la frialdad de un espacio demasiado blanco, demasiado impersonal, demasiado ajeno. Cuando estoy pensando en todo eso, en lo ridículo de la situación, Juan toma mi cara con las manos y me besa con unos labios tiernos y suaves, lo hace con dulzura y no con el hambre voraz de los amantes que se encuentran en la antesala de las noches salvajes. Me besa con amor. Yo le correspondo cerrando los ojos y alejándome de todo, sin juzgarme ni proyectar.

Lo hago regalándole mis labios de la manera más sincera que lo hice jamás.

—Hay besos que no se dan cuando creés que tenés toda la vida por delante. Yo no me lo podía perder, tenía que hacerlo —me dice al separarse apenas de mi boca.

—Qué bueno que lo hiciste —respondo, sin saber si abrazarlo o soltarlo para siempre, sintiendo que si lo suelto la que se caerá seré yo. Y nos quedamos callados, porque las palabras más lindas pueden decirse en silencio y estos también cuentan historias.

—Tengo miedo —digo, sin pensar.

—¿De qué? —me contesta extrañado, como si toda la escena alrededor no alcanzara como respuesta.

—De perderte.

—No podés perderme, Sofi.

—¿Porque ya no te voy a tener?

—Justamente porque ya me tenés.

Después de un rato de acariciar su pelo —el poquito que queda—, de pasar mis dedos por sus cejas, sus mejillas y su cuello noto que el sueño comienza a vencerlo. Vuelve a dirigir su mirada hacia mí y me dice:

—Me regalaste una historia de amor que no estaba en mi lista. Me diste lo mejor que podías darme, una última sorpresa. No es tarde para nosotros, ¿sabés?... —Y se entrega al agotamiento, cerrando los ojos mientras yo sigo tocándolo con suavidad.

Me quedo más de una hora en la misma posición, mirándolo descansar. Lo observo, lo acaricio y lloro un poco. Pienso en lo tonta que es la idea de no arriesgarse, de no entregarse solo por miedo al futuro. Intento cerrar los ojos para dormir y vuelvo a abrirlos, decenas de veces. De repente, el sonido de la puerta me saca de mi mundo y dirijo mi vista hacia ella, pero, una vez abierta, entra la luz del pasillo y me cuesta ver con claridad; distingo una silueta y supongo que es una enfermera, aunque es raro que se acerquen durante la noche sin que se las llame. Poco a poco, cuando mis ojos se acostumbran, consigo divisar a Norma, parada en el umbral, inmóvil, dura como una piedra, contemplando la escena: su hijo en la cama con la empleada de la clínica y todavía algún pochoclo por el piso de cuando cantamos “Hakuna Matata” y los tiramos hacia arriba. Siento el corazón latiendo fuera del pecho y estoy a punto de levantarme —o de tirarme al piso simulando un infarto— cuando ella baja la vista y cierra la puerta sin hacer ruido.

Podría jurar que el reflejo en su cara me hizo pensar que sonreía.

Capítulo 25
Es sexy besarse bajo la lluvia (aunque sea de arena)

Hace más de quince días que Juan no aparece por la clínica. Está en su casa porque, según dicen los médicos, no tiene mucho sentido seguir exponiéndose a tratamientos dolorosos, internaciones inútiles y medicamentos fuertes. Por un lado, me gusta que esté disfrutando en su jardín, al aire libre —ya me mandó varias fotos sentado en el pasto con sus tres perros— y, por otro, me entristece pensar que si los médicos no están haciendo nada con su enfermedad es porque nada queda por hacer. Es extraño, yo lo noto mucho mejor, no solo de ánimo, hasta el color de su piel cambió. Claro que no estar padeciendo la quimioterapia debe ayudar para que no se sienta constantemente mal.

Hoy es un buen día; me escribió varios mensajes, me llenó de fotos divertidas y me envió varios audios largos, cosa que él dice odiar. Está emocionado y también yo, porque a la tardecita iremos a cumplir uno de los últimos deseos de su lista. Es sábado, mi marido no me registra y a esta altura ya no pinta mucho por casa, está más en lo del Negro y lo del Burger que en nuestro departamento.

Conseguí que el mecánico me devolviera el auto el miércoles, así que el jueves pude llevar a mi abuela a dar una vueltita por la ciudad, algo que le encanta. Su idea no es bajarse del coche, simplemente quiere ver por la ventana la calle Corrientes, el Obelisco, la costanera y admirar Puerto Madero, así que lo hacemos siempre que podemos. Esta tarde le toca a Juan; nos vamos rumbo al río, a la playita a la que él iba con sus amigos. Llevo una canasta con cosas ricas y un vino porque ahora que ya no hace quimioterapia decidió que quiere tomar una copa.

—¿Qué me va a hacer? ¿Me va a matar? ¿Cuándo? ¿Quince minutos antes? —me dijo ayer en un audio y yo empecé a grabar una respuesta para decirle que mejor no, que para qué y enseguida cancelé el mensaje al darme cuenta de que tiene razón y de que me estaba convirtiendo un poco en Norma, tratándolo como si fuera un nene que no puede decidir.

—Lo que ya no está prohibido está permitido, así que me ocupo del vino —le dije, entre risas, en el audio que al final le envié.

Paso a buscar a Juan a las siete de la tarde y está precioso; me espera parado en la esquina en la que pactamos encontrarnos. Le hago señas desde el auto para que me vea y se acerca, se asoma por la ventana y me da un beso. Rodea el coche y entra, me mira y lanza un “¡guau!”.

—¿Qué pasa? —le pregunto sin entender.

—Tenés ropa de persona también. Yo siempre te vi vestida de planta hasta ahora —dice, matándose de risa y en referencia a mi trajecito verde musgo. Le pego despacito en el brazo, retándolo, aunque me hace reír.

Yo vine vestida de mí: unos jeans, una musculosa blanca y zapatillas, nada extravagante ni muy preparado. No voy a negar que me probé todo lo que tengo en el placard para volver a la sencilla opción inicial, pero tampoco lo voy a admitir. Igual no falla la regla: lo primero que te probás es lo que tenés decidido ponerte y por muchos cambios que intentes, volverás a esa primera elección.

Manejo rumbo a San Isidro y el viaje es un placer. No hay tránsito, la tarde está preciosa y Juan musicaliza astutamente cada tramo del camino. Elige canciones en las que pueda dedicarme frases y canta a los gritos. Lo veo tan bien que me desconcierta. “La calma que antecede al huracán, Sofi”, me dijo Carolina cuando le planteé esto mismo hace unos días y me explicó que es algo que pasa muchas veces, incluso con los pacientes viejitos, parece que mejoran, pero no. Me explicó que son los cuidados paliativos que provocan reducción del dolor y del sufrimiento, sumados a la sensación de paz de cuando no tenés asuntos pendientes. Esto último es una percepción de ella, pero es probable que tenga razón.

Llegamos a la playita y Juan no puede creer que el árbol en cuyas raíces se sentaba siga ahí, así que buscamos un hueco más o menos cómodo y nos ubicamos frente al río. Saco una lona, las copas, el vino y algunos bocaditos salados que traje para picar.

—Qué espectacular —dice, mirando emocionado hacia el agua.

—La verdad que sí, es lindo este lugar —le contesto, pensando que no tiene nada de diferente a cualquier otro lugar con agua cerca, pero noto que es muy especial para él.

—¿Sabés lo que pasa? —empieza a decir como si percibiera mi sensación y leyera mis pensamientos—. Cuando estás en mi situación, el disfrute no tiene que ver con el lujo o con el dinero ni con lo extravagante. Para mí, estar sentado acá con vos, saber que vamos a charlar un rato mirando el cielo, que vamos a abrir un vino… no sé, es casi esperanzador.

—¿Esperanzador?

—Sí, aunque quizá no para mí, para vos. El sano no se cuestiona su vida, pero cuando ve de cerca que los deseos de los que no lo estamos son estos, es posible que eso provoque cambios. Bah, ojalá. Para mí esto es hermoso —dice entusiasmado y vuelve a girar su cara hacia el río, con una sonrisa de felicidad que le va de punta a punta de la cara.

—A mí me encanta estar acá con vos. Me gustó bajar del auto y venir caminando de la mano, algo tan chiquito y simple que todos hacen automatizados y que nosotros jamás tuvimos.

—¿Viste? Ya estamos de acuerdo —me responde y me da un beso en la cabeza.

Abrimos el vino, brindamos. Pedimos deseos, nos reímos y lloramos. También lloramos de risa y bailamos sin música con las copas en la mano. Yo, que nunca fui prioridad, que rogué por serlo alguna vez, me siento agradecida de estar viviendo este instante porque siento que Juan

pone toda su atención en mí y me está regalando lo más valioso que tiene: tiempo. A pesar del dolor enorme que me provoca saber que me estoy despidiendo, le transmito que me hizo feliz, que me hace feliz. Mi corazón se empeña en recordar lo que mi cabeza está queriendo olvidar y es que estos momentos son los pocos que me llevaré. Aparentemente, esto es todo lo que seremos: dos humanos que se encontraron en el camino, que ayudaron a sanar al otro, aunque eso no alcanzara de manera literal en uno de nosotros.

Eso seremos, un poco de nada en este mundo tan enorme. Lo bueno es que lo que sea que hayamos sido dura para siempre.

Lo abrazo fuerte y hundo la cabeza en su pecho para que no note mis lágrimas; él canta, contento. Las nubes ocultan el sol y el viento comienza a soplar más fuerte; tanto que levanta la arena y la tierra de esta playita de río. Yo me tapo la cara porque el polvo vuela por todos lados y Juan decide besarme mientras me cubre con los brazos. Nunca imaginé que sería tan sexy besarse en una lluvia de arena, pero me equivoqué.

Nos quedamos un largo rato besándonos, lagrimeando, llorando con sonrisas dibujadas, abrazados. Miramos el río, nos olemos y yo me guardo la foto mental del momento. Estoy en sus brazos y él también en los míos, nos sostenemos el uno al otro. Hago fuerza para olvidar por un instante la tragedia que nos rodea y lo consigo; son segundos, pero logro por fin sentir que ahí, donde estoy, soy feliz.

Capítulo 26
Silencio

Ya no sé cuántos mensajes le mandé a Juan durante el fin de semana. No responde. Me escribió por última vez el viernes y entiendo que se sienta mal, pero no puedo evitar enojarme un poco. Estoy tan desesperada que ya casi no puedo respirar y necesito que agarre el teléfono y me diga que está bien porque no tengo a nadie a quien contactar, no sé qué hacer. Nos vimos el fin de semana anterior, cuando fuimos al río, y luego estuvo internado la semana pasada hasta el miércoles, cuando se fue de alta. No vino a hacer ninguna sesión; vomitaba mucho, se mareaba, se cayó dos veces en su casa y lo trajeron. Casi no pude verlo porque Norma estuvo acompañándolo todo el tiempo y las pocas veces que me animé a entrar, dormía, empastillado, salvo una en la que incluso bromeamos con que todo era culpa del vino que habíamos tomado en el río.

Me preparo para salir hacia la clínica y esta vez sí tengo tiempo de desayunar porque no dormí nada. Cerré los ojos varias veces, pero mi cabeza no dejaba de crear historias, de generar imágenes a toda velocidad, así que volvía a abrirlos. Tengo una licenciatura en imaginar cosas, así que vi con claridad panoramas desoladores, pero también escenas de finales felices. Entredormida, agotada por el cansancio, la vida real se mezclaba con la ciencia ficción y Juan salía volando de su cama y entraba por mi ventana. Cuando aparecía alguna de esas imágenes, me daba cuenta de que me estaba venciendo el cansancio y sin querer, me despertaba.

Nicolás roncó toda la noche, lo que hizo todavía más difícil conciliar el sueño. ¿Quién puede dormir cuando todo está tan mal? Alguien que está desconectado de la realidad, solamente. Alguien a quien no le entran las balas, que vive en su mundo paralelo manejado por joysticks. Creo que de tanto fingir, él se terminó convenciendo de nuestras mentiras, entonces vive —y duerme— en paz.

¿Cuándo empezó el final? ¿En qué momento nos separamos tanto que ni registramos que el que se acuesta al lado nuestro puede vivir una vida que no conocemos? ¿Cuándo fue que empezamos a borrar con el pie todas las líneas que no teníamos que cruzar y las difuminamos a conveniencia?

Estoy cansada de pensar que soy yo la que no acepta la realidad y se toma dos minutos para reacomodar y redistribuir las expectativas donde deberían ir. Pero hay preguntas que no se hacen y respuestas que no se quieren escuchar porque cuanto más cerca tenemos las cosas, más difíciles

de ver son. O más duras, porque debés hacerte cargo de tu parte. Hay cosas que llevan su tiempo y tiempo que se lleva cosas que nunca tuvieron que venir.

Salgo de casa sin apuro y camino hacia la parada. Llovizna y tengo paraguas, pero prefiero mojarme un poco para despabilarme. Son gotas pequeñas tan heladas que me sacan del estado catastrófico en el que estoy y de a poco me van despertando. Subo al colectivo, que va tan lleno como siempre, pero no me molesta. No escucho nada, como cuando salís de lugares muy ruidosos y te queda una sensación de sordera en los tímpanos. No me molestan los audios a todo volumen de la gente, ni viajar apretada, ni los empujones que recibo cada vez que alguien quiere bajar.

Llego a destino. Aprovecho un semáforo para revisar el celular y ver si Juan respondió. Nada, ni un sticker. Su configuración no me permite ver el último horario de conexión ni saber si leyó mis mensajes, así que sigo a ciegas, sin información. Le envío otro más.

Entro a la clínica y hago lo mismo que todas las veces, automatizada, pero sin sonreír. Me cruzo con un médico que me pregunta si estoy bien y le respondo que estoy un poco resfriada y me costó descansar. Llego a mi oficina, enciendo la computadora, la recepcionista entra y revolea la lista de nuevos ingresos del día, así que la repaso rápidamente para buscar su nombre, que no está; lo único que quiero es chequear en el sistema si Juan ingresó el fin de semana. Mientras espero que cargue, veo que tengo varios mails para leer —un lunes tan temprano— y el que figura primero en la lista es de la Dirección. “Cancelación reunión lunes”, dice en la previsualización. “Por motivos personales del Director, la reunión de este día lunes queda suspendida”, llego a leer sin abrirlo, pero me interrumpe la imagen de una persona parada en mi puerta. Levanto la vista y es Carolina, que me mira en silencio y tiene una expresión en su cara que no consigo interpretar.

—Sofi…

—Contame ya lo que sepas —le digo sin que mi cuerpo reaccione de ninguna manera.

—Iraola se murió el viernes.

Y otra vez oigo un ruidoso silencio infinito, que duele y ya no siento nada. Ni frío, ni sueño, ni nada. Una trompada en la cara con sangre desparramada por todas partes, pero yo no siento nada.

Capítulo 27
Rota

La última imagen que tengo de mí misma es estar parada con Carolina, que me hablaba, y yo solo veía que movía la boca, generando un ruido que no escuchaba, no decía nada, no salía sonido. Recuerdo que me miraba, preocupada, me explicaba cosas y, por la forma en la que ponía los ojos, entiendo que me hacía preguntas que yo no respondía. Me agarró los hombros, me abrazó, pero yo estaba parada, quieta, dura y sola aunque ella estuviera ahí. Me veo al borde de un precipicio, al borde del amor que acababa de perder, que es lo mismo que estar al borde de la vida.

Y aparezco acá. No sé ni cómo llegué hasta este lugar. No recuerdo haber subido las escaleras ni tomar el ascensor; tengo un bache entre Carolina y estar frente a la puerta de la habitación 305, que está cerrada, pero no hay cartel que impida las visitas. No sé por qué mi brazo toma impulso y abre la puerta. No sé por qué ni para qué, aunque supongo que para confirmar de alguna manera lo que sé.

Me quedo de pie en el umbral, inmóvil, y la paciente que está en la cama me mira, esperando que le diga quién soy y qué hago ahí.

—¿Cómo es tu nombre? —le pregunto, sin saludar y con una voz que no sé ni de dónde sale.

—Inés Álvarez —responde ella, que es joven, demasiado, no tiene pelo, pero sí ojeras muy pronunciadas.

—Ah, disculpame. Me equivoqué de habitación —digo, no sin antes mirar la mesita donde Juan y yo comimos chocolates, la pared que nos sirvió de cine, el techo que se llenó de guirnaldas para celebrar que una semana no hubo pollo mojado en el menú. Miro la cama donde le di la mano, donde él me la dio a mí, donde me amó con sus ojos. Y todo se me hace demasiado, me mareo, vienen cientos de imágenes a mi mente, pasa una película sin sentido y a toda velocidad. Tengo ganas de vomitar. Quiero arrancar a Inés Álvarez de la cama y decirle que esa habitación no se puede usar, que se va a tener que ir a otra, que esta está reservada. La puerta por la que entraste a algún lugar siempre sirve también para salir, así que la cierro, sin decirle nada, sabiendo que no voy a regresar nunca más, aceptando que persigo lo que ya huyó, lo que no existe.

Vuelvo como puedo, despegada del piso como un fantasma, caminando dormida, hasta mi oficina. Levanto el interno y llamo a Recursos Humanos.

—Raúl, soy Sofía Dimant —le digo al jefe del sector, que es quien atiende.

—¿Qué tal, Sofía? —contesta él mientras mastica algo.

—Mal, me siento muy mal. Te quería avisar que me voy a mi casa —le contesto, ignorando el ruido que hace al comer. No me importa nada. Estoy en piloto automático y siento que ni siquiera soy yo misma la que está al teléfono, como si viera toda la situación desde afuera.

—Uyyy… bueno, qué tema. Ay, ay, ay. Pasate por el médico laboral antes de irte para que te firme la planilla. Qué cosa… Justo un lunes aparte… Un temita…

—Quería avisarte, nada más —interrumpo sus quejidos, que hoy no puedo soportar.

Corto la comunicación antes de que me lance uno de sus discursos sobre faltar al trabajo o sentirse mal. La humanidad de Raúl y de su sector siempre dejaron mucho que desear y por supuesto hoy no será la excepción, pero yo no tengo fuerzas ni ganas de entrar en su juego.

Me acerco al edificio de al lado, que se conecta por dentro con el principal, y espero apoyada contra una columna los diez minutos que tarda el médico en atenderme. Cuando me toca el turno, me hace pasar al consultorio, ni me mira, me pregunta qué me pasa, qué me duele y yo no sé cómo explicar que me duele absolutamente todo, pero que al mismo tiempo siento tal vacío que no me duele nada. No sé qué responder, así que intento abrir la boca para decir algo, pero no sale mi voz. Hay silencios que no deben romperse, que tienen que ser escuchados porque traen todas las respuestas. Lo que siento es que no hay historia más trágica que la de amar en secreto y que, con este final, la verdad sale como gritos sin sonido. Vacío, todo vacío.

—No siento nada —contesto.

El médico levanta la vista de lo que sea que está escribiendo y me mira.

—Entonces, ¿qué hacés acá? —responde con expresión de fastidio absoluto.

—Es que me pasa eso: no siento nada, pero me siento mal —trato de ordenar mis palabras para que adquieran algún sentido, así no tengo que seguir explicando. Solo me quiero ir.

—Mirá, me la paso acá adentro el día entero escuchando a la gente inventar enfermedades incomprobables para tomarse tres días y armarse un fin de semana extralargo. ¿Como si fuera poco, ahora tengo que agregar estas cuestiones filosóficas a la lista de posibles males? —me contesta, con su empatía hecha un bollo y metida en el cesto para papeles que tiene al lado del pie. Como si fuera poco, dice. Como si fuera mucho lo que pido.

Cinco minutos después estoy en la calle con un certificado que conseguí a los gritos y reza algo de malestar general, gastroenteritis y alguna otra mentira. No me interesa. No creo que lo que me pasa tenga otro nombre más que tristeza, que incluso eso se queda corto. Abro el paraguas tarde, una vez que ya estoy toda mojada. Llueve a cántaros y tengo un paraguas precioso, a lunares, que siempre me da refugio, pero hoy siento que no. Empiezo a caminar y no sé a dónde ir. ¿A dónde va uno en esos momentos en los que no hay ningún lugar que lo haga feliz o que al menos lo mantenga vivo?

Cuando era chica tenía un sueño recurrente, el mundo se ponía en pausa. Toda la gente se

quedaba petrificada, menos yo. Entonces, salía a la calle, iba a los supermercados, comía chocolates gratis, entraba a las tiendas de ropa, me disfrazaba y me ponía sombreros caros. Paseaba, agarraba ramos de alguna florería y cantaba, chocha de la vida, dueña del universo. Las personas seguían como estatuas y yo disfrutaba sin límites de tener acceso a todo lo que quisiera, sin restricciones. Siempre me despertaba en la misma parte: me empezaba a desesperar porque me daba cuenta de que estaba sola, que no podía deshacer ese hechizo que había caído sobre el planeta y que no me quedaba más opción que estar sola con mi alma para siempre. Lo podía tener todo, pero me había quedado sola. Lloraba, gritaba y me despertaba siempre en ese momento, al ver que no podía solucionarlo y la angustia se apoderaba de mí. Nunca entendí qué significaba hasta ahora, cuando siento que pude tenerlo todo y también me quedé sola.

Aprovecho la lluvia para llorar. Lloro porque me pesa la cartera y por todo lo demás. Lloro porque por fin puedo llorar, porque no sé qué otra cosa puedo hacer ahora que estoy completamente rota.

CAPÍTULO 28
La sabiduría de las margaritas

Mi abuela Margarita me ve entrar y sabe, al instante, que las cosas no están bien. No traigo un ramo de sus flores preferidas, como de costumbre; no es jueves, que es el día que suelo visitarla, y tiene claro que a esta hora debería estar en la clínica trabajando y no en su casa. Mi abuela no pregunta, porque las abuelas no necesitan preguntar; ya lo saben todo antes de que les contemos algo, como las madres. No digo nada, de mi boca no sale una palabra, pero desde que nací sabe escuchar mis pensamientos. Siempre se dio cuenta de si yo quería algo o si no lo quería más, me ha llamado para preguntarme si estaba bien en momentos en los que estaba mal sin que yo le hubiera anticipado nada porque había tenido la sensación de que yo podía estar necesitándola. Es una conexión que tenemos desde siempre.

—Te vas a quedar a comer —dice ella y no es una pregunta, mientras me hace señas con la mano tocando el sillón para que me siente a su lado—. ¡Estela! ¿Podrías traerme el cepillito amarillo del baño? —pide Margarita, con voz firme, pero dulce. Lo pide seria, como si estuviera demandando que le acercaran el remedio secreto que cura todos los males.

Estela aparece un momento después con una bandeja con dos vasos con agua, unos scons y el cepillo.

—Ponete así, Sofita —dice mi abuela indicándome que me gire para darle la espalda y mueve unos almohadones para que las dos estemos más cómodas.

Yo lo hago, me acomodo; ella se levanta y camina despacito hasta el equipo de música que está a unos metros, duda unos instantes, pasa los dedos por las cajitas y elige un CD que pone en el aparato y empieza a sonar. Regresa al sillón, se sienta con esfuerzo, toma el cepillo y con las manos flaquitas y llenas de manchas por el paso del tiempo empieza a desenredarme el pelo. Hace fuerza y yo lo percibo porque todo cada vez le cuesta más, su cuerpo se achicó, su peso bajó y cada tarea, por pequeñita que sea, precisa de mucha voluntad y empeño de su parte.

—Vos quedate mirando para allá —señala la pared— hasta que estés lista para mirar para este lado y podamos conversar, ¿sí? —dice y me da un beso en un hombro.

La música suena y la lista de temas es suave, pero no triste. Sus manos en mi pelo, el aroma de su perfume, el sonido de la música, sentir que estoy en casa me generan tranquilidad. Y así estoy —estamos—, un largo rato, hasta que la lluvia afuera para y yo empiezo a llorar a cántaros, la dos seguimos sin decir una palabra.

Después nos sentamos a almorzar en el comedor. Ese espacio no se usa nunca, salvo para eventos especiales, como la Navidad, alguna celebración o cuando estamos todos de visita, con mis primas incluidas. Aunque en esta oportunidad estamos solas, mi abuela le pide a Estela que la ayude a poner la mesa ahí, mientras yo me quedo acurrucada, hecha una bolita en el sillón. A mí la comida no me pasa por la garganta, así que juego con el tenedor entre las papas al horno y las llevo de un lado al otro, paseándolas por el plato, haciéndoles un tour de borde a borde esperando que desaparezcan como por arte de magia.

Por suerte, mi abuela se hace la desentendida y no pretende pedirme que coma bien, como haría en cualquier otra ocasión, así que simula no darse cuenta de que me llevo una papa cada cinco minutos a la boca y prefiere empezar a indagar en mi tristeza.

Pregunta poco, quiere dejarme hablar. Le cuento la historia y lo hago con detalles. Para entender esta parte del cuento, hay que conocer los vericuetos de mi relación con Nicolás, así que le digo todo mezclado, con datos cruzados; entre gritos y sollozos, hablo de Juan, despotrico contra Nicolás, me enojo conmigo misma, reculo, me enojo con Juan, le explico que para él fueron los ñoquis que ella preparó, perdono a Juan por dejarme aún sabiendo que no es su culpa haberme dejado, perdono a Nicolás y ya no sé ni qué le perdono y, más importante que todo lo anterior, me perdono a mí misma, pero no me siento mejor.

Me asusta pensar que mi abuela pueda juzgarme, la conozco y sé que jamás diría nada para lastimarme, pero entiendo que la brecha generacional que nos separa pueda tener mucho peso para entender este lío de información de amor, desamor y muerte que estoy tirando sobre ella.

Margarita me agarra la mano, su expresión es triste, pero no es una tristeza de juicio; se muestra comprensiva, me acaricia y me escucha. Oye cada pedacito de la historia y solo me interrumpe cuando yo, tratando de minimizar mi dolor, digo llorando que igual seguro todo se me va a pasar porque fueron setenta y un días los que compartí con Juan y que esos dos meses y pico no pueden determinar mi vida y mi futuro.

—Deberían determinarlos —dice ella—. Sería injusto con Juan que vos decidieras que los sentimientos se miden en función del tiempo. ¿Sabés hace cuántos años murió tu abuelo? Ochocientos, Sofita, ya perdí la cuenta y no me interesa. ¿Y vos creés que por eso no lo amo más? Es cierto que de a poquito voy perdiendo su voz, me olvido algunas anécdotas y hago fuerza por recuperar detalles de mi vida con él. De mi vida, bah. Pero no por el paso del tiempo mis sentimientos por él desaparecieron —agrega.

—Lo sé. Es la bronca que siento, abu —digo, intentando justificarme.

—Y es normal. Es lógico que te pase. Pero pienso que no debés quedarte solamente con esos días que pudieron compartir los dos juntos. ¿Juan no te enseñó nada? Su enfermedad, su manera de disfrutar y de apostar incluso cuando para el resto él solo era “Juan, el que va a morir” y él tenía la seguridad de que faltaba poco para eso —me responde.

—Sí. Lo entiendo. Él me decía lo mismo… Vivimos como si todo fuera eterno y no lo es, pero

es la vida la que nos lleva a ese adormecimiento… —comienzo a responder.

—No es la vida, somos nosotros —interrumpe—. A veces no queda ninguna vez más, no hay más veces. Pensalo como un vagón de un tren que pasa y te tiene que llevar a tu futuro, que no va a ser perfecto porque nada lo es, mi amor. Pero si no te subís al tren, si llegás demasiado tarde o temprano como para aburrirte de esperar e irte, te vas a perder el viaje. Eso de que el tren pasa una sola vez no es necesariamente cierto, pero te aseguro que si no te acercás a la estación no lo vas a ver pasar nunca. Esta vez, lo hiciste. Viviste un amor, te dejaste llevar. ¡Celebro eso! No te vas a olvidar de Juan; vas a guardar su recuerdo en un estantecito invisible donde no te duela tanto su partida, pero te acompañe la emoción de lo que vivieron juntos. No hoy, pero en algún momento vas a verlo así. ¿Quién establece cuánto es poco, cuánto es mucho? Si eso se puede determinar, sentir es mucho, Sofita —me dice con énfasis agarrando mis manos con las suyas, todo lo fuerte que su cuerpo lo permite.

Me quedo callada, con las lágrimas corriendo por la cara, y ella sabe que debe tapar el silencio. Me sirve un poco más de agua, me acerca unos pañuelitos y piensa, hasta que percibo que termina de ordenar lo que quiere decir.

—¿Ves ese jardín?

—Sí… —respondo mirando hacia el fondo del living.

—No es un jardín enorme, pero grandes cosas han sucedido ahí. Tu abuelo y yo nos sentábamos a conversar por horas; me he pasado media vida agachada, muchas veces con tu compañía, arreglando flores; has subido más de cien veces al techo de la parrilla con tu abuelo porque cada dos por tres caían paltas del árbol del vecino y se partían las tejas… Podríamos haber puesto una red, podríamos haber pedido que podaran el árbol, pero disfrutábamos tanto de verte emocionada por la aventura de subir a arreglarlas que jamás lo hacíamos… ¡Cuánto me gustaba verlos desde aquí abajo haciendo su tarea! Tengo tantas fotos de ustedes con esos cascos como de mineros, de lata, que tu abuelo había comprado para que tuvieran los dos. Los veía divertirse y me hacían tan feliz —dice mientras se levanta con esfuerzo y me hace señas para que nos acerquemos al ventanal—. ¿Cuántas veces has jugado a las escondidas en este jardín? —pregunta.

—Ufff, miles de veces con mis primas —contesto yo.

—¿Y te das cuenta de que pasaban horas jugando a eso? Pero, miralo bien… No hay dónde esconderse, Sofita. Solo está el borde de la parrilla, algunas plantas un poco más grandes y nada más. Es un cuadrado, no es precisamente un bosque. Aún así, disfrutaban horas escondiéndose y buscándose —me señala.

Miro hacia afuera y es cierto. No entiendo cómo nos escondíamos en un lugar sin escondites y nos divertíamos tanto. Veo tan chiquito el jardín y hasta hoy siempre sentí que era enorme.

—En este espacio tan pequeño pasaron muchísimas cosas. Se disfrutó, se soñó, se lloró, se tomaron cientos de fotografías… Todo pasó acá. Lo que quiero decirte es que eso de quitarle

peso a tu historia con Juan porque transcurrió casi toda entre cuatro paredes no tiene sentido. Las historias no suceden en lugares; las historias las hacen las personas, no importa dónde. Y solo puede terminarse lo que alguna vez comenzó, mi amor. No importa cuánto tiempo hayan compartido ni dónde lo hayan hecho; queda en vos lo que compartieron y te aseguro que eso te va a acompañar siempre. Como yo. ¿Acaso cuando yo ya no esté vas a olvidarme? —pregunta.

—¿A vos? ¿Cómo podés pensar eso siquiera por un momento? —respondo con el ceño fruncido.

—¿Y por qué no vas a olvidarme?

—Porque te amo.

—Ahí tenés tus respuestas, Sofita. Ahí las tenés —dice, mientras me acaricia el pelo y pone una expresión como si hubiera cumplido el cometido de hacerme comprender todo.

CAPÍTULO 29
De trenes y oportunidades

Las semanas transcurren porque los relojes siguen corriendo aunque yo no esté de acuerdo. Me ausento del trabajo dos días, gracias al certificado del médico laboral, pero cumplido el plazo tengo que volver. Soy una zombi y voy automatizada, tratando de ordenar mis pensamientos y mis sentimientos. Cada dos por tres, me toca pasar por la puerta de la habitación 305. Trato de evitarlo, pero no siempre es posible y mi corazón continúa rompiéndose, de a un pedazo a la vez, en cada ocasión en que me acerco a ese lugar. De cualquier manera, jamás entro.

Estoy los días enteros con auriculares, escuchando las canciones que compartíamos Juan y yo, pero ya no las canto, las lloro. Quiero cerrar la herida, y no dejo de meter el dedo en la cicatriz. Andrea, mi psicóloga, dice que no tengo que apurarme, que la bronca hay que vivirla, que el duelo hay que experimentarlo. "O las cosas te quedan atravesadas y te volvés loca, Sofía. Y nadie se muere de amor, pero sí de locura y muchas veces es la misma cosa".

Cuando tengo momentos de tranquilidad, cierro la puerta de la oficina y también los ojos, tratando de recordar esos nervios de las primeras veces que nos vimos. Ojalá pudiera sentirlos otra vez. Me la paso imaginando finales para nuestra historia que jamás existieron y preguntándome una y otra vez qué hubiera pasado si alguno de los caminos que tomo en mi cabeza hubiera sido posible. Pero nada cambia. Invente lo que invente, él se va.

En mi locura y mi falta de sueño, por momentos creo que encuentro soluciones. Son microsegundos en los que me olvido de todo, pero rápidamente vuelvo a caer, a recordar y a revivir frente a mis ojos la partida de Juan, mi desolación y esta sensación de estar perdida en el medio de la nada.

Aceptar el amor es casi siempre aceptar que uno puede salir lastimado porque el que juega con fuego se quiere quemar. Y uno va pensando que puede torcer el eje de la Tierra, cambiar el destino y alzarse con el trofeo de vencedor. Pero no. Hay cosas que están escritas y así serán; lo importante es animarse a cambiar todas las otras, las que aceptamos como válidas y que en realidad no nos gustan, las que acatamos por costumbre, pero nos pican. Esas, esas son las que hay que atacar. Esas son las que hay que operar y extraer de nuestras vidas.

Las verdades que elegimos van cambiando con el paso del tiempo, como nosotros, y nada es absolutamente cierto. Lo que nos hizo bien hoy puede hacernos mal. O peor, darnos igual. Como Nicolás, que no se da por aludido de lo que me pasa, de que soy pedazos andando por inercia.

Por supuesto que no me senté frente a él a confesarle mi historia con Juan, pero ni siquiera se percató de que estoy atravesada por una espada. Nada, ni un comentario. Solo anoche, cuando yo intentaba comer y él se preparaba una vez más para irse a la casa del Negro, me preguntó si no tenía hambre.

—Estás dándole vueltas a la comida y no comés. ¿No comés? —preguntó, robándome una papa frita.

—No —respondí yo, sin sumar ningún otro tipo de información ni levantar la mirada del plato.

—Bueno, igual te va a venir bien comer un poco menos. ¡Me voy yendo, gordi! —dijo casi al unísono con el portazo de despedida.

Y yo lo odié, pero me di cuenta de que lo odié mucho menos que otras veces. Me dio igual y eso creo que es muchísimo peor.

En la clínica cumplo. Voy, hago mi trabajo y me vuelvo a casa, salvo el jueves, que visité a mi abuela como siempre, y el miércoles, que le pedí a Andrea que me hiciera un hueco en su agenda para vernos y tener sesión de urgencia. Recorro las habitaciones, converso lo mínimo indispensable y trato de poner mi mejor cara, aun estando devastada. Levito, con el alma destruida en la mano, pero nadie se da cuenta y yo sigo adelante, como puedo.

No estoy subiendo a almorzar con las chicas con la excusa de estar haciendo un curso online —como si fuera posible en la computadora del año cero que tengo en mi escritorio— y me quedo encerrada la hora entera, quieta, con los auriculares puestos, a veces llorando y otras sintiendo que lloro pero sin lágrimas porque ya no me quedan más. Solo Carolina bajó a mi oficina en uno de los almuerzos y me acercó comida, conociendo la razón de mi tristeza. Trajo para las dos y, aunque yo no tenía ganas de relacionarme con ningún ejemplar de la raza humana, se instaló en la otra silla, comimos juntas y trató de levantarme el ánimo.

Por fin es viernes, y no lo digo porque me muera de ganas de estar en casa, pero por primera vez me resulta más insoportable estar acá, en la clínica. Que sea viernes significa que sobreviví otra semana entera. Intento cumplir los minutos que me quedan por delante y pretendo estar acostada todo el sábado y el domingo, tapada con una sábana, que es con lo que te tapás cuando no sentís nada.

El lunes es mi cumpleaños y se me ocurrió decirle a mi abuela algo así como que “no tengo razones para celebrar”. Se enojó y apeló al recurso ese que utiliza solamente en situaciones de emergencia: “Yo no sé cuántos cumpleaños me quedan con vos, Sofita. Es más, pretendo estar muerta para el próximo”, así que voy a pasar la tarde con ella y voy a invitar a mis mejores amigas a tomar el té a su casa. Todas quieren a Margarita y les parece un superplán compartir la tarde con ella, sobre todo si es mi cumpleaños y aún más sabiendo lo que me está pasando.

Cerca de las cinco y media, cuando ya estoy mirando fijo el minutero en la pantalla y me siento en tiempo de descuento para desaparecer, el doctor Humberto Patuk toca a mi puerta.

Patuk es un pediatra amoroso, que siempre es muy amable conmigo, es de los pocos que siguen vistiendo corbata bajo el guardapolvo y cada dos por tres cae con bombones para las chicas del personal, que elige con cariño su mujer para nosotras.

—Sofi, hola… ¿Puedo? —Se asoma por la puerta estirando el cuello y me señala la silla que tengo del otro lado del escritorio.

—¡Hola, Humberto! Claro, pasá. Decime en qué te puedo ayudar —contesto, cruzando los dedos bajo el escritorio para que no venga a esta hora con un problema imposible de resolver que posponga mi plan de retirada.

—En un montón de cosas me podrías ayudar… ahora vas a entender —me dice, con esa sonrisa tan transparente que tiene y se le hacen hoyuelos en los cachetes.

—Soy toda oídos.

—Me están por jubilar. Yo no quiero, porque como podés ver soy muy joven —me cuenta, haciéndose el gracioso—, pero son las reglas del juego. Fuera de broma, me siento todavía muy activo y con muchas ganas de seguir atendiendo a mis pacientes, así que voy a extender mi horario de consultorio. En lugar de hacer las dos cosas, voy a estar solo allá —agrega.

—Me parece perfecto. Jubilarte a vos es una locura, si sos un pibe —le respondo con una sonrisa, que me devuelve.

—La cuestión es que necesito una secretaria porque solo, tantas horas, no voy a poder. Más que una secretaria, una mano derecha. Los pacientes entran y salen, hay que dar turnos, actualizar las historias clínicas y yo me hago mucho lío con la digitalización de las fichas. Quiero a alguien que por supuesto sea responsable y trabaje bien, pero además quiero que me acompañe alguien especial. En una oportunidad me comentaste que te habría gustado estudiar pediatría, pero no te animaste. Desde aquel momento, me quedó en la cabeza tu nombre para cuando llegara este momento. Yo no quiero ponerte en un aprieto; sé que estás muy bien acá y que llevás años en la clínica, pero sé cómo trabajás; he oído lo que tus compañeros dicen de vos y sé que los pacientes se enamoran al verte.

Siento una estaca en el corazón, me debo estar desangrando en vivo y notarse porque me pregunta:

—¿Dije algo malo? Me refería a la cantidad de veces que te he visto solucionar problemas que hacen que sus vidas sean mejores.

—Te entendí, claro. Gracias por lo que me decís —respondo yo, retirándome mentalmente la estaca a la fuerza y tirándola al piso.

—Bueno, esa es mi propuesta. Espero, como te digo, que no te la tomes a mal. Me podés decir que no y no hay problema. Y no está de más aclarar, todo en blanco y con un sueldo que sea bastante superior al que tenés acá. Yo quiero una mano derecha que esté feliz, así que pensalo tranquila —dice Humberto.

—No tengo nada que pensar. Acepto.

—¿Así? ¿Sin evaluarlo un poco? Mirá que lo que no te dije es que voy a necesitar que arranques pronto y no sé si vas a querer dejar todo así, tan rápido… —aclara, contento y extrañado al mismo tiempo por mi decisión intempestiva.

—No tengo nada que pensar porque desde hace algunas semanas tengo un lema: si hay oportunidades, agarralas fuerte; cuando aparecen los trenes, subite.

Patuk me mira sin entender, pero se le nota la alegría; se levanta de la silla y me da un abrazo, casi paternal, como si estuviera orgulloso de mí sin saber por qué.

Yo sí sé por qué. Ya lo entendí. Algunos trenes pasan y puede ser el pasado queriendo saldar cuentas con nosotros, dándonos una oportunidad. Patuk sale de mi oficina con la promesa de regresar para que conversemos algunos detalles y yo, por primera vez en semanas, tengo la leve sensación de que quizá algún día pueda volver a ser feliz y la convicción de que para intentarlo debo hacerlo lejos de todos los caminos que conducen a Roma y de todos los pasillos que me conducen hacia la misma habitación. Quizá, en honor a todo lo que pasó dentro de ella.

CAPÍTULO 30
Cumpleaños feliz (o como puedas)

El fin de semana no resultó tan duro. Mi futuro cambio de vida me regala esperanza. Tengo por delante un nuevo comienzo, lejos de la clínica que tantos amigos me dio. También un amor, lo más importante de todo. Me meto en Google para averiguar dónde queda el consultorio del doctor Patuk y veo que está en avenida Santa Fe y que tiene una estación de subte a pocos metros de la entrada. Perfecto, redondo, dejaré de viajar colgada en el colectivo y lo haré más cómoda bajo tierra, porque iré en sentido contrario a la mayoría de la gente en la ciudad. Todo el plan me ilusiona.

Hoy es lunes y es mi cumpleaños. No lo recuerdo hasta que aparece Nicolás en el living con una bolsa. Es de la misma marca que la de años anteriores y no sé si reírme o llorar. Me la entrega mientras yo tomo una taza de café y él se limpia las lagañas con el dorso de la mano. Abro la bolsa y descubro frente a mí y por tercer año consecutivo un modelo de cartera igual al de las otras. Esta vez no es negra ni marrón oscuro, es gris, también tan oscuro que parece negro. Tengo en mis manos la representación gráfica de la ley del mínimo esfuerzo, de la desconexión emocional profunda con el otro, de la costumbre, del deber mínimo; un cuadro con la pintura del desinterés mutuo, la frustración, las noches de silencio y la falta de atención. Tengo todo en mis manos y, aunque solo sea una cartera, se siente como mucho más, pesa demasiado. Le agradezco a él, que sigue en la suya, satisfecho con el trabajo realizado, y decido, sin decirlo en voz alta, que no quiero más, que no soportaría sumar otra cartera idéntica el año que viene, que no tengo por qué obligarme a una vida de mendigar amor. Que ya pasó un tiempo y quizá tengan que pasar dos, pero que esto, así, se terminó.

Mi objetivo no es ganar, no es que Nicolás cambie. Mi objetivo es la emoción de sentir algo. Él es así: me quiere cuando quiere, pero yo quiero mucho más. Mi marido me sacó tanto que hasta me quitó el miedo de pensar lo que podría significar estar sin él después de una vida entera juntos. Y como ya no tengo miedo, no me queda nada porque eso era lo único que me sobraba.

No será fácil, pero ¿qué cosa lo es? Nada que importe. Ya entendí que si es triste, no es una historia de amor. Las historias de amor nunca terminan mal aunque podemos, en algún momento, pensar que sí. Separaciones definitivas, muertes —más definitivas todavía—, pero si los momentos que compartimos nos traen una sonrisa de recuerdo, todo valió la pena. Si, por el contrario, el recuerdo o el presente te llenan de tedio, algo está funcionando mal. O todo. Y

nosotros, los humanos, a cualquier cosa la llamamos amor y a cualquier furia, pasión. En algún momento tendré la valentía de decirle que me voy, aunque por dentro retumbe en mí que lo correcto sería preguntarme si estuve alguna vez. Desvincularse, eso que hacemos tan automáticamente con los auriculares para pasar de unos a otros; para tener algo nuevo, hay que desconectarse de lo anterior. Yo he sido muchas veces cinturón negro en despilfarrar amor donde no va; ahora lo voy a centrar en mí. Siento por primera vez que puedo vivir sin Nicolás, quien, cuando creés que no puede ser más tibio, le agrega cubitos de hielo a la sopa. Quizá la historia de amor que me toca tener sea conmigo misma. Y eso puede no estar nada mal.

Con mi discurso mental que nunca lograré decir de manera tan perfecta en voz alta, mi decisión a cuestas y mi cartera nueva, que no lo parece porque es idéntica a las anteriores, salgo de casa rumbo a la clínica. Estoy impaciente por hablar con Patuk y saber cuándo podrá comenzar a cambiar mi vida; con un poco más de sueldo, como él deslizó que me pagará, me va a alcanzar para alquilar algo chiquito para mí sola. Me entusiasma la idea de tener mi lugar, mi equipo de música, mis plantas; nada extravagante, un lugar para mí. Un lugar en el que me sienta a gusto con mi soledad y mi compañía.

Llego al trabajo en el momento exacto en el que suena la canción preferida de Juan en la playlist de mi teléfono. Sucede lo que ya pensé que era imposible: el corazón se me rompe un poquito más, pero por primera vez logro esbozar una mueca que intenta ser una sonrisa. Podría pensar que es él regalándome una señal y acompañándome en mi cumpleaños, pero eso sería acomodar la realidad para que me cuadre, porque estoy escuchando esta playlist en loop desde hace semanas.

Entro y hago lo mismo de todos los días: ficho, saludo a los chicos de Seguridad, me cruzo con gente a la que intento saludar de lejos para seguir mi camino, solo que esta vez todos se acercan, me abrazan y me desean felicidades. Aunque no estoy feliz, me dejo abrazar, disimulo y hasta se me ocurre que este podría ser mi último cumpleaños en la clínica. Me río en voz alta espontáneamente cuando pienso en mi abuela Margarita y su frase trágica y pesimista sobre las últimas veces de algo, solo que yo el año que viene no pretendo estar muerta, sino más viva que nunca. Entro a la oficina y detrás de mí aparece Manuel, el encargado de la cafetería, con un plato de medialunas calentitas sobre una bandeja con diferentes tipos de té, tostadas, mermelada de rosa mosqueta y otras cosas más. “Es de parte mía y de los chicos”, me aclara, haciendo referencia a sus compañeros de sector. Le doy un abrazo por el gesto y porque lo quiero mucho, ya que en todos estos años siempre me separó las facturas menos quemadas y las escondió incluso de los jefes para que yo tuviera las mejores. “Voy a pasar después a agradecerles a ellos también, Manu”, le digo con la boca llena de medialuna.

Decido que haré mi recorrido por la tarde si el beeper no suena a lo loco y me lo permite. Organizo el trabajo al revés para pasar la mañana en la oficina respondiendo mails con consultas de los pacientes que están por internarse: gente que quiere averiguar cuántos pijamas tiene que

traer, futuras mamás que desean saber si tienen que meter bodies para los bebés en el bolso o si se los damos nosotros, señoras a quienes les gustaría reservar habitaciones con linda vista, aunque desde las camas no se vea nada y esto no sea un hotel frente al mar en República Dominicana. En eso estoy, un largo rato, y me ayuda a olvidarme por un momento de mi tristeza y de mi cumpleaños hasta que siento que alguien me observa desde la puerta. Levanto la vista y me recorre un escalofrío de los pies a las orejas: es Norma, que me mira fijamente, envejeció veinte años y trae en la mano un gran ramo de margaritas blancas.

Capítulo 31
71 margaritas

Me levanto de la silla, pero me quedo parada mirando hacia la puerta. No reacciono, no camino hacia Norma y ella tampoco se acerca a mí. Es un instante de silencio que percibo que las dos necesitamos al vernos; un abrazo sin brazos, de lejos.

Después de no sé cuánto tiempo que parece una eternidad, Norma da un paso, entra a mi oficina y me saluda.

—Hola, Sofía.

—Hola, Norma —digo y quiero seguir hablando pero no lo consigo.

—Es tu cumpleaños, ¿cierto?

—Sí, es hoy —respondo, tratando de poner cara de "feliz cumpleaños", pero no lo logro ni creo que sea lo que ella está esperando de mí.

—Me dejaron este trabajo encargado… —dice, acercándome el ramo, inmenso, con unas flores hermosas.

—Gracias, Norma… ¡qué preciosas! —exclamo mientras organizo en mis pensamientos lo que me gustaría decir y lo lanzo todo junto—. No puedo ni explicarte cuánto lamento la partida de Juan. No sé ni cómo poner en palabras mi propia desolación, así que no puedo ni imaginar la tuya, pero me gustaría que supieras que Juan fue y sigue siendo muy importante para mí. Llevo todas estas semanas pensando en él, en todo lo que me enseñó y me mostró, tratando de ordenar en mi cabeza y en mi cuerpo lo que me pasa y lo mucho que me duele… —le cuento, pero me interrumpe, como es su costumbre, que no piensa cambiar ahora.

—No necesitás decirme nada, Sofía. Gracias por tus condolencias, de todas maneras. Las mías también son para vos porque aprendí a ver lo importante que fuiste para mi hijo. Cambiaste sus últimos días y estoy muy agradecida por eso, por haberle dado alegría en un momento tan duro.

Sus palabras me llenan los ojos de lágrimas, un poco por la sorpresa por lo que dice y otro por quien lo dice. La invito a sentarse y acepta.

—Entraste aquella noche a la habitación, pero te fuiste. ¿Por qué? —le pregunto sin preámbulos.

—Vine todas y cada una de las noches que Juan pasó internado. Él nunca me vio, pero yo entraba sin hacer ruido a la habitación solamente para verlo. Para mirarlo más que para verlo; guardarme su cara, su paz al descansar. No sé… era grande, ya un adulto, pero no dejaba de ser

mi hijo, ¿entendés? Terco, sí, así que jamás me hubiera dejado pasar la noche acá con él, salvo aquellas de su última internación, pero de todas maneras yo necesitaba cuidarlo. Cuando te vi ahí, sosteniéndolo, acompañándolo, me fui tranquila, sabiendo que estaba en buenas manos.

—Que hayas sentido que podías confiar en mí y me lo estés diciendo es un hermoso regalo de cumpleaños —le respondo, emocionada.

—Y tengo otro, este que ves —dice—. Una semana antes de… partir, digamos, Juan me pidió este favor. Me dio la fecha de tu cumpleaños y me hizo prometer que vendría a verte para darte este ramo de margaritas. Insistió en que fueran margaritas de color blanco, supongo que vos entenderás si eso tiene algún tipo de significado.

Asiento con la cabeza mientras una lágrima juega una carrera contra otra para ver cuál llega primero al mentón.

—Me dio la fecha, me explicó qué flores debían ser y me dijo que en algún momento, más adelante, me diría el número exacto que debería comprar, que no podían ser ni una menos ni una más. El día que Juan se estaba apagando, aquel viernes, me llamó con la mano para que me acercara a su lado y así lo hice. Me dijo "gracias por todo, mamá" y unos momentos después agregó "las margaritas blancas para Sofía son setenta y una" —sigue Norma, con la voz entrecortada, aguantando un llanto que no tardará en salir. Agarro su mano y aunque se sorprende, termina por tomar muy fuerte la mía.

—Setenta y una… —repito yo.

—¿Tiene sentido para vos? —me pregunta.

—Son los días… Todo el sentido del mundo.

Norma se queda un rato, me cuenta historias de cuando Juan era chico. La vez que a los tres años se abrió la pera porque iba corriendo a toda velocidad en un patio, metió el pie en un desagüe que no tenía la rejilla y salió volando; después del episodio solo hacía hincapié en que había podido volar como un superhéroe y no en que se había partido la boca en dos. Cuando en la escuela lo hicieron actuar de árbol y él decidió en medio del acto bajarse los pantalones y los calzoncillos frente a todos porque los árboles no tienen ropa y casi lo expulsan. O cuando tiró la torta de su cumpleaños por la ventana porque su tía había dicho "esa torta de merengue es una bomba" y él la revoleó muerto de risa para que no explotara. Nos divertimos con sus ocurrencias y yo comparto con ella también las poquitas anécdotas que armamos juntos.

—Para empezar, cuando casi te hace echar porque le robaron el teléfono —dice ella y se tapa la boca como aguantando un chiste.

—¡Tal cual! —le respondo yo, cómplice.

Le cuento de nuestro cine privado, la comida ingresada de manera ilegal y cuando salimos al pasillo a caminar un poco y al volver teníamos al paciente de la 310 desorientado, acostado en la cama de Juan y convencido de que estaba en la habitación correcta. Norma sonríe y me escucha expectante, casi animada, y pienso que lo hace porque su corazón está sumando nuevas historias

sobre su hijo y eso es un tesoro. No van a pasar nuevas cosas; todo lo que pasó hasta ahora es lo único que hay, entonces todo lo que le cuenten adquiere otro valor. El valor de lo infinito.

Conversamos un rato más y antes de irse, me dice que tiene otro regalo para hacerme. Abre su cartera repleta de logos y saca un sobre del bolsillo interior. “Es lo último que me pidió mi hijo que te diera. Yo recibí la mía, sus amigos también y esta es la tuya”. Me lo entrega, me contiene en un abrazo que dura mucho más de lo que yo esperaba, me mira por última vez y desaparece por la puerta, dejando el monumental ramo y lo que supongo que será la despedida de Juan en mis manos.

Capítulo 32
Nunca temprano (siempre a tiempo)

Pongo las flores que Juan me hizo llegar por mi cumpleaños en un jarrón. Son hermosas, con centros enormes y bien amarillos. Los pétalos están intactos en cada una de las margaritas. Estiro el tiempo y lo hago chicle porque no quiero enfrentarme al momento de abrir la carta; por un lado, muero de ganas por leerla, por sentir que Juan me habla aunque sea por última vez, y por otro, es eso mismo, pensar que será la última vez, lo que me hace retrasar su lectura. Cierro la puerta de la oficina, acomodo las flores un poco más y junto el coraje para enfrentarme a esta despedida. Tengo el sobre en mis manos y estoy a punto de abrirlo cuando alguien toca a la puerta. Me levanto y abro. Del otro lado, el doctor Patuk me saluda, con su sonrisa amable y su expresión cálida de siempre.

—¿Estás ocupada, Sofi? —pregunta.

—No, Humberto, pasá, pasá —respondo pensando que me alegra que su presencia me dé una excusa más para seguir posponiendo eso a lo que en algún momento, más temprano que tarde, le voy a tener que hacer frente.

—¡Qué ramo más grande! ¿Fue un paciente agradecido? —consulta él, sorprendido por la inmensidad del regalo y por el tamaño del jarrón, que es uno de los que usamos cuando se interna en la clínica algún personaje importante y recibe arreglos florales enormes.

—Sí… No… Bueno, algo así. Es por mi cumpleaños —le cuento, sin saber bien qué decir para salir del aprieto de tener que explicar algo que no sé ni cómo explicar.

—¿Es hoy tu cumpleaños? —pregunta con alegría y al ver que yo asiento con la cabeza se acerca a darme un abrazo—. ¡Felicidades, Sofi! ¡Que en este nuevo año se cumplan tus deseos! —agrega y yo pienso que su oferta de trabajo es el primer paso para que eso ocurra.

—Gracias, Humberto. Ojalá que sí. Nunca lo digo en voz alta, pero creo que merezco algún sueño cumplido.

El doctor Patuk se sienta del otro lado del escritorio y conversamos sobre el que será, ya de manera confirmada, mi nuevo trabajo. Me comenta que su consultorio está sobre la avenida Santa Fe, dato que yo ya había averiguado y no confieso, para no quedar como una excitada. Es un semipiso que comparte pallier con otro departamento que funciona como consultorio también; lo alquilan entre varios médicos jóvenes y se van turnando. “Te van a caer genial Francisco, Agustín y Pedro, vas a ver; siempre hay alguno disponible para ir a almorzar o para tomar

mates”, me cuenta. Patuk detalla mis futuras tareas, hablamos sobre los horarios, me propone un sueldo y me pregunta si considero que está bien. Me sorprendo al oír que es mucho más de lo que esperaba y me recorre una sensación de paz y ansiedad por el cuerpo al entender que voy a poder separarme de Nicolás y dejar de estar en un lugar en el que no soy feliz solo porque las limitaciones económicas me impiden salir. Se me llenan los ojos de lágrimas y Humberto se da cuenta. Me pregunta si estoy bien, si estoy segura de querer dejar la clínica, me dice que no sienta la presión de aceptar su oferta si considero que no me conviene, que me tome tiempo para pensar. Lo interrumpo para sincerarme y decirle que lo que me embarga no es la duda, es lo contrario: sentir que por fin tengo una oportunidad de avanzar. Le cuento que mi situación sentimental no está del todo ordenada y que hace tiempo —mucho— me siento rehén del dinero. No puedo salir sin dinero. Mi futuro jefe se entristece y piensa un momento para finalmente decir que quizá hay cosas que tenemos que atravesar para que nos terminen de destruir —para que se terminen de destruir— hasta que estemos listos para empezar de nuevo. Asiento y le respondo que no puede tener más razón.

—El tren nunca pasa temprano, Sofi —murmura.

Y yo pienso que la metáfora del tren que ya tantas veces oí, de vagones a los que hay que subirse y otros que hay que dejar pasar, cada vez tiene más sentido para mí. Que, algunas veces, toma tiempo salir de donde estabas. O de donde ya no estabas. Solo hay que esperar a que pase el tren indicado. Y estar atento, claro, para no perderlo.

Capítulo 33
Qué lástima, pero adiós

Patuk sale de mi oficina y yo me quedo con la cabeza revolucionada. Siento que por primera vez en mucho tiempo tengo el poder; soy una She-Ra frente al castillo de Grayskull, con los pelos al viento, convirtiéndome en mi propia salvadora. El poder de decidir qué hacer, cómo hacerlo y cuándo. Entra una brisa por la puerta y me pone la piel de gallina, pero no siento frío; me estoy despertando y no tengo la sensación de intemperie, de saltar sin red al vacío. Por supuesto que me preocupa la tormenta que pueda desatarse con mi separación, pero más me inquieta quedarme para siempre en un lugar en el que no estoy siendo todo lo feliz que podría ser.

Agarro el sobre que me entregó Norma, que sigue cerrado, y camino por los pasadizos internos de la clínica rumbo a Recursos Humanos. Voy cruzándome con compañeros que me saludan, me abrazan y me besan. Lo hacen por mi cumpleaños, pero yo siento que van celebrando y dándome ánimos en mi misión, aunque no la conozcan. Me veo como en una carrera, agotada, llegando al final y con el público gritando y aplaudiendo detrás de las vallas para darme aliento, para envalentonarme y acercarme botellitas de agua en mi maratón. Sigo adelante —con una sonrisa estampada que hoy está volviendo a aparecer— mi camino hacia terminar de desprenderme de todo lo que ya no va más.

Entro a la oficina de Recursos Humanos y no me sorprende ver a todos los empleados parados en un costado conversando, comiendo facturas como si fuera un pícnic y tomando café. No es un sector que se haya quemado nunca las pestañas pensando qué hacer para que quienes pasamos nuestras vidas casi enteras dentro de esta clínica estemos un poco mejor. Nunca están atentos a si un empleado que lleva años trabajando en este lugar y jamás consiguió que le asignaran un locker no tiene espacio para guardar sus cosas, pero sí lo están para llamar la atención si alguno de nosotros ficha un minuto tarde al tener que ingresar esquivando una protesta sindical que se lleva a cabo en la puerta.

El jefe del área me ve entrar y termina de tomar su café antes de acercarse.

—Sofía, ¿qué tal?

—Buenos días, Raúl. Quisiera hablar un momento en privado con vos, ¿puede ser? —pregunto.

—Emmm… ¿ahora sería? —me responde mientras mastica con la boca abierta y mira su reloj, como si fuera una persona que tiene doscientas citas por día y yo no lo hubiera visto cinco

segundos atrás paveando.

—Van a ser dos minutos —insisto.

—Pasá por acá —me responde, resoplando, y levanta una especie de tablita que funciona como mostrador, que impide ingresar al otro lado.

Lo sigo hacia su oficina y, al entrar, me indica que me siente.

—Bueno, contame. ¡Pero que no sean problemas, Sofía! ¡Que estamos saturados! —exclama, creyendo tal vez que su postura va a modificar lo que estoy por decir.

—Vengo a avisarte que dejo de trabajar a fin de mes. Conseguí otra oportunidad laboral y la acepté, así que quería informártelo para que buscaras a otra persona —le anuncio, intentando mantener la voz firme.

—¡No, Sofía! ¡Qué mala noticia me das! ¿Ya? ¿A fin de mes? ¡Pero si no falta mucho! ¿No podés quedarte un mes más? —pregunta, casi gritando y agarrándose la cabeza para simular una reacción de desesperación ante la idea de que el mundo tal como lo conocía estuviera por acabarse.

—No. Me voy a fin de mes. Y te lo estoy avisando porque yo soy así, pero te recuerdo que ni siquiera corresponde, ya que desde hace años, desde que trabajo acá, firmo un contrato mes tras mes, lo que les permite a ustedes despedirme cuando quieran sin tener nunca antigüedad, sin gozar de ninguna indemnización y sin el derecho a tener vacaciones, por ejemplo. Cada vez que pude irme una semana a descansar tuve que pedir licencia sin goce de sueldo. Entonces, no. No estás en un punto en el que puedas pedirme algo, sino que más bien deberías agradecerme por estar avisándotelo con anticipación —respondo, con una vehemencia que desconozco y que lo deja con la boca abierta sin poder emitir sonido.

—Bueno… entonces… —comienza a susurrar antes de ser interrumpido por mis palabras.

—Nos vemos —digo, ya de pie, con la carta de Juan en la mano como amuleto y pego la vuelta y me voy.

CAPÍTULO 34
Una historia de amor y despedidas

Al salir de la oficina de Recursos Humanos decido que ya no puedo dilatar más el momento que me toca afrontar. Voy hacia los vestuarios, que son enormes y tienen zonas de duchas, lockers, espacios de espejos y bancos. A esta hora es muy probable que estén vacíos porque no coincide con ningún cambio de turno o de guardia. Camino hacia el fondo, hasta el último banco, que queda bien escondido detrás de una columna. No hay nadie, no oigo el sonido del agua cayendo del otro lado de ninguna de las mamparas, pero igual prefiero estar lo más alejada posible de la puerta. Abro el sobre y saco la carta, que está doblada en tres partes y la estiro. Está escrita a mano y eso me parece un gesto de amor precioso. La huelo, todavía sin leer, y con los ojos cerrados paso mis dedos por la tinta intentando sentir las manos de Juan, que pasaron por allí mismo. Fijo la vista en el papel, teniendo claro que esto es lo último que voy a recibir de él. Y empiezo a leer.

Sofita:

Si todo salió bien —o si todo salió mal— hoy es tu cumpleaños y estás recibiendo esta carta. Espero que estés pasando un lindo día y no estés triste. Cada uno atraviesa el desconsuelo como le sale, pero ojalá me estés leyendo con una sonrisa.

Te escribo para decirte que los días con vos fueron hermosos, sin peros ni condiciones. ¿Vos sabés lo que significa para alguien que perdió cualquier tipo de esperanza volver a sentir algo otra vez? La vida, Sofi, no se reproduce después del anuncio; es ahora, en este mismo momento y hay que aprovecharla. Confío en que vas a hacerlo porque vi lo que sos. Lo hablamos varias veces. Hasta que me enfermé, yo vivía igual que vos, con esa sensación de que todo era infinito, de que siempre habría más tiempo, que los deseos podían posponerse, que las risas podían quedar para más adelante y así era como, muchas veces, lo importante quedaba en segundo plano, tapado por lo supuestamente urgente.

Vos me regalaste un amor para siempre. ¿Cuánto tiempo es para siempre? Hasta que todo termine e incluso también después, quién sabe. Me diste los días más lindos, me hiciste reír, me acompañaste en mi dolor y me impulsaste a intentar estar mejor, para que el momento de verte fuera hermoso. Me diste ganas. ¿Sabés hace cuánto no tenía ganas?

No empezamos tarde; el momento fue perfecto y sin vos, todo hubiera sido diferente. Me

hizo muy feliz que “seamos”, vos y yo, porque fuimos mucho juntos, aunque el tiempo pudiera parecer poco. Me regalaste los ratos que te sobraban y los que no también y me empujaste a hacer malabares para inventarle más minutos a la vida. Mi enfermedad, impredecible, me lleva a no saber qué día es el último, pero quiero que sepas que cualquiera de los días que paso con vos podría ser el final de todo, y me iría tranquilo, en paz, enamorado y agradecido.

Sofi, no vas a necesitar que te diga todos los días que te quiero porque te voy a proponer algo: hasta que alguna vez te diga lo contrario, seguirá siendo así. Y ya no te lo voy a poder decir, así que logramos el “para siempre” de los cuentos y de esas películas que te gustan a vos.

Los finales de las historias son maravillosos porque son el comienzo de otras, Sofita. Vos te merecés mucho más y el riesgo más grande que podés correr es sentarte a esperar que las cosas pasen y no correr ninguno. Te animo, te aliento y te acompaño. ¿Qué sentido tiene que no vivas cuando tenés la oportunidad de hacerlo?

Espero que te hayan llegado las flores junto con esta carta. No sé cuántas serán porque los días siguen corriendo, pero me aseguraré de que sea el número perfecto. A esa cantidad, sumale una por tu abuela, que ya la tenés con vos y es la más importante. No les consultes nada a las margaritas cuando las recibas… ellas no tienen la culpa de tus dudas y, te aseguro, no tenés la necesidad de deshojarlas para saber lo mucho que te quiero (¡pero, por si acaso, te voy a mandar el ramo solo con flores de pétalos impares!).

No somos parte de los amores correctos en el tiempo equivocado. No hay destiempo si el amor se concreta, de la manera que sea. Si tiene que suceder, va a suceder, aunque a veces no entendamos el mensaje en el momento y no aceptemos la pérdida. Perder. No es cierto que todo se pierde. Quizá la pérdida más grande sea la que más nos enseñe, así que hay que estar atentos a lo que viene después.

La vida me demostró que cuando creés que todo va hacia un lugar te puede sorprender porque lo que veías venir se tuerce y también que tiene sus cosas malas y dentro de ellas hay que encontrar lo bello. Bello como vos, que cuando te vi por primera vez supe dos cosas: que me iba a enamorar perdidamente y que iba a ser difícil despedirme cuando llegara el final. Lo que no sabía era que ibas a lograr que no me quedara nada pendiente. Así que, Sofita, si tus cosas están torcidas ojalá las endereces, resuelvas también tus pendientes como hiciste con los míos y te largues a vivir.

Yo, mientras tanto y hasta nuevo aviso, te seguiré queriendo porque fuiste un deseo que no esperaba y se me cumplió. Ahora te toca buscar los tuyos.

Te llevo conmigo y llevame con vos, porque me guardo tu amor y espero que sientas siempre el mío.

Un beso de los lindos, de los que no hay que posponer jamás.

Juan

Capítulo 35
Subirse

No hay manera más dolorosa para morir que hacerlo de amor. El cuerpo sigue funcionando, pero la condena parece eterna. Lo bueno de morir de amor es eso: no morimos en realidad, o al menos no del todo, entonces queda una mínima luz de esperanza para que, poco a poco, podamos empezar a respirar otra vez, a sentir el calor en la piel, a disfrutar del vientito en la cara, a volver a comer con ganas.

Los días después de morir de amor no son fáciles. Las semanas, los meses, tampoco. Y mucho menos da igual la razón de nuestra "muerte"; no es lo mismo perder definitivamente a quien nos acompañaba porque deja de estar en este plano que atravesar una traición o una separación por elección de una de las partes. No es lo mismo que nos dejen de querer.

Pero hay algo en lo que todas estas muertes se parecen: nos ponen una hoja en blanco enfrente, que tardará más o menos en llenarse otra vez de colores, pero lo hará. Porque algunos finales son felices y otros, necesarios, y todos esos puntos que ponemos al terminar una historia nos proponen nuevos comienzos y no deberíamos renunciar hasta saber que lo que queremos es imposible. Hay que tener esperanza en que lo que deseamos sucederá, incluso sin saber cómo.

Tantas veces nos preocupamos por cuestiones que cuando suceden parecen terribles, nos dan sensación de "fin del mundo" y, aunque quizá en ese momento sí lo parezca, tiempo después, entendemos que todo eso que atravesamos nos trajo hasta acá.

Y a mí, mi ilusión de la juventud con Nicolás, mis planes y proyectos truncos, mi dolor por Juan y mi amor por él son diferentes experiencias que me acercaron a donde tenía que estar. No lo supe antes porque no podemos pasarnos la vida adivinando el futuro ni me gusta pensar en los lunes cuando es domingo. Simplemente, lo tenía que vivir. Y lo viví.

Así que ahora, con todo mi destino por delante, me pienso agarrar muy fuerte para no caerme del tren, porque esta vez me subí y ya no puedo bajarme, ni quiero hacerlo… porque cuando probás un poco de lo que podrías tener es muy difícil dar marcha atrás. Quiero ir con los ojos bien abiertos, atenta al mundo que puedo descubrir. Sufrí, pero también amé. Lloré mucho, pero disfruté.

¿Valió la pena? No sé si las penas valen, pero lo que sí sé es que enseñan.

Tres años después
(73 margaritas)

Llego tarde porque me demoro comprando bizcochitos para llevar al consultorio. Son los que le gustan al doctor Patuk y hoy es un día muy especial, así que quiero mimarlo. Humberto me ve abrir la puerta con la bolsa en la mano y se le dibujan esos hoyuelos tan simpáticos en la cara.

—¡Pensé que me habías abandonado antes de tiempo! —exclama riéndose.

—¡Eso jamás! —respondo yo, devolviéndole la sonrisa y mostrándole la bolsa como si fuera un trofeo.

—¡Qué fenómena sos, Sofi! Te voy a extrañar. Espero que vuelvas pronto, eh…

—Promesa —contesto besándome el dedo índice de la mano derecha, en una especie de juramento.

El día pasa volando mientras trato de dejar todo bien ordenado y preparado para mi ausencia. Pego papelitos por todas partes: “fichas de pacientes”, “sellos”, “formularios en blanco para cobro de prepagas” y hasta pongo algunos en los distintos cajones de la cocina para hacerle la vida más sencilla a Humberto e indicarle dónde están los sobrecitos de azúcar, porque Patuk es bueno, pero despistado. Cuando estoy en plena tarea, recibo un mensaje de Nicolás. Está en Miramar y me cuenta que ya logró que le conectaran internet en su nuevo hogar. Me envía una foto de dos palitos tirados en el suelo del “bosque magnético” y un texto que dice “parece que este truco no anda más”. Le respondo con un emoji que llora de risa, le digo que tenga cuidado al andar en bicicleta y agrego otra carita que se tapa la boca en señal de vergüenza ajena. Él responde divertido, me pregunta si ya hay novedades, le contesto que no todavía y nos despedimos con cariño. Las cosas mutan y, si bien no somos amigos, después de pasado un tiempo desde nuestro divorcio ya no hay rencores.

Termina mi jornada y miro alrededor, sabiendo que cuando regrese todo será diferente, incluida yo misma. Hoy Agustín terminó un poco más temprano en el consultorio vecino y me espera en la vereda. Cuando bajo, lo veo apoyar las dos manos y acercar sus ojos al vidrio desde afuera para confirmar que soy yo la que está al fondo del pasillo, saliendo del ascensor. Su cara se ilumina; es de esas personas a las que siempre pareciera que les está dando el sol de frente porque se pone chinito cuando sonríe.

—Hola, amor… ¿Qué tal ese último día? —pregunta mientras me abraza y me da un beso.

—Genial, pero preocupada por Patuk; espero que se arregle sin mí…

—Olvidate. Va a estar bien. Además no te preocupes; nosotros le podemos dar una mano, si total estamos a una puerta de distancia —me tranquiliza.

—No lo dejen solo. ¡Me hace unos despelotes, me mezcla todos los papeles! Igual eso será inevitable. ¡Lo adoro, pero me dan ganas de matarlo a veces! —me río, mientras me llevo las dos manos al cuello, simulando un ahorcamiento.

Agustín se ríe y saca de su bolsillo un medallón de menta y chocolate. Es de los mejores regalos que pueden darme en momentos como este —o en cualquiera— y él lo sabe.

—¿Tenés ganas de caminar o tomamos un taxi? —pregunta.

—Caminemos, que el día está lindo —respondo yo, agarro su mano y él entrelaza sus dedos con los míos.

Llegamos a nuestra casa, que todavía huele a pintura fresca, y me propone merendar en el jardín, así que preparamos todo y nos sentamos afuera. Es un día precioso y el sol cae en cascada sobre el callistemon, completamente florecido. Él sigue mi mirada y se fija en la planta.

—¿Cómo me dijiste que se llama? —pregunta.

—Callistemon, pero mi abuela le decía “pirinchín”, por esos pelitos rojos tipo “pirinchos” que salen para todos lados. Cada vez que veo uno en algún lado pienso en esa palabra. Para mí es un “pirinchín” —le respondo.

—Me encanta pirinchín. Me parece que le pega mucho más que el otro nombre que ya me volví a olvidar —me contesta.

—Definitivamente. ¿Sabías que fue mi abuela la que lo plantó? Hace añares, ya no recuerdo cuándo, pero tengo imágenes un poco borrosas del momento. Quizá me las inventé… pasé tantas horas en este jardín con ella acomodando plantas, podando, sembrando, que podría haber sido ese árbol o cualquiera de los otros. ¿Y ves ese techo? Ni te imaginás la cantidad de veces que subí con mi abuelo para arreglar las tejas que rompían las paltas del árbol del vecino. Nos poníamos unos gorros de mineros para que no nos cayera ninguna en la cabeza y nos colgábamos del techo de la parrilla para arreglar teja por teja. Es loco, lo hablé con mi abuela en una de las últimas charlas que tuvimos antes de que muriera: este jardín me parecía enorme cuando era chica y ahora lo veo un poco enano…

—Quizás haga falta llenarlo de nuevas historias para que vuelva a ser grande. Parece que vamos bien, ¿no? —dice Agustín y nos miramos a los ojos con complicidad.

—Sí. Muchas cosas pasaron acá y muchas nuevas pasarán. A veces el círculo tiene sentido cuando pega la vuelta completa. Mis abuelos se habrán sentado en este mismo lugar a imaginar cómo serían sus vidas; yo crecí acá, jugué, reí… también lloré. Y hoy, que mi abuela ya no está, tengo la oportunidad de que sea mi hogar, aunque un poco siempre lo fue. La vuelta completa.

—Más que completa, Sofita —agrega él, mientras me acaricia la espalda.

Agustín se va del jardín hacia el living con nuestras tazas vacías y yo me quedo mirando las

plantas, las flores y los recuerdos. Qué suerte cuando la vida te propone nuevas historias. Qué suerte que la rueda pueda seguir girando. Qué suerte la mía de poder estar acá, feliz, después de tanto.

Se me llenan los ojos de lágrimas y pienso en las paltas, las tejas, el pirinchín, Juan, en las escondidas con mis primas, las charlas con mi abuela, Nicolás, la clínica, el choclo, el río, la música especialmente elegida y los miles de recuerdos que pasan a toda velocidad. Acaricio mi panza, en la que crece mi propia Margarita, la número setenta y tres, y que le da sentido a todo lo demás cerrando el círculo entre la primera, que me acompañó siempre, y las siguientes, que me dieron el coraje y me mostraron todo lo que yo merecía, llevándome a exigir mucho más. Cada una de ellas me enseñó a reparar todo lo roto, para no repetir.

Mis setenta y tres margaritas me demostraron que no hay tal cosa como el destiempo, que los trenes solo llegan en el momento perfecto y no hay que dejarlos escapar. A veces sabemos exactamente qué historia queremos contar sobre nuestras vidas, en qué queremos convertirlas… Tan solo debemos esperar a tener el valor para hacerlo. Y ahí sí, animarnos a todo.

Tengo una nueva Margarita que no necesito deshojar porque sin todavía conocerla ya sé cuánto me quiere, y como yo la quiero del mismo modo a ella, esta historia de amor será, también, de las simples que duran mucho.

De las que son para siempre.

Epílogo

El chico del tren no podía quedarse con la duda ni quería que un giro del destino le arrebatara la historia que hacía semanas venía armando en su cabeza. Pero no había mucho que pudiera hacer; aquella mañana había perdido su última oportunidad para invitar a la chica a salir. Lo que él no sabía era que la historia se tuerce, pero nunca lo suficiente si las cosas tienen que ser.

Durante la primera tarde en la nueva empresa, su jefe le pide que acerque unos papeles al estudio contable con el que trabajan. El chico prepara todo lo que debe llevar, viaja, llega al edificio, toca timbre, alguien le abre la puerta y ahí la ve: es ella, sentada en recepción.

La chica del tren se levanta de su silla y lleva dibujada una sonrisa enorme; se presenta —aunque los dos sienten que ya se conocen— y le pregunta si puede invitarlo a tomar algo alguno de estos días.

¿Una vez? Casualidad.

¿Dos? La vida dándote otra oportunidad para no dejar pasar, otro encuentro fortuito que parece mera coincidencia, pero que en realidad encierra posibilidades infinitas.

Vamos ciegos ante las señales, reacios a identificar conexiones insospechadas y significativas, mancos frente a los hilos invisibles que solo se hacen reales al percibir las sutilezas que se despliegan ante nosotros, esos destellos luminosos en la oscuridad esperando ser descifrados por quienes estén dispuestos a prestarles atención.

Una vez es un simple acto de azar, pero dos es el destino susurrando que ahí tenés lo que pedías, que no lo dejes escapar.

Porque estamos rodeados de señales, pero hay que abrir los ojos para poder verlas.

Todos los finales
son también comienzos.
Simplemente no lo sabemos en el momento.

MITCH ALBOM

Margaritas

En el lenguaje de las flores, las margaritas están relacionadas con el amor verdadero y la lealtad. Se dice que cada pétalo representa un sueño, por lo que además se consideran un símbolo de deseos cumplidos. Son sencillas, duraderas y reflejan la belleza en la simplicidad y la honestidad en los nuevos comienzos.

Más allá de estos significados, también están asociadas con los renaceres por su capacidad para florecer en primavera después de los meses fríos del invierno; transmiten la idea de dejar atrás el pasado y abrirse a todo lo que vendrá.

Su florecimiento marca un nuevo ciclo de vida y es un recordatorio de que, incluso después de momentos difíciles, siempre hay una oportunidad de volver a empezar.

Número 73

Entre los radioaficionados, el 73 es el número que se utiliza para la despedida. El origen de esta práctica no está del todo claro, pero se cree que se remonta a los primeros días de la radio cuando se usaban códigos telegráficos para la comunicación. En ese sistema, el número 73 se asociaba con la frase “mis mejores deseos” al despedirse.

Con el tiempo, este número se adoptó en la comunidad de radioaficionados como una forma abreviada para decir adiós.





Diciembre de 1997

Agradecimientos

A Victoria Prusik, de @clack.digital, que tiene alquilado el primer lugar de esta parte de mis libros ya que, sin su mirada y su paciencia, la mitad de las cosas me saldrían al revés. Gracias, amiga, por tu trabajo y por poner sobre la mesa todo tu talento. A Anita Jack, por los cientos de audios que arrancan con “se me ocurre que para la novela…” y por estar ahí, acá, todos los días. A Rosario Oyhanarte, por los mensajes interminables debatiendo reglas ortográficas y cuestiones que solamente pueden interesarnos a nosotras y a Esther. Gracias por ayudarme siempre.

A las cinco del trencito, porque sin ellas no puedo nada. Ni esto ni todo lo otro, ni antes ni nunca.

A mis amigas y amigos, por acompañarme, por celebrar cada capítulo terminado y por sus silencios cuando saben que tengo que escribir. A los nuevos, que están cerca de casa y me hace tan feliz tenerlos, y a aquellos que bancan del otro lado del planeta y que extraño siempre. Ya saben que me da terror nombrarlos y olvidarme de alguno, así que sigan participando, quizá en el próximo libro los incluya por orden alfabético.

A mis tíos, cuñados, primos, suegra y a toda mi familia, por el aguante y por ser mis promotores. Se extiende este agradecimiento a todos los empleados del sanatorio en el que trabaja mi papá, que bancan a mi jefe de prensa, leen mis historias y siempre tienen palabras maravillosas para dedicarme.

A quienes me siguen en redes sociales, por el afecto, la compañía, por estar de ese lado y hacerme sentir tan dichosa cada vez que les gusta algo que escribo. Siempre van a encontrarse en esta lista porque recibo muchísimo cariño de su parte, ojalá sientan también el mío para con ustedes.

A Zaidita y Coqui, porque le dan sentido a “si no me hubieran tocado, los elegiría”. Qué suerte tengo de tenerlos. Gracias a ustedes, por ser el papá y la mamá más espectaculares del planeta, por haberme apoyado y acompañado en todo. Los amo para siempre.

A mi hermano, porque, aunque no lo creas —ni merezcas—, también te elegiría. Tantas décadas después, sigo extrañando darte la mano para dormir y me llena de orgullo ver quien sos. Hubiese preferido tener una hermana, dicen, pero ya me encariñé. Y mucho.

A mi abuela, por haber guardado todos mis secretos, por sus ñoquis y las horas cepillando mi pelo. A mi abuelo, por habernos colgado del techo con gorros de mineros —las fotos que

acompañan este libro son de la última vez que lo hicimos, apenas semanas antes de su partida—y por nuestras otras mil aventuras. Ya hace mucho tiempo que no los tengo físicamente conmigo, pero no hay día que no piense en ellos, así que sentí que debían estar acá. Cada vez que entro a ese jardín, en cada pirinchín, en cada canción, cuando veo una palta caer de un árbol, en todas las travesuras que hago con mis hijos, están. Gracias por haber marcado mi vida y haberme regalado tantos recuerdos felices.

A los personajes reales de esta novela, que son muchos más de los que se imaginan. A "Juan", porque sin un teléfono perdido jamás nos habríamos cruzado y lo recuerdo con una sonrisa, aunque ya no esté.

A Tabito, Goyi y el Pichu, por seguir acá.

A Gitana, por otro libro escrito juntas. Pegoteadas, para ser precisa con las palabras.

A Bruno, porque es una fiesta compartir la vida con vos, por traerme rogelitos en los días tristes y porque me amás aunque me duerma en todos los capítulos de las series que yo misma elijo. Por todavía tentarnos de risa hasta llorar, tantos años después, y por haber sido el que me convenció para que escribiera este libro. Por tu apoyo, gracias, y por lo mucho que te amo, de nada.

A Luki y a Benu, porque podría arrancar con algo cursi, pero sé que les divertirá más ver que dejé anotado acá que hay que lavarse los dientes, y que este mensaje pase a la posteridad. A los dos, porque me hacen feliz, me emocionan y porque no hay mejor plan para mí que bailar cantando a los gritos con ustedes. Diviértanse, que todo lo otro no importa ni sirve tanto como pasarla bien, aunque yo a veces diga lo contrario. Los amo un millón.

Por último, a mí, porque en cada escrito dejo mi corazón y una parte enorme de mi propia historia.

Y también porque, como ya dijo Britney, Oops.

Hasta la próxima.



A veces el destino nos pone frente a un amor arrollador, que nos atraviesa, nos desarma y nos arma; un amor que posiblemente no tenga futuro, pero tiene presente, aunque ese presente dure un ratito. Hay que avanzar frente a la vida que tantas veces se pone terca y saca un as de la manga y nos juega la carta del destiempo.

A veces llegamos tarde o demasiado temprano. A veces, encontramos a la persona correcta, pero el momento es el equivocado. Destiempo. Pero… ¿Esto es realmente así?

Sofía trabaja como administrativa en una clínica y está atrapada en un matrimonio sin amor con Nicolás, su pareja desde la adolescencia. Todo cambia una mañana cuando se ve obligada a resolver un problema en la habitación 305, donde está internado Juan Martín Iraola, un paciente que sacudirá sus días y su manera de ver la vida.

Con la guía inspiradora de Juan y el apoyo incondicional de su abuela Margarita, Sofía atravesará la mejor de todas las historias de amor: una que la tiene como protagonista.

Aunque dos destinos se entrelacen en el momento incorrecto, la felicidad puede encontrarse incluso en un tiempo sin futuro. ¿Cuándo es oportuno el amor y cuándo no lo es?

Basada en una historia real, *73 margaritas* nos demuestra que cualquier final puede ser el más hermoso comienzo si estamos dispuestos a abrir los ojos para verlo.



CECILIA DIGREGORIO

A quien todos llaman China, nació en Buenos Aires, Argentina, el 15 de julio de 1981. Siempre ligada al arte, estudió teatro —una de sus grandes pasiones— desde que era muy pequeña. Nieta de un pintor y escultor y de una escritora, es amante de los libros y escribe desde siempre. Estudió Comunicación y Relaciones Públicas, se desempeñó como docente universitaria durante años y desarrolla cursos, seminarios y clases de escritura. Vivió en Argentina, en Italia, en Francia y actualmente está instalada en Málaga, España, junto con su pareja, sus dos hijos y su perra Gitana.
En 2022 publicó *El día más largo del año*. Esta es su segunda novela y, seguro, no será la última.

@tintachina
www.tinta-china-com

Digregorio, Cecilia
73 margaritas / Cecilia Digregorio. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Javier Vergara Editor, 2023.
(Amor & Aventura)
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-950-15-3285-2

1. Narrativa Argentina. I. Título
CDD A863



© 2023, Cecilia Digregorio

Diseño de tapa: Penguin Random House Grupo Editorial

Edición en formato digital: octubre de 2023
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.
Humberto I 555, Buenos Aires
penguinlibros.com

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-950-15-3285-2

Conversión a formato digital: Estudio eBook

Facebook: penguinlibrosar
Twitter: penguinlibrosar
Instagram: penguinlibrosar

Índice

73 margaritas
Dedicatoria
Epígrafe
Prólogo
Capítulo 1. Hoy puede ser un gran día (plantéatelo así)
Capítulo 2. Un trabajo verde musgo
Capítulo 3. Bienvenidos al Infierno
Capítulo 4. Expectativa vs. realidad
Capítulo 5. Expedición al chalecito
Capítulo 6. Hola, Susana
Capítulo 7. Desmagnetizados
Capítulo 8. La primera impresión no es la que cuenta
Capítulo 9. Nunca hay que googlear
Capítulo 10. Lo simple es más bonito
Capítulo 11. Un chihuahua de rehén
Capítulo 12. El ladrón de azúcar
Capítulo 13. Las venganzas deben ser siempre hipercalóricas
Capítulo 14. Chicken pasado por agua con finas hierbas
Capítulo 15. Un día menos (o un día más)
Capítulo 16. Suave (es el perfume de tu piel)
Capítulo 17. La esponjita en alto como declaración de principios
Capítulo 18. Inexperta
Capítulo 19. Se equivocó la paloma
Capítulo 20. Las celebraciones son con bonete
Capítulo 21. De pendientes, espadas y Hakuna Matata
Capítulo 22. Hakuna Matata

Capítulo 23. La bola de cristal
Capítulo 24. Visitas inesperadas
Capítulo 25. Es sexy besarse bajo la lluvia (aunque sea de arena)
Capítulo 26. Silencio
Capítulo 27. Rota
Capítulo 28. La sabiduría de las margaritas
Capítulo 29. De trenes y oportunidades
Capítulo 30. Cumpleaños feliz (o como puedas)
Capítulo 31. 71 margaritas
Capítulo 32. Nunca temprano (siempre a tiempo)
Capítulo 33. Qué lástima, pero adiós
Capítulo 34. Una historia de amor y despedidas
Capítulo 35. Subirse
Tres años después (73 margaritas)
Epílogo
Margaritas
Número 73
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre la autora
Créditos